

PHILIPP **BAGUS**

ANDREAS **MARQUART**



**POR QUÉ OTROS
SE HACEN CADA VEZ
MÁS RICOS A TU COSTA**

...Y QUÉ RESPONSABILIDAD TIENE EL ESTADO Y
CÓMO JUEGA CON NUESTRO DINERO



«La tesis de Bagus y Marquart
es provocadora, impactante y polémica»

Del prólogo de **Juan Ramón Rallo**

DEUSTO

Índice

Portada

Citas

Dedicatoria

Prólogo, por Juan Ramón Rallo

Por qué este libro es más explosivo que la dinamita

1. Por qué el dinero no necesita ningún Estado
2. A quién le está permitido crear dinero y a quién no
3. Por qué nuestro dinero actual es «socialmente injusto»
4. Por qué el dinero del Estado nos arruina económicamente
5. Cómo te explota el Estado mediante la inflación
6. Lo que hace la inflación con las personas
7. A qué conduce que el Estado se inmiscuya en todas partes
8. Cómo acabará todo
9. Por qué tú nunca habías oído hablar de todo esto

Bibliografía

Fuentes de internet

Agradecimientos

Créditos

¿El monopolio estatal del dinero como una gran estafa al ciudadano? ¿El Estado del bienestar como un proyecto profundamente demagógico? Philipp Bagus y Andreas Marquart han escrito un libro provocativo al tiempo que muy entretenido. Los autores ponen en entredicho lo que en nuestra época se da por supuesto tanto en materia política como económica. Y exhortan a tomar partido. Un libro que no dejará indiferente a nadie.

DANIEL ECKERT
autor de *Weltkrieg der Währungen*
y *Alles Gold der Welt*

¿Tienen realmente la culpa los codiciosos banqueros de la creciente desigualdad económica? No, no son tan poderosos. Philipp Bagus y Andreas Marquart muestran de manera convincente que el responsable es nuestro sistema monetario monopolizado por el Estado. Quien de verdad quiera entender nuestro sistema financiero y pecuniario tiene que leer este libro.

THOMAS MAYER
miembro superior del Centro de Estudios Financieros
(Universidad Goethe de Frankfurt am Main)

En una época en la que la distribución patrimonial se ha convertido en uno de los problemas político-sociales más candentes, los autores dirigen la mirada hacia la que probablemente sea la cuestión más esencial de todas: ¡la del sistema monetario! Este libro explica al lector la verdadera causa de una serie de fenómenos económicos y sociales que nos seguirán acompañando mientras sigamos sometidos al actual socialismo monetario.

RONALD STÖFERLE
autor de los informes *In Gold we Trust*

Para Ludwig von Mises

Prólogo

Este libro no debería haberse titulado *Por qué otros se hacen cada vez más ricos a tu costa*, sino, según confesión de los propios autores, *Introducción a la teoría del dinero de la Escuela Austríaca*. Claro que, de haber optado por esta segunda alternativa, probablemente el número de lectores habría sido sustancialmente menor: el imaginario popular sigue asociando la ciencia económica a algún tipo de materia oscura, aburrida y elitista; un saber al que más conviene no acercarse salvo para conciliar el sueño.

Y, sin embargo, durante los últimos años hemos experimentado una súbita explosión del interés por los asuntos económicos: qué ha causado la crisis, cómo podemos salir de ella, cuáles son los efectos de la austeridad, por qué se están incrementando las desigualdades, cuál es el futuro del capitalismo, etc. Son muchas las personas que se plantean preguntas económicas pero pocos los interesados en acudir a los economistas para hallar respuestas. Por eso muchos de esos ignorados economistas se han visto empujados a camuflar el contenido de sus libros con ropajes más atractivos: no para darle gato por liebre al lector, sino para darle liebre a aquellos que desean liebre y que, en otro caso, pensarían estar comprando gato.

Así, lo que el lector encontrará en esta obra es una contestación a la cuestión que se plantea en su mismo título —por qué una élite extractiva se enriquece a costa de buena parte de la población— desde el enfoque monetario de dos economistas adscritos a la llamada Escuela Austríaca de Economía, Andreas Marquart y Philipp Bagus. El primero es el director ejecutivo del Instituto Ludwig von Mises de Alemania, *think tank* especializado en la divulgación y el desarrollo dentro del área germánica del pensamiento de Ludwig von Mises, el economista más importante con que ha contado la Escuela Austríaca. El segundo, mucho más conocido en nuestro país acaso por hallarse afincado en él desde hace más de una década, es uno de los principales y más destacados discípulos intelectuales del que muchos consideran el mayor representante de la Escuela Austríaca en el mundo hispano: Jesús Huerta de Soto.

El doctor Bagus es, además, un muy prolífico autor en cuestiones monetarias: pese a su juventud, ya ha publicado decenas de artículos sobre el tema en revistas académicas, así como cinco libros, entre los que sobresalen *In Defense of Deflation* —una reivindicación de las bondades de la deflación como proceso natural de los mercados libres—, *Deep Freeze* —un relato de la crisis islandesa desde la perspectiva de la Escuela Austríaca— y, sobre todo, *La tragedia del euro*, una feroz crítica política, histórica y económica a ese proyecto de ingeniería estatal consistente en crear una moneda fiat común para Europa.

Con este bagaje a sus espaldas, ambos economistas exponen del modo más divulgativo posible su hipótesis sobre por qué la expansiva desigualdad que están experimentando muchas sociedades cabe atribuírsela a la desastrosa gestión monetaria que han venido desarrollando todos los Estados del planeta durante las últimas décadas. Más en concreto: la destrucción del patrón oro en todas las economías mundiales ha permitido que los Estados incentiven, a través de sus bancos centrales, el proceso de expansión del crédito por parte de un sistema bancario que practica la reserva fraccionaria; esa multiplicación abaratada del crédito provoca dos efectos adversos, la inflación y el ciclo económico, que dañan especialmente a los ciudadanos más humildes: la inflación erosiona los salarios reales de los trabajadores y los pequeños patrimonios de los ahorradores, mientras que las crisis económicas se ceban con los tramos más débiles de la sociedad.

La tesis de Marquart y Bagus es provocadora, impactante y polémica: una de las principales causas del incremento de la pobreza y de la desigualdad en Occidente es el inflacionismo monetario promovido por el monopolio estatal sobre la moneda. Por tanto, si el dinero regresara a las manos de la sociedad civil, del libre mercado, la desigualdad comenzaría a decrecer o, al menos, dejaría de incrementarse por este motivo. Acaso muchos recelen de conclusiones tan tajantes, pero al menos algunas partes de su argumento sí deberían suponer escasa controversia. En concreto, las siguientes:

Primero, es evidente que el dinero puede emerger evolutivamente desde el mercado, sin necesidad de que lo imponga o lo regule el Estado; segundo, es asimismo evidente que la inflación no es neutral, sino que tiene efectos redistributivos: aquellos con capacidad de anticipar la inflación y de ajustar su comportamiento y sus rentas a la misma podrán protegerse de ella, mientras que aquellos que no la anticipen o no puedan alterar su comportamiento y sus rentas, terminarán convirtiéndose en sus víctimas (por ejemplo, aquellos inversores en

renta fija o aquellos trabajadores sin salarios indexados que se vean sorpresivamente asaltados por un alza de precios); tercero, la inflación recompensa las pautas de comportamiento cortoplacistas (prodigalidad y endeudamiento) frente a las largoplacistas (frugalidad y capitalización vía ahorro interno); cuarto, el Estado tiene incentivos a engañar a su ciudadanía con inflación tanto para minorar el saldo real de sus deudas como para financiar parte de sus gastos con la impresión de nueva moneda; quinto, la respuesta del Estado a una gestión desaguisada de su moneda no puede ser incrementar su intervención sobre la economía (controles de precios, impuestos sobre plusvalías, restricción de los cambios exteriores, etc.), pues ello terminaría conduciendo a un control cuasi absoluto sobre la economía, y el socialismo —entendido como la total planificación centralizada de las relaciones económicas por parte del Estado— no puede funcionar; sexto, una mala administración de la moneda por parte del Estado puede generar, o al menos acentuar, el ciclo económico, y séptimo, en algunas economías occidentales la mala gestión de la moneda sí es la principal responsable del aumento de las desigualdades de las últimas dos décadas.

A este último respecto, tomemos como referencia el caso de España. En nuestro país, el aumento de la pobreza y de la desigualdad está completamente ligado a la crisis: según la OCDE, el 80 por ciento del crecimiento de la desigualdad desde 2007 se explica por el incremento del paro; a su vez, la pobreza se concentra entre los desempleados: mientras que la tasa de riesgo de pobreza entre los trabajadores con contrato indefinido apenas ascendía en 2014 al 6 por ciento (y no ha aumentado durante la crisis), entre los parados totaliza el 47 Por ciento. Por ende, si la política monetaria del Banco Central Europeo ha tenido mucha influencia en la gestación de la crisis —tal como aseguran los autores y muchos otros economistas austríacos—, esa política monetaria habrá sido decisiva a la hora de generar la desigualdad y la pobreza actual; y aun en el caso de que esa influencia haya sido secundaria —tal como aseguran otros economistas—, será necesario reconocer que la mala administración estatal de la moneda fiat explica como poco una parte notable de esos dos problemas.

Como decía, pues, todos estos argumentos deberían resultar escasamente controvertidos para el economista y lector medio razonables. Otras partes del libro, en cambio, sí serán bastante más polémicas —incluso dentro de la propia Escuela Austríaca— y, como en todo avance de la ciencia, deberán ser objeto de un debate académico más extenso en el futuro. En concreto, las siguientes:

Primero, no todos los economistas coinciden en que cualquier reserva fraccionaria sea fraudulenta o contribuya a general el ciclo económico: el negocio bancario puede fundamentarse sobre la emisión de deudas a corto plazo que no consistan en depósitos de guarda y custodia, por lo que en tales casos no habría obligación alguna de mantener un 100 por ciento de reservas contra las mismas. Segundo, tampoco existe consenso en que, como afirman los autores, cualquier cantidad de dinero sea óptima para una economía: toda economía se enfrenta a fluctuaciones —cíclicas o súbitas— de la demanda monetaria que, en tanto no vayan acompañadas por una muy elevada flexibilidad en el sistema de precios, generará problemas de coordinación entre los agentes. Tercero, no todo papel moneda tiene por qué ser nocivo o, al menos, no todo igual de nocivo (no es lo mismo el bolívar venezolano que el franco suizo): ¿podría un Estado gestionar una moneda fiat convirtiéndola en un proxy del patrón oro (al igual que el sector privado parece estar impulsando Bitcoin como alternativa al mismo)? Y, por último, tampoco está claro que siempre y en todo lugar el efecto neto del inflacionismo sea un aumento de la desigualdad económica.

A este último respecto, tomemos de nuevo a España como ejemplo. El inflacionismo monetario de finales de los años setenta y de principios de la década de los ochenta incentivó enormemente la adquisición de viviendas por parte de las familias españolas: la única forma medianamente segura de proteger sus ahorros frente a la inflación era invirtiendo en el ladrillo; además, dado que la inflación devoraba el principal de la deuda, constituía un magnífico chollo hipotecarse a pesar de los elevados tipos de interés nominales. O dicho de otra forma, la fortísima inflación entre los bienes de consumo empujó a los españoles a convertirse en propietarios de vivienda, hasta el punto de que hoy más del 80 por ciento de las familias residen en una vivienda de su propiedad. A su vez, la inflación de activos desde finales de los años ochenta hasta 2007 hizo que el precio de esas viviendas se disparara, de modo que el incremento de la riqueza agregada en España se distribuyó entre la mayoría de familias en lugar de concentrarse en unas pocas. Y gracias a ello, la desigualdad en la distribución de la riqueza de nuestro país ha descendido ligeramente durante las últimas tres décadas, hasta convertir a España en una de las sociedades occidentales con una menor desigualdad patrimonial.

En todo caso, incluso en aquellas partes del libro donde pueda albergarse alguna discrepancia razonable, el lector encontrará una argumentación sólida, rigurosa y, sobre todo, poca veces narrada en los grandes medios de

comunicación. A la postre, durante las crisis deflacionarias como la que venimos padeciendo desde 2008, toda la sociedad parece alinearse en la demanda de nuevos y mayores estímulos crediticios que licuen el endeudamiento heredado y revivifiquen el gasto, la actividad y el precio de los activos. El presente libro te ayudará a entender cómo, en numerosas ocasiones, esas demandas terminan yendo en detrimento de muchos de los que las promueven. El primer paso para detener un robo encubierto es descubrirlo: y esta *introducción a la teoría del dinero de la escuela austríaca* contribuirá a descubrirte *por qué otros* —el Estado y quienes pastorean a su alrededor— *se hacen cada vez más ricos a tu costa*.

JUAN RAMÓN RALLO

Madrid, 15 de febrero de 2016

Por qué este libro es más explosivo que la dinamita

La mayor desgracia en la historia de la humanidad: así definió una vez el economista Roland Baader (1940-2012) el monopolio que posee el Estado de la oferta de dinero. Una afirmación un tanto osada, si se tiene en cuenta que casi nadie pone en duda que el Estado debe poseer ese monopolio.

¿Qué opinas tú? ¿Te has planteado alguna vez la *cuestión del sistema monetario*? ¿No? Pero ¿no son los monopolios algo malo? ¿Acaso no conducen al derroche, la ineficiencia y unos precios cada vez más altos? ¿Por qué habría de ser distinto en el caso del dinero? Y un dinero estable, ¿no es de una importancia primordial en la planificación de tu vida? ¿Dejarías la responsabilidad de tu alimentación, de cuánto y qué comes a diario, en manos de un monopolio estatal? ¡Pues con el dinero sí lo haces!

Si nuestro dinero está bien custodiado por el Estado, ¿por qué pierdes entonces cada vez más poder adquisitivo? Seguro que ahora objetarás que un sistema monetario está mejor bajo control estatal que en el llamado mercado libre. ¿Estás seguro? ¿Por qué le está permitido al Banco Central Europeo (BCE) imprimir dinero, que es nuestro medio de canje, una y otra vez? ¿Por qué el Estado permite a los bancos —o a la sucursal de la caja de ahorros que tienes a la vuelta de la esquina— fabricar dinero en forma de crédito a partir de la nada? ¿Por qué se puede prestar el dinero que *tú* tienes depositado en *tu* cuenta corriente o de préstamo diario? A lo mejor vuelves a necesitarlo pronto... Y si el dinero se ha prestado (¡y en su mayor parte se ha prestado!), ¿por qué sigue en tu cuenta? ¿Qué te pasaría a *tí* si imprimieras dinero? Una cosa es segura: ni siquiera tendrías que pasar por la «casilla de salida»; irías directamente a la cárcel. Porque los granujas no admiten competencia. El monopolio se cuida de estar bien protegido.

Según datos del Banco Central Europeo, la masa monetaria M2, que abarca el metálico y los depósitos bancarios hasta un plazo de circulación de dos años, se ha duplicado desde la introducción del euro. En ese tiempo, ¿se ha duplicado

también el saldo de tu cuenta? ¿No? ¿Se han duplicado al menos tus ingresos? ¿Tampoco? Entonces plantéate, por favor, la pregunta siguiente: «Si la masa monetaria del ámbito europeo se ha duplicado pero el saldo de mi cuenta no, entonces ha tenido que aumentar el saldo de la cuenta de otro. Si ese otro antes ya tenía más dinero que yo, ahora tendrá, claro está, *todavía* más que yo. Así pues, el que antes ya era más rico que yo, ahora será más rico aún, y yo, en comparación con él, soy relativamente más pobre».

Pero ¡alto ahí! Si esperas que este libro sea un libelo contra los ricos y los empresarios «malos», que explotan a sus pobres trabajadores y a los que hay que obligar mediante leyes a que paguen salarios más altos o salarios mínimos, estás equivocado. Toda persona, y esto vale tanto para ti como para cualquier otro, obra con arreglo a un motivo determinado. El factor desencadenante de toda acción humana es el afán de aumentar su propio bienestar o mejorar su propia situación. Por cierto, nadie ha investigado más a fondo la teoría de la acción humana ni la ha descrito mejor que Ludwig von Mises (1881-1973) en su obra *Nationalökonomie. Theorie des menschlichen Handelns und Wirtschaftens*. Ludwig von Mises fue, probablemente, el economista más importante del siglo xx. En este libro tendrás ocasión de leer más cosas sobre él y la Escuela Austríaca de economía, cuyo principal pensador fue Mises. A nadie se le puede reprochar que aspire a tener *más dinero* o, dicho con más exactitud, *más bienestar*; sencillamente, se trata de algo humano. Si esa conducta no fuera innata en el hombre, es probable que hoy aún siguiéramos viviendo en cavernas. Por supuesto, hay personas que en ese sentido proceden sin miramientos. Pero siempre ha habido y, sin duda, seguirá habiendo gente así. Especialmente desconsiderado e insidioso es, sin embargo, enriquecerse a costa del común de las gentes aprovechándose del monopolio monetario. También hablaremos de eso. Y si opinas que la gente se vuelve cada vez más egoísta y menos altruista, tal vez haya que buscar las verdaderas causas de esto también en nuestro sistema monetario, es decir, en un sistema monetario cuyo modo de funcionamiento posibilita que aparezca un Estado del bienestar gigantesco y financiado por deudas. Y en lugar de prestar ayuda a los demás, se tiende a trasladar la responsabilidad a ese Estado del bienestar con el argumento de que «al fin y al cabo, ya pago bastantes impuestos».

¿Tienes también la sensación de que la sociedad está cada vez más dividida? Es en la estructura de nuestro sistema monetario donde hay que buscar las verdaderas causas de por qué *unos pocos* se benefician a costa de *muchos*,

por qué se van rompiendo los tradicionales vínculos sociales, por qué la gente se vuelve cada vez más materialista y desconsiderada y por qué los ricos son cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres. En este libro te enterarás de *por qué* eso es así. No tengas miedo; no necesitas ser economista para poder entender las explicaciones. Probablemente sea incluso mejor que no hayas hecho la licenciatura en Economía. Así no tendrás ideas preconcebidas. Porque de todas formas, lo que te depara la lectura de este libro no lo aprenderías estudiando una carrera en una universidad estatal. Para entender este libro sólo hace falta tener un poco de sentido común. Te lo prometemos.

Llegados a este punto, hemos de hacerte una advertencia. Cuando hayas terminado de leer el libro, el mundo ya no será para ti el mismo de antes. Y a veces más vale permanecer en la ignorancia. La pura y dolorosa verdad puede provocar, en el peor de los casos, incluso náuseas. Sencillamente, a nadie le hace gracia enterarse de que le están engañando y estafando. Si tu pareja vuelve tarde a casa muy a menudo y oliendo a un perfume desconocido, tal vez te dé miedo preguntarle dónde ha estado. Porque prefieres no saberlo. O quizá te digas a ti mismo: ¡ojalá no me hubiera dado cuenta!

Sin duda habrás notado que en nuestra sociedad hay algo que no cuadra. Todavía estás a tiempo de ahorrarte la amarga verdad dejando este libro. ¿De veras quieres seguir leyéndolo? Tómate tranquilamente un ratito de reflexión... ¡Vaya! *Si estás leyendo esta frase, eres de los valientes que no tienen inconveniente en que les abran los ojos.* Enhorabuena: ¡has tomado la decisión acertada! Sólo si hay suficientes personas conscientes de la perversión y la injusticia que implica nuestro sistema monetario, habrá esperanza de mejora. *Tú* eres la esperanza de todos nosotros. ¡Contamos contigo!

Una vez que hayas leído este libro, verás muchas cosas con otros ojos. Aprenderás lo que significa el dinero *bueno* y que nuestro dinero actual es dinero *malo*. Comprenderás lo importante que es el dinero *bueno* para una economía, y qué influencia tiene el dinero *malo* en la distribución de la renta y el bienestar en una sociedad. Entenderás por qué el Estado se ha apropiado del control del dinero y quiere mantenerlo.

Llegarás a saber por qué al utilizar el dinero *malo* se producen catástrofes económicas una y otra vez, por qué los bancos entran en barrena y por qué siguen subiendo los precios de bienes y servicios.

También te enseñaremos a diferenciar entre teorías económicas *buenas* y *malas*. Así, vemos nuestras explicaciones también como una respuesta a un libro

actualmente muy popular, titulado *El capital en el siglo XXI*. Lo ha escrito el economista francés Thomas Piketty y está causando sensación en todo el mundo. Según las teorías de Piketty, el capitalismo es el responsable de la creciente desigualdad en los bienes y los ingresos. ¡Qué sinsentido!

Barack Obama, presidente de Estados Unidos, Christine Lagarde, directora gerente del Fondo Monetario Internacional (FMI), e incluso el papa han debido de leer ya su libro. Si por casualidad ves a alguno de los tres, quizás puedas pasarles el nuestro. De lo contrario, pronto pesarán sobre ti más impuestos y arbitrios, pues eso es exactamente lo que propone Piketty.

Es posible que también esperes algo del Estado, el gobierno y la política. Si todavía eres de los que creen en el Estado, hay muchas probabilidades de que abduques de esa fe. Y si nunca te has fiado de los políticos, obtendrás la prueba—si es que hasta ahora era tan sólo una reacción instintiva—de que has dado en el clavo al tener precisamente esa intuición.

Asimismo podrás entender por qué el dinero *malo* es también el responsable de casi todas las situaciones precarias que se dan en nuestra sociedad, incluidas las que afectan a tu principal célula, la familia, lo que ya no se puede reconocer a simple vista por la gran cantidad de intromisiones estatales que hay en todos los ámbitos.

Las injerencias estatales enmarañan y ocultan las verdaderas causas de las dificultades que se producen en la economía y la sociedad. La lectura de este libro se encargará de desenredar poco a poco esa maraña, de tal modo que al final serás capaz de reconocer, ver y entender con claridad todo el proceso.

¡Te deseamos una lectura entretenida, instructiva y apasionante!

PHILIPP BAGUS
ANDREAS MARQUART
Abril de 2014

Por qué el dinero no necesita ningún Estado

Lo que los pueblos se han zampado durante décadas ahora lo pagarán pasando hambre durante décadas.

ROLAND BAADER

De entrada queremos acabar con un error muy extendido: ¡El dinero no lo ha inventado nadie ni tampoco ha surgido por un acto creador del Estado! La mayor parte de las personas tiene claro —al menos de manera inconsciente— que el dinero es algo muy importante y, por consiguiente, cree que es bueno que el gobierno controle el sistema monetario. ¡Craso error!

Olvídate por un momento de nuestro *actual* sistema monetario, al que hemos calificado en la introducción de dinero *malo*. En vez de eso, partamos de cero. En primer lugar, vamos a explicarte, con una historia sencilla, *cómo* surgió el dinero en un principio. Porque el origen del dinero revela su naturaleza y, sobre todo, aclara qué es el dinero bueno. Y si entiendes la naturaleza del dinero, sacarás ventaja a la mayor parte de los economistas, por no hablar de los políticos.

Imagínate, por favor, una sociedad *sin* dinero. ¿Cómo se desarrollarían en ella los trueques entre las personas? Retrocedamos en el tiempo y vayamos a una ciudad pequeña (hasta dónde retroceder, lo dejamos a tu imaginación). Conviene que adoptes el papel de uno de los protagonistas de nuestra historieta; así funcionará mejor lo del viaje en el tiempo. Imagínate, pues, que vives en una ciudad pequeña y eres zapatero de profesión. Haces los zapatos más bonitos en muchos kilómetros a la redonda, pero, por desgracia, no tienes otras dotes. Ni tú ni tu mujer sabéis amasar buen pan. Tampoco poseéis un establo donde criar animales de granja. A tus hijos y, sobre todo, a tu mujer se les envidia por el calzado que llevan. Sin embargo, los zapatos no se pueden comer, y, a veces, tu

mujer ha de procurarse comestibles para toda la familia. Ahora bien, como no existe el dinero y sólo podéis ofrecer zapatos como medio de canje, tu mujer se ve obligada a encontrar a un campesino que, casualmente, necesite zapatos y, a cambio, esté dispuesto a darle un saco de patatas o incluso un jamón. Eso puede funcionar alguna que otra vez, pero llegará un momento en que el campesino tendrá el armario repleto de zapatos. Entonces, como muy tarde, le dará a tu mujer con la puerta en las narices cuando ésta intente, una vez más, *cambiar* un par de zapatos por un jamón.

Interrumpamos aquí brevemente el juego de rol. ¿Has notado que hemos usado la palabra *cambiar*? A la gente le falta una especie de *medio de canje*. Y nuestro pequeño ejemplo se complicaría un poco más si hubiéramos añadido otros oficios o profesiones: un carnicero, un herrero, un albañil, un banquero... ¡Alto ahí! Nada de banqueros; aquí no nos hacen ninguna falta. Ahora en serio: ¿en qué medida podrían obtener más beneficios mutuos todas estas personas — las que participan del mercado, a las que llamaremos, para simplificar, «mercaderes»— si tuvieran a su disposición un medio de canje que les permitiera no tener que andar siempre buscando a alguien que precisamente necesitara zapatos o herrar su caballo? A lo mejor ahora estarás pensando en lo práctico que es no tener esos problemas porque contamos con un Estado previsor que nos abastece de dinero. En tal caso, vamos a sacarte de tu error continuando con nuestro juego imaginario.

A las mujeres de nuestra pequeña ciudad les gusta mucho llevar joyas, en especial, alhajas de oro y plata. Es una larga tradición que los hombres regalen objetos de oro a sus mujeres en determinadas ocasiones: cuando nace un hijo, en los cumpleaños o en el aniversario de bodas... si es que no se han vuelto a olvidar de la fecha. ¿*Te llama la atención que ciertas cosas parecen no cambiar nunca con el paso del tiempo?*

Las mujeres de la ciudad aprecian esos regalos; saben cuánto tiempo han tenido que trabajar sus maridos, cuántas mercancías han tenido que darle al orfebre para adquirir una sortija, unos pendientes o un collar. Pero el oro no es sólo un símbolo de posición social. Su estética también es indiscutible. El oro tiene un brillo tan bonito... ¿o no? De ahí que en nuestra historia todos consideren las joyas de oro algo valioso. El oro es *apreciado*.

Un buen día —tu mujer, pese a llevar un calzado formidable, se ha vuelto a lastimar los pies de tanto andar para encontrar a alguien que le cambie los zapatos por unas patatas—, se le ocurre a tu esposa una idea innovadora. Ha

observado que las pequeñas laminillas de oro se demandan mucho. A menudo se hacen negocios con ellas; enseguida se desprende uno de ellas a cambio de otro artículo. O dicho de otra manera: *el oro es un bien muy vendible*. En todo momento puede venderse a buen precio. Así pues, ¿por qué no vender los zapatos a cambio de laminillas de oro? En lugar de intentar cambiar directamente zapatos por patatas, podría también cambiar indirectamente los zapatos por oro y luego, con el oro, buscar a un vendedor de patatas. Es cierto que entonces tu mujer, en lugar de un cambio (zapatos por patatas), necesitaría hacer dos cambios (zapatos por oro y oro por patatas), pero, con todo, ganaría un valioso tiempo y podría acceder a las patatas incluso de manera más favorable. Tu mujer se atreve a poner en práctica su iniciativa. Quizá fracase en el intento y no encuentre a nadie que quiera cambiarle zapatos por oro y oro por patatas.

Supongamos, sin embargo, que tu mujer triunfa. Ahora accede más aprisa y más favorablemente a las patatas. Gracias al cambio indirecto y al oro como medio de canje. La innovación ha sido un éxito. A partir de ahora, tu esposa adoptará esta estrategia de utilizar el medio de canje en todas las empresas que acometa. Se esforzará por conseguir laminillas de oro para canjearlas. A causa de la demanda adicional, el oro se vende con más facilidad todavía. Pero no será sólo tu mujer la que repita este comportamiento que tanto éxito le ha reportado; otros la copiarán.

Porque en la próxima merienda, tu mujer les hablará a sus amigas de ese cambio de «oro por patatas». Y quiere la casualidad que ese día también asista a la reunión la mujer del campesino, que, a su vez, tiene algo interesante que contar. Su marido, con el oro que ha obtenido al hacer el cambio con tu esposa, junto con otra cantidad de oro que ella le había dado de su joyero, le ha comprado un arado nuevo al herrero. El negocio ha resultado mucho más sencillo que otras veces. Porque, normalmente, el herrero, de los trueques que hacía con los campesinos, acumulaba tantas provisiones de patatas y jamón en la despensa que, en realidad, ya no necesitaba más y, por lo tanto, no tenía el menor interés en hacer arados para los campesinos.

En nuestra pequeña ciudad corre enseguida la voz sobre el *nuevo* método de cambio. Poco a poco, la gente va dejando de cambiar directamente una mercancía por otra y va utilizando cada vez con mayor frecuencia el oro como medio de canje. De este modo, el oro es cada vez más vendible, es decir, es más «líquido». Se va transformando en un medio de canje cada vez mejor porque cada vez hay más mercaderes que lo demandan y lo utilizan. La gente percibe

que todos se benefician de él. Ahora les resulta más fácil cooperar, y se fomenta la división del trabajo. Cada cual puede concentrarse más en sus capacidades, y las cosas para las que antes no había encontrado quien se las cambiara ya no tiene que hacerlas él mismo laboriosamente, ni tampoco debe llevar a cabo él solo todas las tareas. Ahora todos pueden valerse de las facultades de otros con más facilidad que en el pasado. Antes, eso sólo se lograba si otra persona necesitaba exactamente la mercancía o la prestación del servicio que en aquel momento se le pudiera ofrecer. La división del trabajo puede extenderse de manera considerable en beneficio de todos.

El sistema monetario, pues, no sólo es importante porque su manipulación puede trastornar dramáticamente los bienes y el plan de vida de las personas y porque, como demostró la hiperinflación de la República de Weimar, al desplomarse el sistema monetario puede hundirse la sociedad, sino también porque, sin dinero, nuestra economía, que es complejísima y se basa en la división del trabajo, no se podría sostener. Esa división del trabajo permite una enorme productividad que, a su vez, hace posible alimentar a siete mil millones de personas. Sin dinero no podría tener lugar la mayor parte de nuestro actual volumen de cambio, al desaparecer la división del trabajo y aumentar, por necesidad, la autoproducción. La pérdida de productividad y bienestar sería inimaginable. Probablemente, sin dinero moriría la mayor parte de la humanidad. La aparición del dinero, un medio de canje que cuenta con la aceptación general, posibilita que surjan sociedades complejas, con división del trabajo y cierto acomodo. O dicho de otra manera: sin dinero no hay civilización.

Por esa razón, nosotros, que hemos ayudado a crear el dinero, deberíamos celebrarlo como héroes. *Sí, exactamente, tu mujer es una heroína.* ¿Estamos de acuerdo en poder decir que en nuestra pequeña ciudad acaba de aparecer el *dinero*? ¿Y te has fijado en que aquí no ha participado *ningún* Estado y *ningún* gobierno ha dictado una ley para que el oro se convierta en dinero? El dinero ha surgido porque los mercaderes, los que querían comerciar entre sí, se han dado cuenta de lo útil que es para ellos. Y sin embargo, no han colaborado de manera consciente para que surja el dinero. Sencillamente, con el oro como medio de canje podían alcanzar mejor sus objetivos personales. Y como todos usaban el mismo medio de canje —es decir, el oro—, éste llegó a ser *más* útil todavía.

Así pues, el dinero tiene una función principal: servir como medio de canje. Al mismo tiempo, desempeña otras funciones, a saber, la de conservar el valor y ser unidad de cuenta. Pero el dinero sólo puede cumplir la función de mantener

el poder adquisitivo y trasladarlo al futuro si su valor es estable. Porque entre el momento en que tu mujer vende los zapatos a cambio de oro y el momento en que utiliza el oro para sus compras pasan días, semanas o quizá meses. Tu mujer ha optado por las laminillas de oro, entre otras cosas, porque suponía que éstas, en ese crítico intervalo de tiempo, conservarían su valor. Por regla general, la facilidad de venta y la estabilidad del valor van de la mano. El oro se utilizó con tanta frecuencia para comerciar porque su valor era estable. Y su frecuente uso para el comercio lo hizo aún más estable.

Un orden monetario que surge de manera natural, es decir, sin la menor intervención del Estado ni del gobierno, se denomina comúnmente *orden monetario de la economía de mercado*. Dicho orden tiene lugar sin presión estatal. Los mercaderes se ponen de acuerdo *voluntariamente* sobre un dinero determinado o también sobre varios tipos de dinero que luego se usan de manera simultánea. A lo largo de la historia, éstos eran casi siempre el oro, la plata o también el cobre. Seguro que alguna vez has visto en un museo monedas antiguas acuñadas mucho antes del nacimiento de Cristo. Si por aquel entonces se hubiera utilizado papel moneda, los estragos del tiempo no habrían dejado el menor rastro. Y de haber quedado algo, en todo caso sólo tendría un valor histórico. Numerosas reformas monetarias habrían bajado a cero el valor de los billetes como medio de canje.

Ahora bien, ¿cuál es la razón por la que, a lo largo de milenios, las personas siempre han elegido, una y otra vez, metales preciosos a modo de dinero cuando no se les ha obligado a utilizar dinero estatal? Si retrocedemos en el tiempo y contemplamos el dinero mercancía, comprobaremos que ese dinero, en algún momento, dejó de ser dinero y pasó a ser, simplemente, mercancía. Y como con esa mercancía *se comerciaba con frecuencia*, igual que en nuestra historia, esa mercancía, de repente, se convirtió en *dinero o dinero mercancía*, sin ninguna autoridad estatal.

Pero ¿qué caracteriza a ese dinero, al que llamaremos *dinero bueno*? ¿Por qué precisamente oro o plata? Muy sencillo: los metales preciosos son escasos, fraccionables, homogéneos, baratos de transportar y conservar, relativamente fáciles de reconocer en cuanto a su contenido —seguro que en las películas del Oeste has visto el famoso mordisco a la moneda de oro—, y de enorme consistencia; además, se demandan de continuo y, sobre todo, no se pueden reproducir a voluntad.

En una economía en la que haya dinero bueno —supongamos que sea oro

—, la masa monetaria sólo aumentará si se añade *más oro*. Y éste sólo se puede —y siempre ha sido así— extraer del suelo con mucho esfuerzo. La gran ventaja del oro es que la cantidad de oro extraída en la historia de la humanidad es, en relación con la nueva producción, enorme. A diferencia de otras mercancías, como el trigo, la cantidad extraída anualmente no se consume, sino que se acumula. En los últimos ciento cincuenta años, la cantidad de oro extraída al año en todo el mundo ha aumentado aproximadamente un 2 por ciento. Eso no es mucho, y esta tasa de crecimiento, además, se mantiene bastante constante. En cambio, lo que no es constante es la tasa a la que crece la masa monetaria en nuestro sistema monetario *actual*. Después de la introducción del euro, ha habido años en los que, según informes del Banco Central Europeo, la masa monetaria M3 ha aumentado con una tasa anual... ¡del 12 por ciento! La masa monetaria M3 es la más extendida; además del dinero en efectivo y los depósitos bancarios, abarca las obligaciones bancarias y valores negociables en el mercado monetario de hasta dos años de plazo de vencimiento. Que estas tasas de crecimiento tan altas del poder adquisitivo de nuestro dinero, es decir, también de *su* poder adquisitivo, no son convenientes, es algo que usted se puede imaginar. Pero sobre ello hablaremos más adelante.

Creemos que ha quedado claro qué se entiende por dinero bueno. Y seguro que ya lo has intuido: si hay *dinero bueno*, habrá también, probablemente, *dinero malo*.

Démosle ahora la palabra a alguien que debería entender de dinero, pues, al fin y al cabo, es el presidente del Deutsche Bundesbank: Jens Weidmann. En un discurso que suscitó mucho interés, pronunciado en septiembre de 2012, dijo lo siguiente:

Sin embargo, ese dinero que llevamos encima en forma de billetes y monedas [*se refería al euro*; n. de los a.] ya no tiene nada que ver con el dinero mercancía. El vínculo con las reservas de oro ya no existe desde que, en el año 1971, se suprimió la vinculación del dólar con el oro. Dicho brevemente: el dinero actual ya no está cubierto por ninguna clase de valores reales. Los billetes de banco son papel impreso —los expertos sabrán que en el caso del euro, en realidad, se trata de algodón—, y las monedas son metal acuñado. Que los billetes de banco y las monedas sean aceptados en la vida diaria como medio de pago tiene que ver con que son el único medio de pago legal. A fin de cuentas, la aceptación del papel moneda se basa primordialmente en que la población confía en poder hacer compras de nuevo con el papel moneda recibido.

Bien claro lo dice. Tú mismo lo has leído: «[...] *ya no tiene nada que ver con el dinero mercancía [...] no está cubierto por ninguna clase de valores reales [...] se basa en que la población confía [...]*».

Es curioso, ¿no? El presidente del Deutsche Bundesbank reconoce abiertamente que detrás de nuestro dinero no se oculta ningún valor real y su valor sólo se basa en la confianza.

¿Recuerdas cuando en el otoño de 2008 el banco Hypo Real Estate amenazó con quebrar? La gente empezó a perder la *confianza* en el sistema monetario. La canciller alemana Angela Merkel y su ministro de Finanzas por aquel entonces, Peer Steinbrück, se vieron obligados a darles a los alemanes una garantía para sus depósitos de ahorro, pues algunos habían comenzado ya a retirar su dinero del banco. Las palabras textuales de la canciller fueron: «*Decimos a las ahorradoras y los ahorradores que sus depósitos están seguros*».

¿Qué clase de dinero es ése para que los políticos tengan que darle una garantía? La respuesta es sencilla: *dinero malo*. Y la contestación a la siguiente pregunta puedes darla tú mismo sin la menor vacilación. ¿Crees que el dinero bueno o dinero mercancía debe necesitar la garantía de un político? Nosotros creemos que no con total certeza.

El dinero que usamos actualmente, el que tenemos que usar, es dinero malo y no se basa en el acuerdo voluntario de las personas. Nuestro sistema monetario es un mero sistema de papel moneda. Por cierto, mientras tanto, todas las monedas del mundo son pura moneda de papel. El último vínculo del dinero con el oro se disolvió en el año 1971, cuando Richard Nixon, entonces presidente de Estados Unidos, suprimió de la noche a la mañana la canjeabilidad de 35 dólares por una onza de oro. Con motivo del creciente endeudamiento del país, provocado, sobre todo, por la guerra de Vietnam, aumentó la desconfianza en el dólar, haciendo que los estadounidenses sacaran cada vez más oro de las cajas de caudales. Para evitarlo, al gobierno no le quedó más opción que suprimir la convertibilidad del dólar. Otra alternativa habría sido, sin duda, intentar recuperar la confianza reduciendo el gasto público. Pero el verdadero *ahorro* es muy impopular entre los Estados y los gobiernos. Al fin y al cabo, es mucho más agradable distribuir dinero ajeno (impuestos) que decirles a los perceptores: ¡A partir de ahora habrá menos!

Pero volvamos a nuestro asunto. Así pues, el Estado posee la «soberanía» del dinero, el monopolio de la producción monetaria. Y los monopolios son malos; en todo caso, para el consumidor, no para el monopolista. Si se tratara de

cualquier otro producto, los consumidores se quejarían de la posición de monopolio de un fabricante. En el caso de nuestro dinero, no lo hace nadie. ¿Por qué no? Sinceramente, ¿te has preguntado alguna vez por qué el Estado es responsable de nuestro dinero? ¿A que no? Cuando a los ciudadanos se les pregunta por la confianza que les merecen los políticos, los resultados, por regla general, son horribles... en todo caso, para nuestros políticos. Según una encuesta realizada por el EMNID en agosto de 2013, casi dos tercios de los alemanes no tienen confianza en los políticos. Es curioso que se atribuya la responsabilidad de nuestro dinero precisamente a este grupo profesional. Diríase que se trata de una pequeña esquizofrenia: no tenemos confianza en los políticos, pero sí en que nos den dinero como es debido. Y cuando sobreviene una crisis y empezamos a perder la confianza en el dinero, nos fiamos de lo que dicen: que los depósitos de ahorro son seguros. Sin comentarios.

Hoy en día, somos capaces de hacer proezas tecnológicas poco menos que increíbles. Enviamos sondas robóticas a Marte y casi todos vamos por ahí luciendo un teléfono inteligente con el que podemos mandar una foto a la otra punta del mundo en un santiamén. Nuestros médicos trasplantan corazones de donantes con toda normalidad, y por internet encargamos con un solo clic de ratón cosas que, gracias a unos magistrales sistemas logísticos, se nos entregan al día siguiente a la puerta de casa.

Quizá haya también cierta resignación por nuestra parte, pero en lo que atañe al dinero parece que, por regla general, desconectamos el cerebro, ni siquiera nos planteamos el asunto y lo dejamos en manos de la política. Es decir, dejamos nuestras finanzas en manos de unas personas que, al parecer, ni siquiera son capaces de construir un aeropuerto dentro de un plazo determinado. Pero eso sí, el asunto del dinero lo dominan a la perfección. Es obvio que el funcionamiento de nuestro moderno sistema monetario es todo menos trivial. Además, aparece envuelto intencionadamente en una especie de nebulosa, de manera que el ciudadano normal no sepa a ciencia cierta cómo funciona y, por lo tanto, no lo cuestione. Pero para eso contamos ahora con este libro.

Nadie lo ha formulado con más acierto que Friedrich August von Hayek (1899-1992), discípulo de Mises y premio Nobel, que escribió en la década de 1970 que la historia del manejo del dinero por parte del Estado es una historia incesante de fraude y embuste.

Para que un *sistema monetario* funcione, no es imprescindible que intervenga el Estado. Y que sea necesario e importante tener un medio de pago

legal es, lisa y llanamente, mentira. Nuestra historia nos ha demostrado de forma concluyente que las personas se ponen de acuerdo por propia voluntad sobre qué quieren usar como dinero. Sólo hay que dejar que lo sigan haciendo.

Tal vez objetos que hoy en día los tiempos han cambiado y una economía moderna necesita dinero nuevo y créditos para poder crecer. Esta afirmación la oímos a menudo en boca de economistas deseosos de dar coba al Estado y al gobierno. También es falsa. Una economía sale adelante con *cualquier* masa monetaria. Más dinero no la enriquece más.

El economista Murray N. Rothbard (1926-1995), por cierto también discípulo de Mises, escribe en su libro *Das Scheingeldsystem. Wie der Staat unser Geld zerstört*:

¿Qué pasaría si, de la noche a la mañana, llegara un hada buena a nuestros bolsillos, carteras y cuentas bancarias y duplicara nuestra cantidad de dinero? ¿Seríamos el doble de ricos? Evidentemente, no. Lo que nos hace ricos es la abundancia de bienes, y lo que pone límites a la superabundancia es la escasez de recursos, es decir, de suelo, trabajo y capital. Multiplicando las monedas no se remedia la falta de recursos. Por un momento quizá nos sintamos el doble de ricos, pero, en realidad, sólo estamos diluyendo nuestra oferta de dinero [...] Así como nuevos bienes de consumo o de capital elevan el nivel de vida, el dinero nuevo sólo eleva los precios.

Otro error con el que debemos acabar: cuanto más estable sea el dinero, mejor. ¡Falso! ¿Por qué entonces —quizá objetos ahora— el Banco Central Europeo considera que su cometido es mantener los precios estables? Respondamos con otra pregunta: ¿Por qué el Banco Central impide que bajen los precios? Porque no tenemos nada en contra de que bajen los precios, ¿no? En cambio, el Banco Central sí parece tener algo en contra. ¿Por qué? Porque en un sistema de papel moneda el hecho de que bajen los precios tiene unas repercusiones devastadoras. Las razones las irás conociendo a lo largo de este libro.

Sin duda, el poder adquisitivo del dinero mercancía sería más estable que nuestro actual papel moneda estatal y tendría una tendencia al alza. Pero el poder adquisitivo del dinero mercancía no sería completamente estable. Tendría sus fluctuaciones, ya que guarda una estrecha relación con la fluctuante demanda de dinero. Unas veces la demanda de dinero es más alta y otras, más baja. Reflexiona un momento, por favor: en tiempos de inseguridad económica, la gente querrá guardar más dinero, aumentará la demanda de dinero y, por el contrario, los precios de los bienes descenderán. Esto ocurrirá hasta el momento en que los precios de los bienes vuelvan a considerarse atractivos, se reduzca la

incertidumbre y aumente de nuevo la disposición a cambiar dinero por bienes. En las etapas menos inseguras, en cambio, la gente guardará menos dinero, la demanda de dinero disminuirá y los precios de los bienes tendrán una tendencia a subir. Hasta el momento en que se consideren demasiado altos y vuelva a reducirse la disposición a cambiar dinero por bienes. Sólo así pueden desplegar los precios su efecto señalizador. El Banco Central, con el objetivo que se ha trazado de mantener los precios estables, no permite este efecto señalizador. Lo que pretende es crear la apariencia de que los precios son estables para que olvidemos la permanente pérdida de poder adquisitivo que sufre nuestro papel moneda.

Dicho sea de paso, el futuro es *siempre* incierto; unas veces más y otras menos. Sólo por eso es necesario guardar dinero.

Confiamos en que con este primer capítulo ya hayamos conseguido que te replantees lo que dabas por hecho.

Resumen

Si las personas se ponen de acuerdo por propia voluntad, sin la presión estatal, sobre qué mercancía desean utilizar como medio de canje, surge en un proceso competitivo el *dinero bueno*, un medio de canje aceptado por todos. El dinero estatal, que las personas tienen que utilizar por fuerza y cuya cantidad puede alterarse arbitrariamente —en la mayor parte de los casos, se aumenta—, es *dinero malo*. Repitamos las palabras de Friedrich August von Hayek: «La historia del manejo del dinero por parte del Estado es una historia incesante de fraude y embuste». ¡Cuánta razón tenía!

A quién le está permitido crear dinero y a quién no

A los políticos les encanta el «easy money» [dinero fácil] porque así el Estado y sus poderosas élites pueden endeudarse a voluntad sin tener que pensar nunca en reembolsar el dinero.

ROLANDBAADER

Una vez explicado *qué* es el dinero, podemos ocuparnos de la cuestión de *cómo* surge. También puede interesarte quién está hoy en día autorizado a producir dinero y quién no. Y cómo el conjunto está englobado en el sistema. Ya en el prólogo hemos mencionado que, desde que se introdujo el euro, la masa monetaria M2, más o menos, se ha duplicado. Cuando escribimos «desde que se introdujo el euro», a simple vista puede parecer que la masa monetaria ha aumentado sólo desde que existe el euro. Eso es un error. En tiempos del marco alemán también aumentaban las masas monetarias. Sin embargo, éstas, normalmente, no crecían tan aprisa como en estos años pasados.

Pero en términos generales, ¿cómo aumenta la masa monetaria? En primer lugar, vamos a examinar la llamada producción natural del dinero. «Natural» debe entenderse en el sentido de que la masa monetaria, en un sistema puro de dinero mercancía —por ejemplo, en el caso del oro y la plata—, sólo crece en la misma medida en que lo hace el metal precioso libremente extraído. Porque en el mercado libre cualquiera puede ir en busca de oro y plata. Dado que detectar estratos de roca que contengan oro y plata siempre ha sido, y sigue siendo, muy costoso, por no hablar de la extracción de los metales preciosos, los índices de

crecimiento de las masas monetarias de metal precioso han sido siempre, a lo largo de la historia, muy bajos. Y precisamente esa escasez es lo que ha hecho del oro y la plata unos medios de canje tan excelentes.

En el pasado, de la producción y el tratamiento de los metales preciosos se encargaban siempre los buscadores de oro y los orfebres. Teniendo en cuenta que el dinero es un bien, concretamente, el bien que mejor se vende, lo único que han hecho los buscadores de oro y los orfebres ha sido producir un bien. Nada se le puede reprochar a esta forma de producir dinero, como tampoco a ninguna otra manera de producir bienes que no vulnere la propiedad. Si en un sistema monetario basado en metales preciosos alguien lograra, por ejemplo, fabricar oro artificial por medios sintéticos, y de este modo se consiguiera aumentar significativamente la cantidad de oro y, por lo tanto, de dinero, los mercaderes, con toda probabilidad, se apartarían del oro y emplearían *otro* dinero. En un mercado libre en el que las personas pudieran ponerse de acuerdo sobre su dinero sin ninguna presión ni intromisión estatal, éste sería un proceso de todo punto normal y beneficioso.

Volvamos imaginariamente a nuestra pequeña ciudad. Entretanto, ya se han producido mejoras en el oro como medio de canje. Un orfebre se ha dado cuenta de lo populares que se han vuelto las laminillas como medio de pago, y se le ha ocurrido la idea de fundir las laminillas de oro de los mercaderes y así acuñar monedas. Para simplificar aún más los trueques —que ya se han vuelto mucho más sencillos por el uso del oro—, ha acuñado monedas con las unidades de peso de 1 gramo, 5 gramos, 10 gramos, 50 gramos y 100 gramos. Y a cambio de su trabajo, el orfebre ha exigido a las personas una tarifa por la acuñación.

Entretanto, la gente de nuestra ciudad se ha acostumbrado a hacer los negocios con oro. Aprecia mucho no tener que cambiar *directamente* sus mercancías, sino *indirectamente*, por monedas de oro. El trueque ha aumentado de manera considerable, y está claro que todos han prosperado más.

El único inconveniente es que nadie sabe muy bien dónde guardar el oro en casa. Ya hay quien ha perdido su oro. Y también se han producido robos. Hasta que un mercader —llamémosle simplemente **A**— ha tenido una idea de negocio: ofrecer la prestación de un servicio con el que precisamente pueden resolverse esos problemas. **A** da a la gente la posibilidad de guardar su oro de manera segura. Instala una caja de caudales en su local comercial, y a todos los que le confían su oro les extiende un resguardo de depósito en el que anota la cantidad

exacta. Al almacenar el oro en una gran caja de caudales comunal puede ofrecer un servicio de custodia segura a un precio bastante bueno. A cambio de este servicio cobra una tasa de almacenaje.

La gente se muestra dispuesta a pagar la tasa, pues en el futuro ya no tendrá que guardar el oro en casa. El riesgo de pérdida o robo se reduce. El resguardo es más fácil de esconder. Naturalmente, todos pueden ir en cualquier momento al almacén de **A** para que éste les entregue la cantidad de oro que necesiten. Una idea sencilla y genial.

La premisa indispensable es, desde luego, que **A** tiene que gozar de la confianza de los demás mercaderes; su reputación debe ser intachable. Nadie confiaría su oro a un granuja. ¿Ingresaría usted dinero en un banco del que no se fiara?

El modelo de negocio que ha ideado **A** funciona. Mucha gente le confía oro para que lo custodie y recibe un resguardo de depósito. Cuando esas personas quieren hacer una compra, retiran el oro. Porque los vendedores no quieren un resguardo de papel, sino oro auténtico. No se fían un pelo del papel... todavía. Luego, el vendedor, a su vez, lleva el oro para que lo guarde **A** y recibe un resguardo de depósito. Sin embargo, poco a poco, los vendedores empiezan a aceptar los resguardos también como pago, y luego se los cambian a **A** por oro. Dado que **A** siempre tiene suministro, al final incluso se ahorran el paso del trueque. Los resguardos empiezan a tener curso legal y, al poco tiempo, sustituyen al oro como medio de pago (= dinero), pues cada uno de los mercaderes sabe que puede ir con su resguardo al almacén de **A** en todo momento y exigir el reembolso en oro.

Naturalmente, **A** se ha dado cuenta de que casi ningún mercader cobra su resguardo en oro. La mayor parte del oro se queda siempre en la caja de caudales. Entonces **A** reflexiona sobre si podría aprovecharse de esta circunstancia y cómo. Su reflexión es la siguiente: podría pasarse al negocio del préstamo. Supongamos que el comerciante en juguetes **S** deposita 100 gramos de oro en el establecimiento de **A**. **S** obtiene a cambio un resguardo de depósito por 100 gramos de oro. Ahora **A** sucumbe a la tentación y presta 90 gramos del oro de **S** en efectivo al albañil **H**. ¡Ahí va! ¿Te has dado cuenta? Es un acto casi trascendental. En este momento, acaba de surgir *dinero nuevo* de la nada. Antes de que **S** depositara su oro, eran 100 gramos de oro. Ahora **S** tiene un resguardo por valor de 100 gramos de oro. Cree —con absoluta justificación— que dispone de 100 gramos de oro, pues el resguardo, para él y para los demás mercaderes,

equivale al oro; no en vano, el oro está bien custodiado en la caja de caudales que posee **A** y siempre se puede canjear. Es posible que él también utilice el resguardo para hacer compras. Al mismo tiempo, **H** dispone de 90 gramos de oro en efectivo. Los dos juntos creen disponer, con toda razón, de 190 gramos de oro y comercian con arreglo a ello. ¡En este momento, la cantidad de dinero ha aumentado un 90 por ciento! Para entender mejor cómo se crea el dinero, imaginemos que **A** no concede el préstamo en oro físico, sino que, sencillamente, extiende otro resguardo de depósito (falso) por un valor de 90 gramos. El efecto es el mismo.

El nuevo ámbito de negocio que se le ha ocurrido a **A** triunfa con rapidez. Sus ofertas de préstamos gustan mucho a los mercaderes. Hasta entonces, para obtener un préstamo, otra persona tenía que estar dispuesta a renunciar al oro o al resguardo del depósito durante un tiempo determinado. Eso ahora ya no es necesario. Los resguardos surgen casi de la nada. Aparte de papel y un poco de tinta, **A** no necesita nada para crearlos. ¡Qué modelo de negocio tan genial! **A** produce resguardos de la nada, los concede como préstamos que, en parte, incluso se reembolsan con oro físico, y, por si fuera poco, al final percibe intereses.

Sólo tiene que cuidarse de no conceder demasiados préstamos. ¿Por qué? Porque de lo contrario, los mercaderes podrían sospechar y darse cuenta de que cada vez hay más resguardos circulando. Y seguro que ya sabes lo que podría pasar entonces. La gente perdería la confianza en **A** y luego... ¡exacto! La famosa palabra de seis letras por la que se pregunta en casi todos los crucigramas definiéndola como «asalto a un banco»: *PÁNICO*. La gente *correría* hacia el establecimiento de **A** para cambiar sus resguardos por oro físico. Como es natural, los últimos saldrían con las manos vacías, pues, al fin y al cabo, no todos los resguardos estarían avalados con reservas de oro.

La consecuencia lógica de los negocios que ha montado **A** es la siguiente: *la cantidad de dinero aumenta*. Por una parte circulan los resguardos que, en su origen, se extendían a cambio de depositar oro. A eso se añaden ahora los resguardos que se extendieron adicionalmente al conceder el préstamo. Más adelante nos ocuparemos de las consecuencias que provoca todo esto.

En cualquier caso, una cosa está clara: los negocios que **A** ha practicado con los préstamos suponen un abuso de la confianza que han depositado en él sus clientes. Se ha valido de la propiedad de otros y, por lo tanto, ha vulnerado sus derechos de pro piedad. Su conducta es, lisa y llanamente, delictiva.

Sin duda, te habrás dado cuenta de que los negocios que hace **A** se parecen mucho a los que hacen nuestros bancos hoy en día. Se puede decir incluso que la empresa de **A** es un banco. Aceptar depósitos y, a partir de ahí, conceder préstamos son las características esenciales de un banco.

Seguro que también te has fijado en que hasta ahora ningún Estado y ningún gobierno se han inmiscuido en el asunto del dinero ni han intervenido de ninguna manera en él. Todavía no. Pero eso sí: han observado lo que ha pasado.

¿*Por qué* y, sobre todo, *cómo* se han apropiado paso a paso los Estados y los gobiernos de la producción del dinero a lo largo de la historia? El *porqué* tiene fácil explicación. Ya lo hemos mencionado en el primer capítulo: a los políticos no les gusta el *ahorro*, sino más bien todo lo contrario. Quien quiera mantener a la población de buen humor, comprar votos o cumplir las promesas electorales ha de hacerse con mucho dinero. Pero ¿de dónde sacarlo? Los impuestos no son precisamente populares, pues muestran que el gasto público y los regalos de las campañas electorales también generan costes y no caen del cielo. Para resolver los problemas de dinero, ¿qué mejor que participar uno mismo en su producción?

Tampoco se tarda mucho más en explicar el *cómo*. Para un Estado que, en su territorio, es el que toma las decisiones en última instancia, resulta relativamente sencillo aprovechar en su propio beneficio la producción monetaria de la economía bancaria. Imaginemos que **A** ha repartido demasiados resguardos. Tras una fase de auge viene el estancamiento. Varios prestatarios ya no pueden servirse de sus créditos. La gente empieza a dudar de la solvencia de **A** y cambia sus resguardos por oro. La caja de caudales que tiene **A** se vacía cada vez más aprisa. Un arroyuelo se convierte en un río impetuoso. Finalmente, **A** debe suspender pagos. Los clientes están indignados y lo llevan a juicio. En el proceso decide el rey, que reside en la lejana capital. Dice que la cosa tampoco es para tanto. Que los clientes tengan un poco de paciencia. Que poco a poco **A** irá devolviendo el dinero. Los clientes están furiosos, pero **A** sigue en el negocio. Poco a poco, la economía se va recuperando, y **A** incluso recibe nuevas remesas de oro. En el momento en que está pensando en si se aventura otra vez a conceder préstamos extendiendo más resguardos de depósito en descubierto, el rey le pregunta si podría obtener un préstamo a bajo interés. Al fin y al cabo, la guerra que libra para defender el país es cara. Naturalmente, **A** no se puede negar y le concede un préstamo falsificando resguardos. Y así empieza otra vez el juego. Se va creando una alianza entre el Estado y el sistema bancario. El

monarca no defiende los derechos de los clientes del banco, sino que incluso permite que **A** cree dinero a partir de la nada. En contrapartida, una gran parte de ese dinero recién creado va a parar al rey, al Estado.

Para ilustrar lo que se acaba de decir, mencionemos dos breves ejemplos extraídos de la historia. Un banco famoso, que no era un banco de reserva fraccional, era el Banco de Ámsterdam, fundado en el año 1609. A lo largo de unos ciento setenta años, todos los depósitos de los clientes estuvieron siempre cubiertos al ciento por ciento: plenamente avalados con oro. En teoría, todos los clientes del banco podrían haberse presentado al mismo tiempo y exigir que les devolvieran sus depósitos. Aquí no habría habido ningún problema de *pánico bancario*. El banco disfrutaba de la máxima confianza entre los inversores. Hasta que en la década de 1780, como no podía ser de otra manera, la ciudad de Ámsterdam necesitó dinero para afrontar los gastos de la cuarta guerra anglo neerlandesa y exigió al banco que prestara a la ciudad parte de las reservas, es decir, de los depósitos de los clientes.

El segundo ejemplo es el Banco de Inglaterra, fundado en el año 1694 con el único fin de financiar el gasto público. Aquí también pasó lo que tenía que pasar. *El Banco se declaró finalmente en quiebra, pese a su privilegiado papel como banco del gobierno, su monopolio de la responsabilidad limitada en Inglaterra y pese a ser el único autorizado para emitir billetes de banco.* Eso dice el economista Jesús Huerta de Soto en su estudio titulado *Dinero, crédito bancario y ciclos coyunturales*.

Sin embargo, en estos ejemplos extraídos de la historia se puede observar una diferencia esencial con respecto al actual sistema bancario. Aunque sólo se guardara como reserva parte de los depósitos, éstos, por aquel entonces, todavía constaban de oro. Por lo tanto, a la creación de dinero a partir de la nada, al menos, se le ponían ciertos límites naturales. Un billete de banco entrañaba casi un derecho al reembolso en dinero auténtico, es decir, en metales preciosos. Si tenía lugar un pánico bancario, había que presentar oro; de lo contrario, amenazaba la quiebra. Y el oro no se puede imprimir. Así pues, el peligro de una fuga de oro frenaba de manera considerable la producción de dinero a partir de la nada. El banco no debía pasarse de la raya, pues los clientes podían exigir en todo momento cobrar en oro. Hoy en día ya no existe el derecho a cobrar en metales preciosos. Recordemos brevemente lo que decía el presidente del

Bundesbank, Jens Weidmann: *«El dinero actual ya no está cubierto por ninguna clase de valores reales. Los billetes de banco son papel impreso —los expertos sabrán que en el caso del euro, en realidad, se trata de algodón—[...]»*

Si quieres pasar un buen rato, haz la prueba de enviar un billete de cinco euros al Banco Central Europeo. Adjunte una atenta carta pidiéndole el cobro del billete. Suponiendo que le responda, el banco le enviará una carta igualmente atenta junto con *otro* billete de cinco euros a modo de pago.

En cualquier caso, la historia siguió su curso, y ahora entenderás a qué se refería Hayek cuando decía que la historia del manejo del dinero por parte del Estado es una historia incesante de fraude y embuste.

Los orígenes de la íntima complicidad entre el Estado y el sistema bancario, a modo de simbiosis, en beneficio de ambas partes, se remontan a mucho tiempo atrás. Tan atrás que, a estas alturas, varias generaciones no han conocido ningún otro sistema monetario que el actual y, por lo tanto, no albergan ninguna duda sobre su legitimidad.

Estos conocimientos los expuso Ludwig von Mises ya en 1940 en su obra *Nationalökonomie*:

El rasgo fundamental de la política bancaria [de los gobiernos] no era la limitación, sino el fomento de la emisión de activos en circulación [*con «activos en circulación» Mises se refiere a los resguardos mencionados en nuestro ejemplo, que entran en circulación a través de la concesión de créditos; n. de los a.J.*]. A los bancos se les ha privilegiado porque, para abaratar el crédito, se quiso traspasar los límites que la libertad bancaria le pone a la expansión crediticia, o bien porque se quiso obtener ventajas inmediatas para el erario público.

Los propios gobiernos, como «últimos ejecutores», han dictado leyes para legitimar *esos* negocios que en nuestra historia hemos reconocido como una estafa clarísima por parte de **A**, que custodiaba el oro. En contrapartida, los bancos se declararon dispuestos a contribuir a financiar el gasto público y el déficit del Estado con el dinero surgido de la nada a modo de crédito.

A fin de cuentas, la introducción del papel moneda fue un factor decisivo para que los gobiernos se pudieran apropiar, paso a paso, del poder sobre el sistema monetario. Antes acuñar monedas de oro o plata era una tarea de orfebres particulares, pero luego fue el Estado el que se hizo con su monopolio. A los particulares que ofrecían dinero se les fue expulsando paulatinamente del mercado, si era necesario, por ley.

Y para poder crear aún más dinero, el vínculo entre el dinero y el oro se fue aflojando cada vez más. La gente dejó de utilizar oro en efectivo. A través de leyes y estímulos muy concretos se fomentó la circulación de billetes de banco y se puso cada vez más trabas al cambio en oro. La gente se fue acostumbrando poco a poco al papel. Hacia el fin de la segunda guerra mundial, en el año 1944, se creó, además, el sistema de Bretton Woods. Un dólar estadounidense suponía para un banco de emisión extranjero un derecho de devolución de 1/35 onzas de oro. Sin embargo, los particulares no tenían derecho a que se les pagara en oro. A este sistema se le llamó también patrón de divisas en oro. Ahora bien, como ya hemos mencionado en el primer capítulo, únicamente estuvo vigente hasta el año 1971. ¿Y por qué no se pudo mantener? Porque una vez más, los políticos habían gastado más dinero del que tenían a su disposición. Incluso ese minúsculo e indirecto vínculo con el oro del sistema creado en Bretton Woods seguía limitando demasiado a los políticos en sus orgías de gastos. De modo que se eliminó.

Desde 1971 vivimos dentro de un sistema puro de papel moneda en el que, en teoría, el dinero puede multiplicarse sin límite. En caso de pánico bancario, las reservas de oro ya no suponen ningún problema. Ahora, simplemente, se imprime dinero nuevo sin fin. ¡Qué bonito sería que nos dejaran participar en ese juego! Pero el Estado y los bancos son unos aguafiestas y no nos dejan jugar.

A los bancos de emisión les gusta también llamarse *lender of last resort*, es decir, *prestamistas* (o también *rescatadores*) *de última instancia*. Son rescatadores que ayudan a los bancos en caso de apuro, como, por ejemplo, cuando demasiados clientes quieren retirar sus depósitos al mismo tiempo. En el caso del Banco de Emisión Americano, creado en el año 1913, el rescatador de última instancia se instaló a petición de los bancos. Porque los banqueros no son tontos. Saben que si tiene lugar un *pánico bancario* sin que haya banco de emisión, se acabó el juego lucrativo. Por eso les conviene que haya un banco emisor. Y es bueno saber que ese tipo de banco puede proporcionar liquidez sin límite en cuanto se vislumbra algún problema. Asegurados de este modo, los bancos pueden ser todavía más agresivos a la hora de crear dinero nuevo.

Por otra parte, en un sistema monetario competitivo en el que no interviniera el Estado, un banco de emisión sería completamente superfluo.

Ahora ya sabe *cómo* y *por qué* los gobiernos de todo el mundo han copiado este modelo de negocio tan genial, consistente en crear dinero *nuevo* a partir de la nada, y se han apropiado de él. Han usurpado por ley el monopolio del dinero

y ahora disfrutan, junto con todo el sistema bancario, de las ventajas que supone crear e imprimir dinero. ¿Qué opina del monopolio? ¿Puede usted imprimir dinero y comprar con él valores patrimoniales? No; sin embargo, el Banco Central sí puede. ¿Puede usted crear dinero con el ordenador y abonarlo en cuenta de otros y cobrar intereses a cambio? No; pero los bancos sí pueden. ¿Por qué a ellos les está permitido hacerlo y a nosotros no? ¿Le parece justo? ¿Acaso puede una sociedad justa basarse en un sistema de estas características? Lo más llamativo es que eso no parece importarle a nadie. La gente se manifiesta más en favor de un paso a nivel para sapos que en favor de un sistema monetario privado. Al menos hasta ahora.

Ahora vamos a examinar, en concreto, cómo surge el dinero en un sistema bancario.

Si tienes ocasión, haz la prueba y pregunta a un amigo o conocido si sabe de dónde proceden estas masas monetarias que aumentan de manera permanente. La respuesta que obtendrá será, casi con absoluta seguridad: «El banco de emisión imprime el dinero». O bien: «El dinero lo imprime el BCE».

Esta respuesta es incluso correcta en parte. Es cierto que los bancos de emisión imprimen dinero, aunque apenas en forma de papel, como vemos en las fotos de la época de la hiperinflación que sufrió la República de Weimar en 1923, cuando la gente recorría el país con carretillas llenas de fardos de dinero. Hoy en día, estos bancos producen el dinero más bien electrónicamente, casi en forma de bits y bytes, lo que, al fin y al cabo, es todavía más barato. Para ello ni siquiera hacen falta papel y tinta, como necesitaba **A** en nuestra pequeña ciudad. Los bancos emisores utilizan este dinero electrónico para inyectarlo en el sistema bancario a fin de respaldar los negocios a crédito o mejorar la liquidez, como rezan luego las declaraciones oficiales a la prensa.

Los bancos de emisión crean dinero por dos razones principales. En primer lugar, para rescatar el sistema bancario, que, claro está, también financia indirectamente la política y, en segundo lugar, para financiar muy directamente al Estado. Esto ocurre cuando los bancos de emisión compran directamente los empréstitos, es decir, las deudas del Estado. El gobierno recibe entonces una transferencia directamente en el erario público; a cambio, los empréstitos estatales van a parar al banco de emisión. El dinero sale directamente de la imprenta de billetes de banco o, dicho con más exactitud, del ordenador.

En lenguaje técnico, a esto se le llama «monetarizar», que suena de lo más distinguido, pero no por eso es algo mejor. Los gobiernos encargan a su banco de

emisión que imprima dinero, a continuación se hacen transferir ese dinero y compran lo indecible: tabletas para diputados, una nueva flota de limusinas de lujo para el servicio de viajes del Parlamento Federal, o bien salvan a algún otro país de la bancarrota con el argumento de que no tienen otra alternativa.

La inmensa mayoría de la gente cree que el dinero nuevo *solamente* surge en los bancos de emisión. Se trata de una creencia errónea. Al contrario; la mayor parte del incremento de la masa monetaria tiene lugar en el propio sector bancario, incluida su caja de ahorros o el banco cooperativo que está a la vuelta de la esquina.

De ahí que le propongamos la prueba siguiente para que se la haga a alguien que usted conozca. Muy probablemente, se producirá la conversación que sigue:

—¿Qué hace en realidad tu banco con el dinero que tienes en la cuenta corriente?

—Trabaja con él.

—Ya, pero ¿qué hace el banco *exactamente*?

—Lo invierte.

—Vale; pero ¿*cómo* invierte el banco el dinero?

—No lo sé.

—¿Por qué sigue el dinero en tu cuenta si el banco trabaja con él? —Tampoco lo sé.

—Tienes el dinero en una cuenta corriente. ¿Por qué en una cuenta corriente?

—Porque quizá lo necesite a corto plazo.

—¿Y te parece bien que tu banco trabaje con tu dinero, haga lo que haga con él, si a lo mejor lo necesitas a corto plazo?

—En realidad no, pero me da igual con tal de que pueda sacarlo cuando quiera.

En vista de todas estas vaguedades, ya va siendo hora de aclarar las cosas. Vivimos en un sistema bancario de reserva parcial. Eso significa que tu banco está autorizado por ley, es decir, por el Estado, a *prestar* tu dinero. Únicamente tiene que mantener la llamada *reserva mínima*, la cual supone —¡agárrate!— un 1 por ciento. Dicho en palabras, un uno por ciento. Supongamos que has ingresado en caja diez mil euros en efectivo en tu cuenta corriente, en tu cuenta de ahorro o en el depósito a plazo fijo; no importa dónde. Tu banco, en teoría, puede prestar de ahí 9.900 euros. Tu banco sólo tiene que mantener en metálico cien euros como *reserva*, o bien aparcarlos en una cuenta del banco emisor. Así pues, el banco actúa exactamente igual que **A** en nuestra ciudad, el cual, sin embargo, mantenía una cuota de reserva del 10 por ciento, cuando de cien gramos de oro prestaba noventa.

Desde luego, ahora puedes volver a objetar: «Eso me da igual, siempre y cuando pueda cobrar en cualquier momento». En principio, no vamos a hacer comentarios al respecto. Cuando hayas terminado de leer este libro, seguro que ya no te dará igual.

Ahora supongamos que el banco presta siete mil euros de los diez mil que tienes en la cuenta corriente a un vecino tuyo. Éste firma un contrato de préstamo con el banco y, al día siguiente, mira el extracto de su cuenta para ver si ya le han abonado el préstamo. Te lo encuentras por casualidad en la entrada del banco. Él ya ha impreso el extracto de cuenta: ya le han abonado el préstamo y el saldo asciende a siete mil euros. Tú imprimes asimismo tu extracto de cuenta y compruebas que sigues teniendo diez mil euros. Si faltara algo de dinero, protestarías inmediatamente, ¿no? Suma ahora, por favor, siete mil euros más diez mil euros. Son diecisiete mil euros. Sin embargo, antes de que tu vecino firmara el contrato de préstamo sólo existían los diez mil *tuyos*.

Sin duda, estarás de acuerdo en que ahora te puedes plantear o, más bien, te debes plantear, con toda legitimidad, la pregunta siguiente: ¿de dónde salen los siete mil euros que hace poco no existían? La respuesta es tan breve como increíble: *de la nada*.

Acabas de volver a ser testigo de cómo se crea el dinero *nuevo*. ¡Qué momento más conmovedor!

Ahora ya sabes *cómo* surge el dinero y puedes entender por qué nuestro papel moneda también se llama *dinero fiat* o *fiatmoney*, es decir, dinero fiduciario. Los latinistas que estén leyendo esto —y no hace falta saber mucho latín— ya lo habrán traducido. Casi todo el mundo conoce la breve pero significativa frase de la Biblia que se refiere a cuando Dios creó la Tierra: «*Fiat lux*», lo que traducido significa: *hágase la luz*. *Dinero fiat* = *hágase el dinero*.

Por ahora, todavía no puedes valorar las importantes repercusiones, naturalmente negativas, que tiene esta forma de crear dinero en el poder adquisitivo de tus ingresos, tu patrimonio, y, por lo tanto, en tu vida, y, a fin de cuentas, como no estás solo en el mundo, en toda la sociedad. Pero acabarás sabiendo valorarlas con este libro. Lo prometido es deuda.

¿Acaso crees de veras que aquí termina el juego? De ninguna manera. Volvamos un momento al saldo de la cuenta de tu vecino: siete mil euros. Podemos partir de la base de que con ese dinero querrá adquirir algo. Pedir un crédito para dejar el dinero en la cuenta es bastante improbable. Así pues, supongamos que ha adquirido algo. Ha instalado una cocina nueva y va a

transferir el dinero al vendedor. Finalmente, el dinero va a parar a la cuenta corriente del instalador de cocinas. En el mismo banco o en otro distinto; eso no importa. En cualquier caso, aquí empieza de nuevo el acto creador de dinero. Supongamos que de los siete mil euros ingresados por el instalador de cocinas, el banco presta ahora cinco mil a alguien que se quiere comprar un coche y le abona esa cantidad en su cuenta corriente. Volvamos a sumar: en el extracto de tu cuenta hay diez mil euros, en la cuenta del instalador de cocinas, siete mil y en la del que se ha comprado el coche, cinco mil. Si se realiza la compra del coche y el vendedor ingresa en su banco los cinco mil euros, el juego puede continuar. Sigamos suponiendo que el banco del vendedor de coches concede un crédito al consumidor de tres mil euros a un cliente que quiere comprarse un televisor nuevo. Tras la compra, el vendedor de televisores ingresa el importe en su cuenta corriente. A estas alturas, en las cuentas corrientes ya hay diez mil más siete mil más cinco mil más tres mil euros. Los diez mil euros se han convertido en 25.000. Y podríamos seguir sumando, pero no es necesario. No queremos perder el tiempo ni hacértelo perder. Ya habrás visto que la serie puede continuar, pero los importes son cada vez menores.

En nuestro ejemplo hemos supuesto cuotas de reserva relativamente altas. De los diez mil euros, en el primer paso sólo se prestan siete mil; hay, pues, una cuota de reserva del 30 por ciento. Si aplicamos la reserva mínima vigente en la zona euro de tan sólo un 1 por ciento, de los diez mil euros, en primer lugar, no se prestan siete mil, sino hasta 9.900, luego 9.801, luego 9.702, etcétera. Matemáticamente se trata de una sucesión de sumas convergentes. Así pues, en un caso extremo, los diez mil euros pueden convertirse en un millón. Entonces el sistema bancario habrá creado 990.000 euros de la nada y mantendrá una reserva de efectivo de diez mil: tus diez mil, es decir, un 1 por ciento.

Cuando se explica este sistema monetario, al llegar a este punto se objeta con frecuencia que mediante la adquisición o la inversión que alguien hace con el crédito obtenido surgen nuevos bienes o, expresado con más sencillez, «surge el crecimiento económico». Es posible; en cualquier caso, en este libro te demostraremos que a partir de la *nada* no se puede crear un bienestar de efecto duradero. Cuesta trabajo imaginarlo. Sería demasiado bonito para ser cierto. Piensa por un momento con lógica acerca de este modelo de «hacemos dinero de la nada y con ello creamos bienestar». Sencillamente, creamos una y otra vez

miles de millones de dinero nuevo y los repartimos entre todos. Pronto no tendría que trabajar nadie. Ni tú ni nosotros. Como sabes, eso no puede funcionar.

Nuestro sistema monetario, que el Estado monopoliza por fuerza, es la mayor estafa de la historia de la humanidad. Un momento; tenemos que formularlo de una manera aún más exacta: se trata de la mayor estafa a los ciudadanos. Y si, como ya se ha dicho antes, el estado de tu cuenta no se ha duplicado desde que se introdujo el euro, *tú* también figuras entre los estafados. Te han estafado robándote el poder adquisitivo de tus ingresos y tu patrimonio, atentando así contra tu propiedad personal.

Y esto ocurre disimulada y veladamente, pero al mismo tiempo es algo institucionalizado, y tan complejo que casi nadie lo entiende. Henry Ford (1863-1947), fundador de la Ford Motor Company, lo expresó con toda claridad una vez: si la gente supiera cómo funciona nuestro sistema financiero y monetario, estallaría una revolución de la noche a la mañana.

Resumen

Hoy en día, nuestro dinero surge de la nada. La inmensa mayoría del dinero nuevo no se origina en los bancos de emisión, sino en el propio sistema bancario. Nuestro dinero está desmaterializado; ya no está vinculado a nada. La producción monetaria está regulada y monopolizada por el Estado, que es quien tiene el poder exclusivo de producir dinero. El Estado y los bancos que lo financian son los privilegiados productores de dinero.

Por qué nuestro dinero actual es «socialmente injusto»

Pocos ciudadanos tienen realmente claro hasta qué punto se les explota desde hace generaciones mediante una combinación de impuestos progresivos sobre la renta e inflación y se les despoja del fruto de su trabajo.

ROLAND BAADER

Pocas veces han generado las definiciones tanta confusión como con los conceptos de inflación y deflación. Ya hemos puesto a prueba tus conocimientos de latín. «Inflación» deriva del verbo latino *inflare*, que significa «inflar». Y «deflación» procede de *deflare*, que traducido significa «descender».

Si quieres, haz la prueba y pregunte a unos cuantos amigos o conocidos qué entienden por «inflación». *Inflación es cuando todo se vuelve más caro*: ésta será, más o menos, la respuesta que obtengas. En cualquier caso, las definiciones no son correctas o incorrectas por sí mismas. Sencillamente, sirven para trabajar con ellas. Pero a la hora de investigar un asunto, pueden ser inapropiadas o incluso crear confusión.

De hecho, hasta muy entrado el siglo xx, el término *inflación* designaba la ampliación de la masa monetaria. Y a la inversa. La palabra *deflación* designaba la reducción de la masa monetaria, y no una etapa de caída de precios. Fue a partir del economista John Maynard Keynes (1883-1946) cuando se impuso la actual equiparación entre encarecimiento e inflación.

Busca tú mismo el concepto de inflación en Google; te quedarás asombrado. En la mayoría de los resultados, el concepto se interpreta como encarecimiento. Y esa interpretación no viene de cualquiera, no. Empezando por

la página web del Ministerio de Finanzas Alemán hasta artículos para internet de cadenas de televisión como la ARD o la ZDF, en todas partes se equipara el concepto de inflación con la subida de los precios o la depreciación de la moneda.

Incluso en un folleto del Banco Central Europeo —cuyo título, «La estabilidad de los precios: ¿por qué es importante para ti?», sugiere que va dirigido a adolescentes— se dice lo siguiente: *«Básicamente, la inflación se define como una subida generalizada, o de amplio alcance, de los precios de las mercancías y los servicios durante un período de tiempo prolongado que provoca una desvalorización del dinero y, en consecuencia, una pérdida de su poder adquisitivo»*.

La definición de la deflación, en casi todas partes, va por los mismos caminos; en fin, al menos es consecuente. En el folleto recién mencionado se encuentra asimismo la afirmación siguiente: *«Se dice que hay deflación cuando el nivel general de los precios desciende durante un período de tiempo prolongado»*.

Si tantas personas, incluidos los llamados expertos (porque la gente del Ministerio de Finanzas y del BCE es experta, ¿o no?), han olvidado la definición tradicional de inflación como una ampliación de la masa monetaria o hacen caso omiso de ella a sabiendas, parece indicado especular acerca de si se está poniendo intencionadamente a los ciudadanos sobre una pista falsa. Hay que suponer por fuerza que no todo el mundo entiende de buenas a primeras que las masas monetarias crecen de continuo. Que todo es cada vez más caro, nadie lo duda. Tampoco parece que nadie se esfuerce demasiado por negarlo. Porque a eso se ha acostumbrado todo el mundo, y, desde luego, nadie pregunta por las verdaderas causas. «Sencillamente es así. Cada vez está todo más caro. ¿Os acordáis de cuando una bola de helado costaba diez céntimos?», son cosas que se oyen con frecuencia, ¿no?

Al definir la inflación como encarecimiento, se desvía la atención de lo fundamental. Así es mucho más fácil echarles la culpa a otros. Se puede decir que ha sido el malvado capitalista vendedor de helados o la codiciosa industria petrolera quienes han subido los precios para enriquecerse.

Calificar la inflación de encarecimiento es como confundir un síntoma de una enfermedad con su causa. Sin embargo, la causa de la enfermedad no es la fiebre, sino los virus que han entrado en el cuerpo. Del mismo modo, la subida de los precios sólo es una consecuencia de la ampliación de la masa monetaria, y

ni siquiera es una consecuencia necesaria. Así podría llegarse a la falsa conclusión de que, si no hay encarecimiento, todo marcha bien. Craso error. Aunque los precios *no* suban, puede darse al mismo tiempo un aumento enorme de la masa monetaria, que se ve compensado por otros efectos, como un aumento de la productividad por las innovaciones o el incremento de la división del trabajo.

El concepto de inflación actualmente extendido desvía la atención del importante fenómeno de la ampliación de la masa monetaria. Aunque los precios no subieran o subieran muy poco, esos incrementos de la masa monetaria tienen unas consecuencias características, de las que seguiremos hablando más adelante en este libro.

Ahora debería estar claro por qué se ha arrinconado esta definición de la inflación entendida como aumento de la masa monetaria. Al fin y al cabo, alguien podría preguntar en cualquier momento de dónde sale en realidad todo ese dinero. Da la impresión de que no quieren que metamos las narices en el asunto. No conviene que todo el mundo sepa que el dinero surge de la nada. Al final, el ciudadano, a lo mejor, incluso querría saber por qué tiene que ganar el dinero trabajando, mientras que otros lo generan con un simple chasquido de los dedos...

Repitémoslo, para que conste en acta: *llamamos inflación al aumento de la masa monetaria; el concepto de deflación designa la reducción de la masa monetaria. La subida de los precios es una consecuencia de la inflación y se expresa en el índice de crecimiento de los precios que publica mensualmente el ministerio de Estadística. Punto.* Luego daremos más información sobre este índice.

Nuestros expertos del Banco Central Europeo incluso se han fijado un objetivo sobre el crecimiento de la masa monetaria: 4,5 por ciento al año. Éste es el llamado «valor de referencia»; 4,5 por ciento es lo que se quiere aumentar al año la masa monetaria en la zona euro.

Hay que tener en cuenta que *más* dinero no enriquece más la economía de un país. Si nuestros expertos de los bancos de emisión creyeran eso, ¿por qué son tan modestos y no permiten que la masa monetaria aumente un 10 por ciento al año o un 20 por ciento o, ya directamente, un ciento por ciento? Propón al Banco de Emisión Europeo que retire de la circulación todos los billetes de euro, las monedas y los haberes bancarios y los sustituya por otros nuevos a los que se pueda añadir un cero. Así, la masa monetaria se multiplicaría por diez en un

santiamén. Los que claman por más dinero y una política del BCE más expansiva se pondrían como locos de contentos. Quizá hasta recibieras el premio Nobel de Economía, dotado con ocho millones de coronas suecas, es decir, unos 915.000 euros (¡o tal vez para entonces ya fue - ran 9.150.000!). Imagínate. Merece la pena intentarlo, ¿no?

Ahora en serio. ¿Es la sociedad realmente más próspera porque aumente la masa monetaria? ¿Hay entonces más bienes reales, como coches, bienes inmuebles, comestibles u ofertas culturales? Evidentemente, no. Lo único que pasaría si se aceptara su sugerencia es que, con el tiempo, los precios se multiplicarían más o menos por diez. Y a la inversa: si de todos los billetes, monedas y haberes bancarios se suprimiera un cero, la sociedad no sería más pobre. No desaparecerían los bienes reales. Sólo se eliminaría una décima parte de la masa monetaria. Y el poder adquisitivo de los euros que quedaran se multiplicaría por diez.

Esta reflexión muestra que *cualquier* cantidad monetaria es óptima para cumplir la función de canje que tiene el dinero. Si se añade un cero a los billetes, los precios se multiplican por diez. Si se les quita un cero, se dividen entre diez. Pero el euro no es así ni mejor ni peor dinero. Sabiendo esto, se acaba rápidamente con los errores de que la masa monetaria «ha de adaptarse al crecimiento de la masa de bienes» o la economía necesita «una mayor masa monetaria para crecer». De hecho, sigue habiendo buenos economistas que incurren en estos errores y los aportan como argumento en favor de una moneda fiduciaria. Temen que la producción se estanque al haber un crecimiento económico sin (suficiente) aumento de la masa monetaria. Craso error. De hecho, si se produce más, los precios, en realidad, caen si no se aumenta la masa monetaria. A los empresarios, sin embargo, eso no les supone ningún problema, porque así producen y venden más. *La caída de los precios es el resultado natural del crecimiento económico*. Una manera realmente democrática de dejar que la mejora de la productividad favorezca a una amplia masa de la población. Eso sería más que justo, ¿no te parece? Sin embargo, se procura evitar una y otra vez que los precios bajen. ¿Por qué?

Existe una verdadera «fobia a la deflación», pasando por alto que la caída de los precios no tiene por qué ser un problema para las empresas. Lo decisivo para ellas es su superávit, es decir, el margen que les queda entre los precios de

compra y los de venta. Si los precios de compra caen más aprisa que los de venta, los márgenes incluso aumentan, como sucede hoy en día a menudo en el sector de la tecnología.

Es cierto que los deudores, en caso de que se produzca una caída de precios que no hayan previsto, pierden y pueden declararse en quiebra al haberse endeudado en exceso. Sin embargo, desde el punto de vista de la economía general eso es menos problemático. Únicamente da lugar a una redistribución. Los acreedores, que han previsto mejor la evolución de los precios, se hacen cargo de la empresa y se convierten en nuevos propietarios. Este cambio de propiedad no afecta, sin embargo, a la capacidad productiva de la economía, ya que las fábricas, las carreteras, las máquinas y los trabajadores siguen estando ahí.

Veamos una astuta estrategia: yo afirmo solemnemente que la caída de los precios es un desastre... y propongo una solución... Seguro que intuye lo que voy a decir. Exacto: una ampliación de la masa monetaria. Y el nuevo dinero ha de ir a parar a mi bolsillo. Así funcionará también lo del alza. De este modo, la fobia a la caída de los precios legitima la inflación. De esto se benefician los deudores a costa de los ahorradores y los acreedores. Ganan quienes antes se embolsen el dinero nuevo.

Así hemos llegado a las *repercusiones* de la inflación. Veamos qué supone la inflación para ti, para tus ingresos, para tu patrimonio. ¿Qué repercusiones tiene la inflación en la distribución de los ingresos y el patrimonio en una sociedad? Ahora mismo entenderás por qué hemos titulado este libro *Por qué otros se hacen cada vez más ricos a tu costa*.

Como a estas alturas ya conoces bien nuestra pequeña ciudad —al fin y al cabo, ya te hemos presentado a algunos de sus habitantes—, volvamos a ella.

El dinero mercancía «oro» está perfectamente acreditado como medio de canje. Vamos a suponer que nuestro empresario **A** trabaja con absoluta corrección, de modo que *ya no* extiende resguardos de depósito cuando hay dinero en su caja de caudales. Y tras masivas protestas de los ciudadanos, el rey ya no se inmiscuye en el sistema monetario.

Los buscadores de oro van todos los días en pos delpreciado metal, pero el botín siempre es muy escaso. Apenas quedan yacimientos que merezca la pena explotar. De ahí que la masa monetaria crezca sólo en muy escasa medida. En la

ciudad, la gente es muy trabajadora, y como el conjunto de bienes producidos aumenta sin cesar, pero la masa monetaria permanece casi igual, el poder adquisitivo del oro aumenta continuamente. Los precios de las mercancías caen.

Casi todos están satisfechos; los únicos que no lo están son los buscadores de oro. Por esa razón, algunos se han unido y se las ingenian para inventar una novedosa perforadora con la que quieren llegar hasta estratos más profundos de la roca. Un día, uno de los buscadores propone dotar a la perforadora de una punta de acero especial que apenas se desgasta aunque dé en la piedra más dura. Enseguida se hacen las primeras pruebas... y la cosa funciona.

El grupo puede llegar ahora a capas más profundas de la roca, y ¡hete aquí que las primeras perforaciones tienen éxito! Los buscadores dan con numerosos filones de oro en unas profundidades que antes no habían podido alcanzar nunca. Al momento se dan cuenta de que merece la pena explotar el filón, y pronto consiguen extraer grandes cantidades de oro, incomparables con la producción anterior y con la cantidad que extraen sus colegas, que aún trabajan con las perforadoras tradicionales.

Nuestros héroes encargan a un orfebre que elabore monedas con el oro extraído; ahora disponen de unas cantidades de dinero con las que hasta entonces ni siquiera se habían atrevido a soñar. Utilizan sus nuevos recursos pecuniarios e invierten mucho para aumentar aún más su producción. Adquieren grandes superficies de terreno en las que creen que puede haber más yacimientos de oro. Compran más máquinas, molinos de piedras y cestos de carga, construyen nuevas naves de almacenaje, amplían sus lugares de producción y contratan a mineros nuevos. Y como nuestros buscadores de oro son unos empresarios muy listos, también empiezan a invertir en otros sectores participando en otras empresas mediante la compra de acciones. En lo sucesivo, la cotización de las acciones también empieza a subir de manera considerable.

Por de pronto, de lo que todavía no son del todo conscientes es de que, con sus enormes filones, han adquirido una situación extremadamente confortable... a costa de otros. Pueden efectuar todas sus compras e inversiones a unos precios que, en principio, no han variado porque el dinero nuevo afluye al mercado *por primera vez*.

Si un buscador encuentra oro nuevo, entonces, como primer perceptor, gana con el aumento de la masa monetaria. Porque todavía puede comprar con su oro nuevo a precios antiguos. Si en su taberna favorita, al lado de la mina, compra una cerveza, a continuación los precios de la cerveza tendrán tendencia a subir.

El siguiente en beneficiarse del aumento de la masa monetaria será el dueño del local... aunque algo menos que el afortunado buscador de oro. Porque el tabernero, al vender más, dispone de más dinero. Y ahora él también puede gastarse el oro regalándole, por ejemplo, unas rosas a su mujer. Los precios de las rosas ascienden. Así, el dinero nuevo llega a la florista, que, a su vez, se lo gasta. Poco a poco, el dinero se va distribuyendo por la economía nacional. Y los precios van subiendo.

Del mismo modo que, por un lado, se benefician del aumento de la masa monetaria el buscador de oro, el tabernero y la florista, existen forzosamente otras personas que pierden, pues el dinero les llega más tarde. Tienen que pagar precios más altos por la cerveza, las flores y otros bienes antes de que aumenten sus ingresos... si es que aumentan. Para describir la redistribución de una manera gráfica: la cerveza que el perceptor tardío antes todavía podía permitirse y en este momento ya no, se la toma ahora el buscador de oro.

Hace casi cien años, Ludwig von Mises describió en su obra *Nationalökonomie* cómo repercuten en la sociedad las cantidades variables de dinero:

Toda variación de la oferta de dinero y toda variación de la demanda de dinero influye en el estado de posesión de cada uno de los patrones [por «patrones» entiende Mises lo que nosotros hemos llamado «mercaderes», es decir, participantes en el mercado; n. de los a.]; algunos de éstos se enriquecen y otros se empobrecen. [...] Si hacemos que a una inflación le siga una deflación que acerque los precios a como estaban en el mercado antes de que apareciera la inflación, no suprimimos ni anulamos las repercusiones sociales de la inflación; tan sólo añadimos las repercusiones sociales de la deflación.

¿Qué lecciones se pueden extraer de lo que ha sucedido en nuestra pequeña ciudad? La respuesta es unívoca: *se han redistribuido los ingresos y los patrimonios*. Los buscadores de oro se han enriquecido, mientras que todos los demás, a los que el dinero les ha llegado más tarde, se han empobrecido en comparación con ellos. También los segundos y terceros perceptores se han beneficiado hasta cierto punto. Pero en algún momento el péndulo cambió de dirección. Los perdedores al ampliarse la masa monetaria fueron aquellos cuyos ingresos aumentaron más lentamente que los precios. Los más perjudicados fueron los que disfrutaron del dinero nuevo en último lugar o ni siquiera accedieron a él. Éstos fueron los perdedores absolutos.

A propósito, ¿qué pasa cuando se agota la nueva veta de oro? ¿O cuando el dinero nuevo ya no fluye tan aprisa como hasta ese momento? Entonces, las estructuras que han surgido por el impulso de las masas monetarias se

desmoronan. El tabernero vuelve a vender menos, y la florista, también. Si el tabernero amplió su establecimiento durante la época del auge, ahora pasa apuros porque los buscadores de oro han dejado de ser clientes suyos.

Las nuevas minas también se convierten ahora en ruinas; recordemos las ciudades fantasma del Oeste americano. Después de que se agotaran los yacimientos de oro, las estructuras que tanto esfuerzo había costado crear, sencillamente, se amortizaron como inversiones improductivas y se abandonaron. Algo similar sucede también con el actual sistema de papel moneda, pues al crear el dinero nuevo se crean unas estructuras que no guardan consonancia con la demanda a largo plazo. Y llega un momento en que esas estructuras también se amortizan como inversiones improductivas, tal y como ocurre con las urbanizaciones fantasma que hay en las afueras de algunas grandes ciudades españolas y se construyeron durante la burbuja inmobiliaria. Si se reduce la producción de papel moneda, se ve que muchas empresas surgieron sólo debido a la producción de dinero y, así, impidieron que se ejecutasen otros proyectos. Pero diremos más cosas sobre la teoría coyuntural en el próximo capítulo.

Volvamos a la inflación. Cuando la masa monetaria se infla —o se inflaciona—, es decisivo quién va a disponer *primero* del dinero recién creado. Los «primeros perceptores» del dinero nuevo tienen claras ventajas con respecto a los «perceptores más tardíos» y, naturalmente, más aún con respecto a los «últimos perceptores». Los primeros en disponer de dinero nuevo tienen todavía la posibilidad de comprar bienes a precios que no han variado. Luego, el dinero se propaga por la economía nacional «*step by step*» [paso a paso], como ha descrito Murray N. Rothbard en su libro *What has Government Done to Our Money?* y hace que aumenten los precios de los bienes.

Los últimos en acceder al dinero son los perdedores de este juego. Ya sólo pueden comprar a precios más elevados y cada vez reciben menos mercancías por su dinero.

Si eres asalariado o pensionista, deberías verte más bien en el lado de los perdedores. Y ahora ya sabes también por qué hemos subtitulado nuestro libro aludiendo al rol que desempeña nuestro papel moneda. Cuando el dinero recién creado te llega a *ti*, los primeros beneficiarios ya llevan mucho tiempo gastándolo e invirtiéndolo. Han comprado terrenos y bienes inmuebles y han invertido en acciones. Para cuando te llega el turno, el terreno que te habría gustado comprar ya se ha vuelto demasiado caro. El dinero que tal vez hayas

tardado años en ahorrar, sencillamente, ya no te alcanza. Si quisiéramos ser cínicos, podríamos decir: *el terreno se ha vuelto demasiado grande para tu dinero*. Pero las repercusiones del *dinero malo* son demasiado graves como para ser cínicos. Y si ahora, en lugar de comprarte el terreno, decides invertir en el mercado de acciones, éste quizá se encuentre en un punto en el que los «primeros perceptores» se han llevado, una vez más, el grueso de las ganancias.

Pero ¿quiénes son estos ominosos «primeros perceptores» que acceden al dinero *en primer lugar*? Pues bien, se trata, principalmente, del Estado, los bancos y las (grandes) empresas. Son los que pueden disponer *antes* que tú del dinero crediticio recién creado. También son, sin embargo, prestatarios dispuestos a endeudarse para adquirir bienes o con el fin de invertir; de ahí que el dinero *nuevo* les llegue *antes* que a ti.

A quienes no tienen ninguna responsabilidad en la creación de nuestro sistema monetario y únicamente piden créditos no vamos, en este punto, a echarles culpa alguna ni a reprocharles una conducta errónea. Sencillamente, se comportan de una manera racional. Aspiran a obtener beneficios o mejorar sus posesiones. Es tarea de los empresarios fabricar productos y ofrecer los servicios que los consumidores deseen y quieran comprar. Y para poder hacer eso es necesario invertir una y otra vez en desarrollo, producción o distribución. A menudo falta el capital necesario para ello y es imprescindible contratar créditos. Porque si un empresario no está atento y no es competitivo —ni hace nada por evitarlo—, pronto desaparecerá del mapa junto con su empresa. No obstante, el *dinero malo* también tiene repercusiones negativas en las empresas. De ello seguiremos hablando en otro capítulo.

Un pequeño excursio: al efecto de la redistribución patrimonial provocado por el aumento de la masa monetaria se le llama también *efecto Cantillon*, denominado así en honor del banquero irlandés Richard Cantillon (1680-1734), que en su época pudo observar casi «en vivo» los efectos y las repercusiones que tiene ampliar en exceso la masa monetaria. Era la época en la que, a propuesta del financiero escocés John Law (1671-1729), se amplió a lo grande la masa monetaria, lo que dio lugar a la burbuja financiera en torno a la Compañía del Misisipí francesa, que —como todas las burbujas procedentes del papel moneda— al final, naturalmente, reventó y llevó a la ruina a numerosos inversores. En lo sucesivo, durante bastante tiempo, el concepto de banco se consideró

sinónimo de estafa. Los franceses tuvieron que padecer durante varios decenios las devastadoras repercusiones del experimento que hizo Law con el papel moneda.

Una época emocionante, la que les tocó vivir a Cantillon y Law. La de hoy es asimismo emocionante, y ten por seguro que seguirá siendo emocionante y, sin duda, se volverá aún más emocionante. Es posible que, en un futuro no demasiado lejano, el concepto de banco pudiera desencadenar de nuevo asociaciones por el estilo, es decir, negativas.

Volvamos al tema que nos ocupa. Así pues, dado que el dinero recién creado no llega al mismo tiempo a los mercaderes (a algunos al final ni siquiera les llega), los ingresos y los patrimonios se redistribuyen masivamente dentro de una sociedad, y con tendencia a hacerlo de abajo arriba. Desde los asalariados y pensionistas hasta el Estado, los bancos, las (grandes) empresas, los grandes inversores y los que ya de por sí son más ricos. Pues quien ya posea un patrimonio en forma de bienes inmuebles o acciones puede ofrecer éstos como garantía para pedir otros créditos y comprar más bienes inmuebles y acciones. Éste llega con mayor facilidad al dinero nuevo creado a partir de la nada. El resultado es aplastante. Según el *Cuarto informe sobre la pobreza y la riqueza* elaborado por el gobierno federal alemán (2013), el 50 por ciento de los hogares pobres sólo dispone de aproximadamente un 1 por ciento de todo el patrimonio neto, mientras que el 10 por ciento de los hogares más ricos acapara el 53 por ciento de todo el patrimonio neto. O dicho de otra manera: el 10 por ciento de los hogares más ricos posee más del 90 por ciento de los restantes hogares juntos. Y la brecha se ensancha: desde 1998, el 10 por ciento de los hogares más ricos ha aumentado su patrimonio total en ocho puntos porcentuales.

La inflación provoca una distribución injusta del bienestar en la economía nacional. Seguramente te has fijado en que estamos evitando el escurridizo concepto de «justicia social». Mientras que todo el mundo tiene una idea clara de lo que es obrar con justicia, es decir, no matar, no engañar y no robar, sin embargo, la expresión «socialmente justo» es un tanto vaga. Puede significar casi cualquier cosa. Y, a menudo, se usa para legitimar algo que es profundamente injusto, como, por ejemplo, la enajenación de la propiedad legítima mediante impuestos. Así pues, siempre que oigas la expresión «socialmente justo», échate la mano al bolsillo para ver si aún sigue ahí la cartera.

Mediante la instauración y la consolidación de un monopolio monetario

estatal es el propio Estado, a fin de cuentas, el que fuerza una redistribución en beneficio de los más ricos. Pero también se benefician todos los que reciben el dinero nuevo del Estado como segundos o terceros perceptores, antes de que los precios empiecen a subir de verdad: por ejemplo, los bancos rescatados y sus gerentes, las fundaciones subvencionadas o las empresas de energía solar subvencionadas, que constituyen indirectamente todo un ejército dependiente del Estado. Sólo el ciudadano que produce, trabaja duro y ahorra se queda con dos palmos de narices. La orgía de la redistribución tiene lugar sobre sus encorvadas espaldas, sólo que él no se da cuenta. Al ciudadano no informado o incluso manipulado mediante la propaganda estatal se le cuenta, desde luego, que el malvado capitalismo es poco social y, por eso, hay que mantenerlo a raya. Así pues, el dinero estatal y el sistema bancario privilegiado por el Estado se encargan de que los riquísimos sean cada vez más ricos. Y de que las clases bajas y medias se empobrezcan relativamente. Y encima viene el Estado —¡qué ironía!— hablando de «justicia social», se erige en un rescatador intruso y redistribuye un poco la riqueza. Es como si se le transfiriera al pirómano la responsabilidad de rociar con un poco de agua el incendio que él mismo ha provocado. Más adelante seguiremos explicando cómo explota el Estado la ignorancia de los ciudadanos.

Ahora bien, una redistribución impuesta a la fuerza no sólo es profundamente injusta, sino también acarrea conflictos sociales. Allá donde hay conflictos sociales hoy en día, éstos están basados en una lucha por la distribución. O bien los perdedores de la redistribución quieren menos redistribución, o bien los ganadores quieren todavía más. El caso más frecuente, sin embargo, es que se reduzca la redistribución y los «yonquis» de la subvención salgan a la calle, ya sea porque las subvenciones agrarias y la prestación por desempleo hayan disminuido, se hayan introducido derechos de matrícula en las universidades estatales o se haya rebajado el sueldo a los funcionarios, como ha ocurrido en Grecia, por ejemplo. Siempre se trata de la redistribución, y siempre se desencadenan conflictos sociales. Eso no pasa en el mercado libre. ¿O has visto alguna vez una manifestación multitudinaria en Berlín porque Apple cambie sus precios, introduzca un nuevo producto o sus colaboradores no reciban el esperado aumento de sueldo? A quien no le guste la estrategia de Apple, puede pasarse tranquilamente a la competencia. Porque en el mercado libre todas las decisiones son voluntarias. Sólo cuando entran en juego la redistribución y la coacción cesa la armonía. También la redistribución

que atañe al sistema monetario genera conflictos, sobre todo cuando se vuelve tan evidente como hace poco, con motivo de la política de rescate del euro, en la que los alemanes figuran entre los principales perdedores. Y los europeos del sur, dependientes de la redistribución, salen a la calle para protestar contra los recortes de su Estado del bienestar... y corresponsabilizan a los alemanes porque éstos no quieren abrir ilimitadamente el grifo del dinero que posee el BCE. En resumen: la redistribución efectuada por el sistema del euro provoca conflictos entre las naciones y pone en peligro la paz en Europa.

Ahora vamos a reflexionar juntos sobre las repercusiones que tienen en nuestra pequeña ciudad los enormes yacimientos auríferos que han descubierto los buscadores de oro, si estos hallazgos se producen en el escenario siguiente:

Algunos ciudadanos son auténticos genios. Han llevado a cabo verdaderas proezas tecnológicas en los más diversos ámbitos. Donde más progresos han hecho es en la fabricación de productos y la logística. Gracias a la revolucionaria invención de la rueda han surgido, sobre todo en las empresas de transporte, muchas aplicaciones nuevas y útiles. La mayoría de las empresas utiliza inmediatamente las tecnologías recién desarrolladas, por lo que la productividad de la ciudad aumenta muchísimo. Suben los beneficios de las empresas porque, al gastar menos, se pueden producir muchos más bienes y ofrecer muchos más servicios que antes.

Ahora seguro que no harán falta tantos empleados y habrá más gente en el paro, pensarás. Porque si las empresas aumentan su productividad gracias a las nuevas tecnologías, sin duda, necesitan menos mano de obra. Eso es cierto. Pero ¿significa eso que, por lo tanto, no se deben introducir nuevas tecnologías? Perdónanos, pero eso es un sinsentido. Piensa en los enormes avances tecnológicos que ha llevado a cabo la humanidad a lo largo de la historia. Si a cada empujón tecnológico coronado por el éxito hubiera surgido un desempleo duradero, tendríamos verdaderos ejércitos de parados, ¿no crees? Es cierto que al inventarse la rueda ya no hacen falta porteadores. Pero todas las ruedas y los coches que se utilizan hoy en día no han caído del cielo; alguien ha tenido que fabricarlos. Gracias a Dios, para eso *están* los antiguos porteadores.

En términos generales, los deseos de la gente son ilimitados. Incontables deseos han de quedar sin cumplirse porque no hay trabajadores suficientes, porque no se produce lo suficiente. Gracias a la invención de la rueda y la

liberación de los portadores, éstos pueden cumplir muchos de esos deseos hasta entonces aplazados. La productividad de la economía crece gracias a la nueva tecnología y la acumulación de capital.

Al mejorar la productividad y, por lo tanto, incrementarse mucho la masa de bienes (observa que la masa monetaria sigue inalterada), los precios en la ciudad empiezan a caer claramente. Ahora la gente se puede permitir cosas para las que antes no le alcanzaba el dinero. Los antiguos portadores fundan las más diversas empresas de prestación de servicios, que liberan a la gente de trabajos que antes tenía que realizar ella misma y ahora hacen otras personas. O bien encuentran nuevos puestos de trabajo en sectores recién creados, en los que se fabrican productos que antes no se producían a gran escala, lisa y llanamente, porque nadie podía permitírselos. *Ahora* los habitantes de nuestra ciudad pueden permitirse muchas más cosas, ya que los precios han bajado. ¿Puedes imaginarte que los precios bajen?

¡Alto ahí! Antes de que empiecen a bajar los precios, entran en escena nuestros buscadores de oro. Sí, los que han descubierto enormes yacimientos auríferos. ¡Menuda faena! ¡Qué bonito podría haber sido todo sin esos chicos!: trasladado a nuestro actual sistema monetario, esos «chicos» son los dirigentes del BCE.

Tal y como acabamos de explicar, ahora afluye dinero nuevo a la pequeña ciudad... impidiendo que los incrementos de la productividad alcanzados puedan desplegar su efecto de bajar los precios. Se acabó el sueño de la «caída de precios» y «poder permitirse más cosas que antes». Y los buscadores de oro vuelven a tener la ventaja de ser *los primeros* en poder disponer del dinero recién creado. Y aquellos a quienes el dinero les llega en último lugar vuelven a ser los tontos. Sólo que esta vez la cosa es menos evidente porque, al fin y al cabo, los precios no suben. La redistribución, sin embargo, sigue estando ahí.

Volvamos a la realidad. En los treinta últimos años, gracias a innovaciones tecnológicas como las del sector informático o a la incorporación de China y la India a la división del trabajo internacional, los precios podrían haber bajado entre un 30 por ciento y un 40 por ciento o incluso más. Sin embargo, los precios han subido. ¿Te imaginas el enorme aumento de la masa monetaria y, por lo tanto, la tremenda redistribución que se oculta tras él?

El BCE tiene, efectivamente, la desfachatez de afirmar lleno de orgullo que, desde mucho tiempo atrás, mantiene los precios casi estables. Así, desde hace algunos años se registran con regularidad índices de encarecimiento muy bajos

(para el BCE, por cierto, reina la estabilidad de los precios cuando el encarecimiento no supera el ¡2 por ciento! por año; sin comentarios). Ahora bien, sin la inmensa producción de dinero que ha llevado a cabo el BCE, los precios habrían bajado muchísimo. El índice al que por desgracia *no* han bajado los precios debido a la ampliación de la masa monetaria, en realidad habría que sumarlo a la tasa de encarecimiento registrada. El índice de encarecimiento que entonces habría que reconocer sería, en cualquier caso, considerablemente más alto que el actual. Esto podría generar enseguida una pérdida de confianza en nuestro actual papel moneda. Y eso es justo lo que quieren evitar a toda costa los beneficiarios del dinero fiduciario. Porque como parásito se obtiene mucho más del huésped. Suena duro, ¿verdad? Pero, por desgracia, es así.

Puedes trasladar ambos escenarios de nuestra pequeña ciudad —con alguna que otra diferencia— a nuestro actual sistema de papel moneda. La diferencia principal está clara. Estriba en *cómo* ha surgido el dinero nuevo en nuestra ciudad, a saber, mediante los yacimientos auríferos, y cómo surge el dinero hoy en día, a saber, de la nada.

Si en un sistema de dinero mercancía —como en el caso de una moneda puramente basada en el oro— la gente temiera que cada vez hubiera más oro en circulación, es muy probable que pronto cambiara de *mercancía*; tal vez eligiera la plata o el platino. Dejémonos de especulaciones; los mercaderes, sencillamente, con el paso del tiempo, se apropiarían de *otro* medio de canje de manera espontánea y voluntaria, es decir, sin la menor coacción (estatal).

En nuestro actual monopolio estatal del dinero, en cambio, la gente está atrapada. Un alud de dinero tras otro —provocados por el banco de emisión y el sistema bancario— se precipita contra los ciudadanos. Éstos se ven obligados a soportar, con lágrimas en los ojos, la constante desvalorización de sus ingresos y su patrimonio.

Otra diferencia importante entre la moneda de oro y el papel moneda consiste en la probabilidad de que haya inflación y las proporciones que ésta puede alcanzar. Que la cantidad de oro aumente considerablemente es más bien raro. Incluso cuando los conquistadores españoles del siglo XVI trajeron al Viejo Mundo los tesoros de oro que habían robado en América, tuvo que pasar un siglo entero hasta que la masa monetaria se duplicara en Europa. Desde hace mucho tiempo, la cantidad de oro crece de manera casi constante entre un uno y un dos por ciento al año. Todo lo contrario de lo que ocurre con el sistema de papel

moneda. En 2007, por ejemplo, la masa monetaria M2 creció un 10 por ciento. ¡Semejante crecimiento supone una duplicación de la masa monetaria cada siete años!

Otra diferencia entre el oro de la ciudad que hemos puesto como ejemplo y nuestro actual papel moneda es que, en nuestra ciudad, todos tienen derecho a comprar tierras y buscar oro en ellas. Hoy en día, sin embargo, no todos están autorizados para adquirir una imprenta de billetes de banco e imprimir euros. Existe un monopolio. Y el monopolista apenas tiene gastos. Mientras los buscadores de oro han de devanarse los sesos para inventar una nueva perforadora y tienen muchos gastos y corren riesgos, nuestra actual masa monetaria puede multiplicarse por diez con tan sólo apretar un botón. La tentación de aprovechar el privilegio de la producción de dinero es casi irresistible y explica los elevados índices de crecimiento de la masa monetaria. Pruébalo tú mismo con el ordenador. Abre un archivo de Excel y teclea «Mi cuenta». Escriba un uno y muchos ceros delante del símbolo del euro. Qué fácil, ¿no? Pues eso es exactamente lo que puede hacer el BCE, y, de hecho, lo hace: para comprar empréstitos de Estados insolventes o conceder créditos a bancos a intereses bajos. O también para instalarse en Frankfurt un nuevo complejo de oficinas con unos gastos de construcción de más de mil millones de euros.

El efecto del dinero *nuevo, adicional*, siempre es el mismo. Tanto si las masas monetarias se amplían y, por lo tanto, provocan subidas de precios, como si se amplían durante una fase en la que, si no se ampliaran, caerían los precios de bienes y servicios. En ambos casos, los ingresos y los patrimonios se redistribuyen en la sociedad con tendencia a ir de abajo arriba. Y siempre de manera irreversible. De un modo, por decirlo así, persistente.

La masa monetaria M3 de la zona euro ha aumentado entre los años 2000 y 2012 en torno a un cien por cien (!); la producción, por el contrario, sólo un 15 por ciento escaso (!). *Un ciento por ciento*: ¿te imaginas la magnitud de la redistribución que se oculta tras esa cifra? Tremenda, en cualquier caso. La errónea opinión de los economistas, ampliamente difundida, es que hay que ser flexibles y adaptar la masa monetaria al crecimiento económico. Así pues, la masa monetaria, que supera con creces el crecimiento económico, debería desencadenar auténticas oleadas de protestas incluso entre estos economistas. ¿Has oído alguna vez protestar a alguien?

Estamos convencidos de que coincidirás con nosotros si afirmamos que *la ampliación de la masa monetaria (inflación) es corresponsable de la creciente*

división de la sociedad entre ricos y pobres. Es responsable de que cada vez pueda vivir menos gente de su sueldo, y de que tampoco las familias, en general, puedan ya costearse su subsistencia con los ingresos de uno solo de sus miembros.

Sin embargo, tales afirmaciones no las oirás jamás de un banquero que trabaje en un banco emisor, del propio sistema bancario y nunca de un político.

Sin duda, ni el Estado ni los productores de dinero quieren que la gente comprenda qué influencia tiene en su vida *el dinero que sale de la nada*. ¿O acaso has visto alguna vez a un estafador que, mientras comete la estafa, le explique a su víctima de qué trucos se vale?

Resumen

La inflación conduce a una redistribución de la renta y el patrimonio dentro de la sociedad. La inflación favorece a los primeros que disponen de la masa monetaria recién creada. Éstos se benefician. Pueden adquirir bienes a precios que todavía no han variado. Por el contrario, los que disfrutan del dinero nuevo más tarde —o nunca— son los perjudicados. Para cuando puedan disponer de unos ingresos adicionales, los precios de bienes y servicios ya habrán subido. Los «primeros perceptores» son el Estado y su clientela, así como los bancos y las (grandes) empresas. Los «últimos perceptores» son los asalariados y los pensionistas. La inflación crea pobreza y hace a los riquísimos bien relacionados con el sistema bancario más ricos todavía. Unos pocos se benefician a costa de muchos.

Por qué el dinero del Estado nos arruina económicamente

Lo que se ve como los males propios del desplome coyuntural es la percepción de las consecuencias que provoca la prosperidad aparente generada por la expansión crediticia.

LUDWIG VON MISES

Ahora ya sabes cómo surge el dinero nuevo —tanto en un sistema monetario bueno como en uno malo— y quién se beneficia a costa de otros. Ahora vamos a plantearnos qué provoca estructuralmente la inflación, es decir, el aumento de la masa monetaria, en una economía. En nuestro examen vamos a centrarnos, sobre todo, en los créditos empresariales.

Por un momento, olvidémonos de que existen los bancos. Volvamos a nuestra pequeña ciudad. El pescador **F** pesca a diario con su caña diez kilos de peces del gran lago a cuya orilla está situada la ciudad. Pero nuestro pescador es ambicioso. Se ha fijado en que, desde la orilla, sólo puede pescar un número limitado de peces con la caña. En el centro del lago tiene que haber muchos más peces y mucho más grandes. ¿Por qué no construir una barca y tejer una gran red? En lugar de diez kilos de pescado al día, quizá pudiera sacar cien. El único problema es que no tiene ni barca ni red. Para empezar, **F** tendría que buscar árboles, talarlos, construir la barca y, por si fuera poco, confeccionar la red. **F** calcula que necesitaría seis meses para hacer la barca y la red, a las que, en economía, también se llama «bienes de capital o de inversión». Pero ¿qué va a comer durante ese medio año? Si trabaja en la barca y la red, ya no puede pescar los diez kilos de peces. ¿Quién le alimenta a él, a su mujer y a sus hijos durante esos seis meses? ¿Quién los viste y les compra juguetes mientras **F** fabrica sus bienes de inversión? Evidentemente, **F** tiene que ahorrar antes de empezar su

proyecto. De los diez kilos de pescado que pesca ha de reservar una parte. No puede consumir los diez kilos de pescado con su familia ni tampoco cambiarlos por otros bienes, sino que tiene que ahorrar. Debe reducir el consumo al máximo y, por ejemplo, durante un año, escabechar cinco kilos de pescado al día. O bien —supongamos que ya ha surgido el dinero en la ciudad— debe apartar y ahorrar una parte de los ingresos que ha obtenido al vender los diez kilos. Así debe seguir hasta que logre tener provisiones suficientes para mantener a toda la familia durante el tiempo que tarde en hacer la barca y la red. Ha de renunciar al consumo o bien tener ahorros reales: éstos pueden estar representados por una nave llena de pescado escabechado o, en la economía monetaria, una bolsa de monedas de oro. Luego, cuando **F**, al cabo de un año de ahorro y medio año de trabajo, termine la barca y la red, podrá —si se confirman sus expectativas— multiplicar por diez sus capturas de pescado. No sólo él se ha vuelto más rico, sino también toda nuestra pequeña ciudad. Porque la producción de bienes reales —peces— ha aumentado enormemente.

De hecho, el proceso que acabamos de describir es la forma más importante de crecimiento económico. El aumento de los ahorros reales propicia que se produzcan nuevos bienes de capital, que, a su vez, permiten producir más bienes o bienes de mayor calidad. La condición indispensable es que haya suficientes ahorros reales.

¿Qué pasa si nuestro pescador, en efecto, ha ahorrado durante seis meses, pero al cabo de medio año, debido al mal tiempo, aún no ha terminado de construir la barca? Entonces **F** tiene que interrumpir precipitadamente su proyecto, inconcluso, dado que, ante todo, ha de alimentar a su familia. En tal caso, todos sus esfuerzos habrán sido en vano.

Sin embargo, **F** no tiene por qué ahorrar necesariamente él mismo. Otros pueden hacerlo por él. Ahora bien, alguien *tiene que* hacerlo, pues la familia de **F** no puede vivir del aire. Así, **F** puede ir en busca de un inversor que ponga a su disposición los fondos crediticios que necesita, ya sea en forma de dinero o bienes reales. **F** puede pedir un préstamo a amigos o conocidos. Si no lo consigue o no quiere hacerlo, también puede probar suerte poniendo un anuncio en el periódico.

Sin embargo, ¿cuál es la condición fundamental para encontrar un inversor? Desde luego, el plan empresarial de **F** ha de ser realista y prometedor; eso salta a la vista.

Además, se han de cumplir otras dos condiciones previas para que **F** reciba

un préstamo de dinero: en primer lugar, alguien ha tenido que ahorrar antes ese dinero. Eso significa que ese alguien ha tenido que renunciar previamente al consumo. Ha tenido que consumir *menos* de lo que ha ganado; y en segundo lugar, ambas partes, es decir, prestamista y prestatario, deben ponerse de acuerdo sobre el interés que hay que pagar por el préstamo.

Si **F** forja sus planes de inversión en una etapa en la que la gente tiende más bien a ahorrar, se hacen relativamente pocas inversiones y la demanda de préstamos es escasa debido a la incertidumbre económica, el interés del préstamo será más bien bajo. Si, por el contrario, el deseo de obtener un préstamo de **A** ocurre en una época en la que también hacen inversiones otros muchos empresarios y, por lo tanto, la demanda de créditos es más bien alta y la gente tiende menos a ahorrar, el interés del préstamo, en comparación, será más alto. A la tendencia al ahorro se la llama también tasa de preferencia temporal. Es la tendencia que indica hasta qué punto las personas están dispuestas a renunciar al consumo en el presente para aumentarlo en el futuro. Las circunstancias sociales e institucionales pueden influir sistemáticamente en esta tendencia al ahorro, este pensar en el futuro. También el propio sistema monetario. Pero de eso hablaremos más adelante.

Todo bien tiene su precio, y la oferta y la demanda determinan ese precio. Lo mismo se aplica a los préstamos. Aquí se cambian bienes actuales (unidades monetarias de hoy) por bienes futuros (unidades monetarias, por ejemplo, a un año vista). En los préstamos de dinero, este precio se expresa a menudo en porcentajes y se denomina tipo o tasa de interés. Los tipos de interés indican la tendencia al ahorro, la tasa de preferencia temporal que muestran las personas. Señalan hasta qué punto y durante cuánto tiempo la gente está dispuesta a ahorrar y renunciar al consumo. Indirectamente, también indican la cantidad de ahorros reales.

Siempre hay proyectos de inversión que no se llevan a cabo por falta de ahorros. Sencillamente, no son rentables porque la gente no quiere renunciar tanto tiempo al consumo. Supongamos que el tipo de interés del mercado en nuestra pequeña ciudad es del 20 por ciento. **F**, sin embargo, sólo espera un rédito del 15 por ciento. Así pues, **F** no puede producir esa tasa de interés. Pero si se ahorra más, baja el tipo de interés, digamos, al 10 por ciento. Ahora, de repente, el proyecto de **F** y otros muchos son rentables. Se inician nuevos proyectos de inversión que pueden concluir con éxito. Porque los ahorros reales, los recursos disponibles para fines inversionistas, han aumentado. Si, por el

contrario, se ha ahorrado menos, sube el interés, y se pueden llevar a cabo menos proyectos de manera rentable. De ahí que sea tan importante que el interés no se vea influido ni esté manipulado. A este interés no manipulado vamos a llamarlo *interés natural*.

Si nuestro empresario **F** ha encontrado un prestamista y ha llegado a un acuerdo con él acerca de las condiciones, podrá hacer su inversión como había planeado. Si no le fallan los cálculos y se cumplen las expectativas que ha depositado en la cuantía de la pesca y la venta de su pescado, **F** obtendrá beneficios. Le pagará al prestamista el interés acordado y podrá saldar sus deudas al vencer el préstamo.

Pero si **F** ha calculado mal la rentabilidad de su inversión o sus expectativas no se cumplen por razones de las que quizá no sea responsable, podrá tener problemas de liquidez. Si no puede liberarse de ello, ya sea por sus propios medios, como, por ejemplo, reduciendo sus gastos de explotación, aprovechando, quizá, una herencia inesperada o pidiendo otro préstamo, quebrará.

¿Qué daños sufre ahora la economía nacional por una posible quiebra de **F**? Por de pronto, nuestro pescador ha de reorientarse. Tiene que procurar recuperarse económicamente y pagar las deudas que quizá le hayan quedado a raíz de la quiebra. Su colaborador, un muchacho que le había ayudado a construir la barca y, más tarde, lanzaba con él las redes, tiene que buscarse otro trabajo. Y, claro está, el prestamista ha de recuperar el dinero que prestó a **F** o, al menos, una parte. Desde luego, puede intentar que le indemnicen en parte por el perjuicio que le ha ocasionado la insolvencia de **F**.

¿Ha pasado alguna otra cosa? No; no hay que rescatar ningún banco por la quiebra de **A**, y ningún político implora a la población en un programa especial de televisión, después de las noticias: «Tenemos que rescatar a **F**. Si **F** se declara en quiebra, nos va a resultar todavía más caro. El rescate de **F** no tiene alternativa».

Hasta este momento —como ya hemos adelantado al principio de nuestro examen—, todavía no ha entrado en juego ningún banco. En un banco que mantuviera los depósitos de los clientes, disponibles en todo momento, siempre al ciento por ciento como reserva, la situación sería casi idéntica. Sólo se podría invertir lo que previamente se hubiera ahorrado. Un banco con una cobertura de

reserva del ciento por ciento solamente puede conceder préstamos cuando hay clientes que se han declarado clara e inequívocamente dispuestos a renunciar a sus depósitos durante un período determinado de tiempo.

Al fin y al cabo, a la hora de conceder un préstamo, ese banco sólo adopta el papel de mediador entre prestamistas y prestatarios. Escudriña la solvencia de los prestatarios y responde con capital propio en caso de que un prestatario no pueda saldar la deuda. Los beneficios los obtiene el banco de la diferencia que hay entre el interés del préstamo cobrado y el interés que el banco paga a los inversores, de cuyos depósitos proceden los fondos prestados.

Al conceder un préstamo de esta manera no se produce —aunque eso ya lo sabes— una ampliación de la masa monetaria. Un ahorrador, por ejemplo, el cazador de la ciudad, renuncia al consumo durante cierto tiempo y presta dinero al banco, el cual, a su vez, lo entrega al pescador. En el fondo, se transfiere el equivalente monetario de los ahorros reales.

Ahora vamos a examinar qué ocurre cuando los bancos crean dinero nuevo en forma de concesión de créditos manteniendo como reserva sólo parte de los depósitos de los clientes y ofreciendo al mercado la parte restante como préstamos.

Para entender las explicaciones que siguen, hay que tener en cuenta que éstas valen para *cualquier* expansión crediticia artificial, es decir, la creación de dinero. La ampliación de la masa monetaria será tanto más voluminosa cuanto menores sean las reservas que deban hacer los bancos por los depósitos de los clientes. Si, además, los bancos de emisión participan en el juego de «nosotros imprimimos el dinero», como sucede hoy en día en todo el mundo, entonces se puede pisar a fondo el «acelerador de la creación de dinero». Recordemos, una vez más, que en 2013 la reserva mínima exigida por el Banco Central Europeo sobre los depósitos de los clientes era de un 1 por ciento (!) y el tipo de interés bajó a unos niveles históricos, a tan sólo un 0,25 por ciento.

Por lo demás, en el actual sistema monetario, en el que el dinero ya no está vinculado a nada, puede tener lugar en todo momento, en teoría, una ampliación ilimitada de la masa monetaria. No obstante, los bancos y los bancos emisores actúan «con cautela». Saben que deben estar atentos y no extralimitarse al crear dinero. Ludwig von Mises lo formulaba de una manera muy acertada cuando escribió en su obra *Nationalökonomie*: «Para que un bien siga siendo dinero, la opinión pública no debe creer que puede contar con un rápido e imparable aumento de su cantidad».

Es una empresa arriesgada la que acometen aquí los bancos y los bancos de emisión: crear el máximo dinero posible para maximizar los propios beneficios, pero sólo lo justo para que los precios de los bienes no suban demasiado aprisa y el poder adquisitivo del dinero no se reduzca demasiado aprisa. De lo contrario, existe el peligro de que las personas pierdan la confianza en el dinero.

A diferencia de un sistema monetario *sano*, en el sistema de reserva parcial los fondos crediticios llegan al mercado porque los bancos pueden crear dinero de la nada con el permiso del Estado. El banco, sencillamente, imprime un resguardo de depósito y se lo presta al pescador para que éste financie su proyecto de inversión. Fíjate en la importantísima diferencia: *nadie renuncia al consumo y... ninguno de los inversores ha declarado expresamente al banco su predisposición a renunciar a su depósito durante un determinado período de tiempo*. Al contrario: los inversores quieren conservar el poder de disponer de sus depósitos en todo momento para comprar ellos mismos, a corto o a más largo plazo, bienes de consumo. Eso es justo lo contrario de la renuncia al consumo.

Nadie ha ahorrado ni, por lo tanto, ha puesto los medios para mantener al pescador y su familia mientras éste hace la barca y la red. Sin embargo, la creación de dinero y el resguardo del depósito sugieren al pescador lo contrario. Éste cree que existen suficientes recursos reales para que pueda llevar a cabo su proyecto de inversión.

Pero ¿qué influencia tiene la creación de dinero en el nivel general de los intereses, es decir, el precio que se ha de pagar por un préstamo de dinero? Reflexiona, por favor: se pueden ofrecer *más* préstamos, luego el nivel de interés bajará al crearse el dinero, pese a que esta vez *no* se había ahorrado. Ese nivel será más bajo que la tasa de interés que se habría registrado en el mercado si el dinero *no* hubiera surgido de la nada. El tipo de interés se reduce casi artificialmente, lo que tiene unas consecuencias apenas perceptibles a simple vista, pero de muy largo alcance. Ahora ya no podemos hablar de interés *natural*, sino más bien de interés *artificial* o *manipulado*.

Ponte en la situación del pescador. Para la inversión que tiene planeada necesita fondos prestados. De sus cálculos ha deducido que el tipo de interés que puede pagar debe ser como máximo el 15 por ciento. Sin embargo, el interés actual ronda el 20 por ciento, es decir, no le trae cuenta la inversión. En un sistema en el que la masa monetaria no se puede ampliar manipulándola, tiene

que ahorrar él mismo o esperar a que otros mercaderes hayan ahorrado más dinero todavía. Sólo entonces es muy probable que baje el tipo de interés. Antes no podrá emprender su proyecto.

Pero si se crea dinero de la nada, se produce el mismo efecto que si alguien hubiera ahorrado el dinero: el tipo de interés baja. Como es natural, el pescador observa la evolución de los intereses y, si se le ofrece un crédito al 10 por ciento, lo acepta. E invierte. Hace, por lo tanto, una inversión que no podría haber llevado a cabo si antes hubiera tenido que ahorrar el dinero o si el dinero no se hubiera creado a partir de la nada. Él tampoco puede saber, claro está, si los fondos crediticios que le han ofrecido proceden de ahorros reales o, sencillamente, se han creado de la nada; al fin y al cabo, es un pescador, no un adivino.

¿Te has dado alguna vez un paseo por una zona desconocida orientándote sólo con una brújula? ¿Y sin ningún mapa de senderista? ¿No? Pues funciona de maravilla. La aguja de la brújula es un indicador de lo más fiable para saber en qué dirección se debe mover uno. Lo mismo cabe decir de la aguja de la brújula «interés» como pauta de la acción empresarial. Pero sólo el interés natural, no manipulado, puede cumplir esta función. Un interés manipulado hacia abajo es como una aguja de brújula alterada por un imán e indica erróneamente a los empresarios dispuestos a invertir que la gente ha reunido suficientes ahorros. Y así se promueven *más* inversiones de las que se pueden llevar a cabo. La razón es la siguiente: los medios de producción y los recursos existentes en la economía son demasiado escasos; no son suficientes para todos los proyectos. Al fin y al cabo, la cantidad de las inversiones rentables que son posibles está limitada por la cantidad de ahorros reales. Y el dinero creado de la nada no genera nuevos recursos reales. Si no hay ahorros, el pescador no puede alimentar a su familia y tiene que abandonar el proyecto de construir la barca. Porque, desde luego, no puede comerse los resguardos de depósito recién impresos; al menos, no va a quedar saciado con ellos.

Ludwig von Mises describió esto de manera muy gráfica en su obra *Nationalökonomie*:

Se procede como un arquitecto que quiere realizar una obra con una cantidad limitada de material de construcción y trabajo y se ha equivocado en el cálculo. Pone unos cimientos demasiado grandes, consume en ellos todos los medios de producción disponibles y luego ya no puede seguir construyendo: se ha utilizado erróneamente el material disponible.

Con esta última frase de la utilización errónea, Mises, por cierto, alude a un aspecto muy importante. Los recursos y los medios de producción *siempre* son escasos. Si no hubiera escasez, no tendríamos que ser ahorrativos, no estaríamos obligados a hacer cálculos de rentabilidad y todo sería como en Jauja. ¿Tienes la sensación de vivir en Jauja? Nosotros no, desde luego. Por eso es importante que los medios de producción y los recursos se usen adecuadamente, en especial, del modo más relevante en todo momento y, por lo tanto, se empleen de manera óptima y no se despilfarren. El despilfarro nos empobrece a todos.

En cambio, ¿qué pasa cuando, de toda la economía nacional, afluyen a los empresarios créditos nuevos no cubiertos por ahorros reales? Para empezar, la ampliación artificial de la masa monetaria desencadena un auge económico igualmente artificial. Y ahora ten cuidado, no te vayas a marear: en todas partes aumenta la demanda... de mano de obra, lo que provoca un aumento de los salarios, y de materia prima, lo que, a su vez, provoca que ésta se encarezca. Los precios de los bienes de consumo van subiendo. ¿Por qué? Porque los salarios se han incrementado y ahora los trabajadores pueden permitirse más cosas que antes. Los empresarios se sienten satisfechos con sus inversiones; no en vano han subido los precios de los bienes manufacturados. Siguen ampliando la producción. Otros empresarios, que hasta ahora titubeaban, invierten; también ellos quieren su parte del pastel. Los proyectos inversionistas se vuelven cada vez más audaces. Los trabajadores llegan al límite de sus fuerzas haciendo horas extra. Sus sueldos siguen subiendo. También aumenta la demanda de préstamos. Como obtienen otro aumento de sueldo y el nivel de intereses es tan bajo, los empleados piden cada vez más créditos. Unos, para comprarse una casa; otros prefieren un coche nuevo, naturalmente a crédito. Todo sube: los sueldos, los precios de los bienes inmuebles, las acciones. Todos están contentos, pues da la impresión de que cualquiera puede volverse cada vez más rico de manera automática, sin necesidad de esforzarse, sin ahorrar, sin renunciar al consumo. Se desata una euforia febril. Y los bancos perciben una demanda de préstamos cada vez mayor... con el efecto de que los intereses vuelen a subir.

Planteemos una pregunta: ¿Qué sucede con las inversiones que sólo son rentables porque los intereses se habían bajado de manera artificial, pero ahora suben? Que ya no son rentables; eso es obvio, ¿no? El crecimiento económico se tiene que estancar.

Los bancos de emisión también contribuyen a ello. Como todos los precios suben y, al fin y al cabo, oficialmente, el Banco Central Europeo tiene la tarea de

mantener los precios estables, lo que se hace es subir los tipos de interés y reducir la provisión de liquidez del sistema bancario con el fin de limitar la concesión de créditos y enfriar la coyuntura.

En realidad, no habría ningún problema si, sencillamente, se permitiera hacer una corrección, que ahora es necesaria. Perdona si en un primer momento esto parece un tanto despiadado, pero ¿no se debería dejar, lisa y llanamente, que quebraran las empresas que sólo son rentables debido a unos intereses manipulados hacia abajo? Al fin y al cabo, esas empresas derrochan los escasos recursos de la sociedad. Y no querrás que todos nos volvamos más pobres, ¿verdad? ¿Recuerdas el modelo de «hacemos dinero de la nada y con ello creamos bienestar»? En eso precisamente estriba el problema: en que dicho modelo no funciona.

Lo que pasa es que la mayoría de nuestros políticos todavía no lo ha entendido y, sin embargo, hace una gran entrada en escena, pronunciando discursos grandilocuentes sobre cómo se podría relanzar la economía. Se conceden créditos de inversión... naturalmente de la nada. Dicen que ahora debería intervenir el Estado... «Podríamos hacer chatarra con todos los coches viejos que estropean nuestras carreteras. Cada uno recibirá, además, una prima en metálico. Sí, sobre todo, los que se compren también una nevera nueva; a eso lo llamamos “prima por evitar las emisiones de CO₂”. Y vosotros, queridos banqueros de emisión, haced el favor de bajar los intereses para que los bancos puedan volver a conceder créditos baratos.» ¿No le resulta familiar todo esto?

Si los intereses se dirigen hacia abajo, una economía nacional cae víctima, en cierto modo, de una dependencia del dinero barato, como un toxicómano que necesita su dosis diaria de droga.

Tras la quiebra de la banca Lehman Brothers en septiembre de 2008, los Estados y los bancos de emisión accionaron la palanca del «modo de rescate permanente a bajo interés» en todo el mundo. Desde entonces, todos los bancos y los Estados que amenazan con irse a pique se rescatan «cueste lo que cueste». Dicho sea de paso, ese «cueste lo que cueste» no lo hemos inventado nosotros, sino el jefe del BCE «súper Mario» Draghi. Con esta expresión aludía al rescate del euro al preguntársele por el futuro que aguardaba a esta moneda.

Créenos, por favor: los políticos principales (con «principales» nos referimos de manera expresa a su posición, no a la calidad de su trabajo) han reconocido el peligro. Saben exactamente lo que está en juego y lo que pasa

cuando suben los intereses y comienza la inevitable corrección. Entonces, con sus supuestas acciones de rescate sólo ganan tiempo. La situación no mejora con ellas, al contrario. Pero ¿a quién beneficia que la política compre tiempo a tan alto precio? En primer lugar, a los propios políticos. Una o dos legislaturas más, y ya se tiene asegurada una pensión como ministro, secretario de Estado o algún otro cargo lucrativo, pensión para la que *usted* trabaja toda su vida.

No deje que le den gato por liebre, sobre todo los políticos y los llamados expertos. Una economía no se enriquece a base de tener cada vez más dinero. Antes hay que ahorrar, y luego se pueden fabricar bienes de capital y de consumo. *Es entonces cuando una sociedad es más próspera.*

Veamos ahora con todo detalle en qué consiste esa inevitable corrección de la que venimos hablando todo el rato.

Quedamos en que suben los intereses. También los costes se disparan, como los salarios, ya que los empresarios han emprendido nuevos proyectos como locos y se pelean por contratar trabajadores. Piense en nuestro pescador. De repente, la madera que necesita para hacer la barca es más cara, su ayudante quiere más dinero, pues le han ofrecido otro empleo lucrativo, y mantener a la familia resulta asimismo cada vez más caro. Porque también suben los precios de los bienes de consumo, ya que, por un lado, los trabajadores tienen más ingresos y, por otro, la producción de bienes de consumo se reduce un poco. Nuestro pescador, claro está, ya no pesca, sino que está construyendo su barca. En consecuencia, mientras la construye disminuye la producción de pescado, cuyos precios suben a no ser que se ahorre más. Pero ése no es nuestro caso. No se había reservado ningún pescado que ahora pudiera lanzarse al mercado. Tan sólo se produjo más dinero. La gente no está dispuesta a esperar a que la barca esté terminada. Quiere más pescado *hoy*. El pescador está sometido cada vez a una mayor presión; los intereses y los gastos le asfixian. Al mismo tiempo, ve que simplemente pescando con caña desde la orilla del lago podría obtener muy buenas ganancias. Al final, interrumpe su proyecto. La barca y la red quedan sin terminar... hasta que se pudren. Los escasos ahorros de la sociedad se han despilfarrado.

De este modo, el auge artificial también se estanca en una economía moderna y se convierte en recesión. El creciente nivel de los intereses provoca, por una parte, que se titubee más a la hora de conceder otros créditos para nuevas inversiones, que la recesión se reafirme y se venga abajo el crecimiento económico. Aparte de eso —y esto acarrea muchas consecuencias—, ahora se

demuestra que muchísimas de las inversiones sólo eran rentables por el interés bajado artificialmente, pero ya no lo son porque los intereses han subido. Las empresas quiebran. Los empleados pierden su trabajo, y a los que consiguen quedarse se les baja el sueldo. El consumo se hunde. Los precios amenazan con caer. Los préstamos concedidos en la época alcista ya no pueden reembolsarse. Esto vuelve a tener como consecuencia que la masa monetaria, que se había ampliado por la concesión de esos préstamos, ahora, lógicamente, amenaza con menguar.

Digámoslo claro: los bancos se ven obligados a amortizar deudas, lo que deja horribles agujeros en sus balances que luego hay que llenar con los impuestos que *tú* pagas. Por supuesto, eso se hace con tal destreza que no te enteras o, al menos, no de inmediato. O, simplemente, se contraen nuevas deudas. Eso tampoco lo notas al principio, pero llega un momento en que te das cuenta porque con tu dinero cada vez puedes comprar menos cosas. Lo notas cuando el presupuesto ya no te alcanza. O, como muy tarde, cuando el sueldo o la pensión son claramente escasos.

En el fondo, la corrección ha de considerarse algo positivo. Al fin y al cabo, concluye y corrige un auge aparente. Los escasos medios de producción y recursos se usan, por fin, de la manera más eficiente; ya no se dilapidan en proyectos no rentables. Aunque en la recesión tuvieran que bajar los ingresos de algunos trabajadores, pensándolo bien, eso tampoco supondría un problema. A fin de cuentas, al haber menos demanda, también caerían los precios, y con menos sueldo se podría uno permitir lo mismo que antes.

Pero ¡alto ahí! No has contado con nuestros bancos de emisión. La gente que trabaja en ellos tiene una alergia muy acusada a la caída de precios. Ahora *se vuelven* a bajar los intereses, *se vuelve* a aprovisionar el sistema bancario, esta vez con *mayor* liquidez todavía, y se relanzan las operaciones a crédito.

Pero ¿por qué no se permite la corrección y que los precios, simplemente, caigan? Muy sencillo. Porque la caída de precios en un sistema de papel moneda puro pondría en marcha la llamada espiral de deflación que, poco a poco, desenmascararía cómo no rentables inversiones que se hubieran hecho sólo mediante una expansión crediticia artificial. Y como en las últimas décadas ya hemos pasado por muchos de esos auges y recesiones artificiales, serían muchísimas las inversiones no rentables que saldrían a la luz, con unas consecuencias imprevisibles. Todas las empresas y los particulares muy endeudados afrontarían grandes dificultades. Porque al caer los precios cada vez

cuesta más hacer frente a las deudas. Empresas y particulares muy endeudados quebrarían de forma masiva. Por no hablar del mayor deudor de la economía nacional, el Estado. Y si los deudores dejaran de pagar, el sistema bancario se desmoronaría.

En tales circunstancias, la política se vería en la necesidad de dar explicaciones, y el gobierno estaría obligado a dimitir. ¿Y qué pasa entonces para colmo de todos los males? Como la mayor parte de la gente no sabe que el auge económico lo ha desencadenado el dinero que sale de la nada, en esta situación, por si fuera poco, se reclama a gritos a la política y al banco de emisión que intervengan. Se trata de un círculo vicioso. Teniendo en cuenta que se roba a la mayoría de la gente a través de la inflación, a esta llamada de auxilio le viene como anillo al dedo la siguiente comparación: imagina que han entrado a robar en tu casa por la noche, y aquel a quien pides ayuda para aclarar el delito es el propio ladrón, sólo que tú no tienes ni idea al respecto.

A todo auge económico artificial le sigue *forzosamente* una recesión. Ésta deja patente el perjuicio ocasionado por las inversiones improductivas. La barca podrida del pescador representa los recursos mal invertidos. Éstos se han despilfarrado y ya no están disponibles para emplearlos en otros proyectos. La cantidad de bienes de capital que determina la productividad de una economía nacional se ha echado a perder. Y nosotros nos hemos empobrecido.

Lo pérfido de estas fluctuaciones coyunturales y orgías de rescates provocadas artificialmente son los cambios y los aplazamientos que ellas desencadenan en la estructura de la renta y el patrimonio dentro de una sociedad, que son irreparables. El poder adquisitivo y el patrimonio fluctúan... de abajo arriba. Unos pocos se benefician a costa de muchos. Hay una tendencia a que los pobres se empobrezcan más y los ricos se enriquezcan más. En el capítulo anterior ya hemos explicado con detalle las repercusiones de la inflación.

Si se observa con más atención, hay que constatar que nuestro sistema monetario tiende *de por sí* a ser autodestructivo. Hay que bajar una y otra vez los intereses para evitar que se descubran las inversiones improductivas del auge económico, que ya ha quedado atrás. Quizá te preguntes qué pasaría si los bancos de emisión no dejaran nunca que subieran los tipos de interés, sino que, al menor síntoma de crisis, los bajarán o los pusieran para siempre a cero. ¿No podría eso evitar la corrección y hacer que el auge económico continuara ilimitadamente? ¿No le ayudaría a nuestro pescador recibir un crédito gratis? Gracias a la falta de intereses, quizá pudiera mantenerse algo más de tiempo a

flote y seguir con su proyecto, en contra de los deseos de los consumidores, que ya no querían esperar más para consumir pescado. No obstante, sus gastos, precisamente por producirse dinero a intereses gratuitos, subirían cada vez más aprisa. Los intereses a cero tampoco crean bienes reales por arte de magia. Más bien dan lugar a nuevas burbujas e inversiones improductivas. Los créditos gratuitos pueden, a lo sumo, aplazar el estrangulamiento; entonces, el pescador detrae recursos de otros proyectos que, a su vez, tienen que abandonarse. Al final es imposible eludir el hecho de que se habían iniciado unos proyectos de inversión demasiado ambiciosos: no existían suficientes ahorros reales.

Así pues, seguir produciendo dinero nuevo sin intereses no resuelve el estrangulamiento de los recursos. Y si se continúa obrando de esta manera, al final surgirá tanto dinero, habrá tantas deudas en el sistema, que la gente perderá la confianza en el dinero, y nuestro dinero, que, de todos modos, es *malo*, ya no servirá como medio de canje. Pero, a lo mejor, los políticos se dan cuenta a tiempo y reducen el endeudamiento excesivo de otro modo. Sin embargo, las otras posibilidades, como la reforma monetaria, el recorte de la deuda o el impuesto sobre el capital, son asimismo muy dolorosas. En el capítulo octavo abordaremos de nuevo el asunto.

Por lo demás, la pérdida de confianza en el dinero, que, con toda probabilidad, tendrá lugar en algún momento, la omiten por completo en sus reflexiones los llamados expertos en economía. ¿Le suena la frase «esperamos una leve recuperación coyuntural; de momento no vemos riesgo de inflación»?

¿Qué hará usted cuando advierta que el poder adquisitivo de su dinero amenaza con disminuir cada vez más aprisa? Intentará desprenderse de él, ¿no? Eso mismo harán millones y millones de personas. Probablemente, todas al mismo tiempo. ¿Y qué pasa cuando, de este modo, la demanda de dinero se viene abajo y la de bienes materiales se dispara? Los precios subirán más aprisa de lo que pueda imaginar la mayoría de la gente. ¿Y qué tienen que hacer los bancos de emisión cuando suben los precios? Al fin y al cabo, su tarea, claro está, es mantenerlos estables. ¡Exacto!: subir los intereses. Y ahora otra pregunta más: ¿Se pueden subir los intereses en un sistema monetario en el que hay más deudas de las que ha habido nunca hasta entonces?

En lugar de darte una respuesta, cedemos la palabra una vez más a Ludwig von Mises. Como ves, ha habido —y hay— bibliografía sobre economía política que explica bien la problemática y las consecuencias que provoca la impresión

de dinero. El comentario que sigue proviene de un artículo de Mises del año 1931:

Tarde o temprano acaba saliendo a la luz que la coyuntura estaba construida sobre arena. Porque antes o después, la expansión crediticia generada mediante la ampliación de los medios circulantes ha de detenerse. Los bancos, aunque quisieran o estuvieran obligados por la fuerte presión exterior, no podrían continuar con esta política de manera indefinida. El incremento progresivo de la cantidad de medios circulantes conduce a subidas progresivas de los precios. Sin embargo, la inflación sólo puede durar mientras prevalezca la opinión de que cesará en un tiempo previsible. Ahora bien, una vez que se ha afianzado el convencimiento de que la inflación no se va a detener, cunde el pánico. El público, al valorar el dinero y las mercancías, tiene en cuenta de antemano las esperadas subidas de los precios — de manera que éstos se disparan desmesuradamente—, deja de usar el dinero comprometido por el aumento de los medios circulantes, se refugia en el dinero extranjero, el metal en barras, los «valores efectivos», el comercio de trueque; en resumen, la moneda se desmorona.

Los procesos desencadenados por la expansión crediticia ya los describieron y explicaron minuciosamente los economistas de la Escuela Austríaca, en especial, Ludwig von Mises en la primera mitad del siglo pasado. En el año 1974, Friedrich A. von Hayek, discípulo de Mises, incluso recibió el premio Nobel de Economía por la llamada «teoría austríaca del dinero y la coyuntura».

Ahora quizá te preguntes, y con toda razón, por qué alguien ha recibido un premio tan importante, y, sin embargo, su trabajo no ha merecido la menor consideración por parte de los gobiernos y las principales personalidades políticas y aún hoy sigue sin merecerla. Sobre esta cuestión volveremos en el capítulo noveno.

Resumen

La creación de dinero mediante la expansión crediticia da lugar a una prosperidad coyuntural aparente. Se realizan inversiones que sólo parecen rentables porque se ha creado dinero de la nada y se ha bajado artificialmente el tipo de interés. Al fin y al cabo, faltan recursos reales para concluir con éxito estos nuevos proyectos de inversión. Las subidas de los costes y los intereses ponen de manifiesto, tarde o temprano, estas inversiones improductivas. La corrección, en definitiva inevitable, no es, sin embargo, políticamente deseada y se combate bajando de nuevo los tipos de interés. Por culpa de las inversiones improductivas, la sociedad se ha empobrecido. Los bienes de capital pierden valor, se pierde, además, un tiempo precioso y, dado el caso, aumenta el

desempleo. Mediante la ampliación de la masa monetaria se redistribuye la renta y el patrimonio dentro de la sociedad: por regla general, desde el grupo de rentas bajas hasta las superiores. Los pobres se empobrecen más, y los ricos se enriquecen más. El germen de la destrucción brota del sistema de papel moneda. Si se sigue por la vía de bajar los intereses de continuo y ampliar la masa monetaria cada vez más, la gente perderá la confianza en el dinero. Al final de este camino aguarda el inevitable desmoronamiento del sistema monetario.

Cómo te explota el Estado mediante la inflación

Gracias al ilimitado poder que tiene el Banco Central para imprimir dinero, los Estados pueden acumular montañas de deudas cada vez mayores. Pueden librar guerras frías o calientes que, de lo contrario, no tendrían lugar por no ser financiables. Y pueden poner en marcha un número de proyectos aparentemente infinito y lanzarse a aventuras que, de otro modo, habrían sido impensables.

HANS-HERMANN HOPPE

Si se observa el funcionamiento de la política mundial, se tiene la impresión de que en ese juego sólo importa una cosa: el *poder*. Los que «están en el poder», quieren quedarse, y todos los demás aspiran a «llegar al poder». En una conversación con uno de los autores de este libro, el economista Roland Baader, fallecido en el año 2012, dijo: «Hay dos maneras de ejercer el poder. Con la espada o con “pan y juegos”, a lo que en la versión moderna se llama Estado del bienestar.»

Imagínate por un momento que fueras el Estado. Tendrías el monopolio de la fuerza. Todos los conflictos podrías resolverlos a su favor. Podrías utilizar ese poder para prescribir o prohibir determinadas conductas. También podrías recaudar impuestos. Podrías arrebatarse a la gente sus propiedades sin ninguna contraprestación. Sería como si poseyeras el anillo de Tolkien. Una situación bien cómoda.

Probablemente, primero intentarías consolidar tu poder. Pondrías bajo tu control sectores estratégicos importantes, como la policía, la justicia, el ejército, el transporte, la energía, los medios de comunicación y, sobre todo, desde luego,

la educación.

Dado que los ciudadanos de tu Estado te superarían ampliamente en número, necesitarías, al menos, su apoyo implícito. Podrías intentar idear una teoría que legitimara tu soberanía, pues el uso exclusivo de las armas, a la larga, no bastaría para afianzar tu posición privilegiada.

Quizá inventaras la idea del derecho divino y te instalaras como monarca o, tal vez, desarrollases la teoría de la soberanía popular y permitieras acceder al aparato del Estado a todos los estratos sociales de la población.

En general, deberías intentar que determinados grupos dependieran de ti o te respaldaran. Podrías concederles privilegios, subvenciones o simples transferencias y comprarles así su apoyo. Cuanto mayor fuera el número de servidores públicos, mejor. Tendrías asegurado su apoyo, pues, al fin y al cabo, recibirían sus ingresos de ti. ¿Y quién muerde la mano que le alimenta? Otros instrumentos para afianzar el poder son los sistemas estatales sociales, sanitarios y de pensiones, que arrinconan la asistencia privada y el amor al prójimo. Crean gente dependiente y debilitan a su competidora natural, la familia, que, tradicionalmente, echaba una mano en situaciones de apuro.

Hasta aquí todo está claro. Sin embargo, hay un pequeño inconveniente. Hacerse con el poder resulta muy caro. Subvenciones, empleados públicos, transferencias... Todo eso cuesta mucho dinero. Y los impuestos no son precisamente populares entre los contribuyentes, pues demuestran a las claras que las supuestas buenas acciones del Estado no son gratuitas. Existe, pues, el riesgo de que no sólo te granjearas la amistad de quienes recibieran dinero de ti, sino también la enemistad de aquellos a quienes les quitaste el dinero.

Ojalá hubiera un método para financiar el gasto público sin tener que recaudar impuestos. Un método con el que el ciudadano pagara, pero sin darse cuenta. Habría que desarrollar un complicado sistema que sólo comprendieran unos pocos y permitiera acceder al dinero y el patrimonio de los ciudadanos sin que éstos fueran conscientes de ello.

Ya intuyes que ese sistema existe. Se trata, en su forma más páfida, de nuestro actual sistema de papel moneda estatal. Así pues, el sistema monetario es otro sector de importancia estratégica para el Estado y en el que éste se ha inmiscuido desde el principio. Cedamos la palabra a Roland Baader una vez más:

En cualquier caso, para poder ejercer su poder soberano, el Estado necesita enormes recursos pecuniarios. Dado que las sumas necesarias han cobrado proporciones astronómicas, el sustrato impositivo hace tiempo que ya no es suficiente, y entonces el Estado, sencillamente, se ha arrogado el monopolio de la producción de papel moneda en todo el mundo para poder crear colosales masas monetarias a partir de la nada.

Reflexiona por un momento: si tuvieras el control sobre el sistema monetario, podrías financiar tus gastos no sólo con ingresos fiscales, sino, simplemente, produciendo dinero nuevo y pagando con él. Igual que un falsificador de dinero, sólo que de manera por completo legal —al fin y al cabo, *tú* harías las leyes— y a lo grande.

Los precios subirían, y los ciudadanos pagarían el pato perdiendo poder adquisitivo porque su dinero cada vez valdría menos. Recordarás que en el capítulo tercero hablábamos de la redistribución del poder adquisitivo: tú, como Estado, ganarías como primer perceptor del dinero nuevo a costa de los ciudadanos. Pero los ciudadanos no se enterarían. No verían la relación existente entre la producción monetaria forzada por el Estado y el encarecimiento, pues, al fin y al cabo, hay otros muchos factores que influyen en los precios. De modo que es fácil que les echasen a otros la culpa de lo que pasara. A los especuladores o empresarios codiciosos, por ejemplo. O a un desastre natural o a una crisis del petróleo. Además, tampoco tendría por qué darse una pérdida *absoluta* del poder adquisitivo, puesto que el crecimiento de la productividad frenaría el encarecimiento y amortiguaría los efectos de la producción monetaria. Los precios, en lugar de sufrir una fuerte caída, sólo se estancarían gracias a su diligente producción monetaria.

Otra cosa que podrías hacer es crear un sistema financiero tan complicado que nadie lo entendiera. Entonces no tendrías que imprimir dinero de manera directa, sino que, por ejemplo, podrías editar papel de colores y escribir en él «empréstito estatal». Tus amigos, los bancos, comprarían luego este papel y lo depositarían como fianza en el Banco Central, oficialmente «independiente» de ti, pero que poseería un monopolio concedido por ti. Luego, como contrapartida, los bancos obtendrían dinero «fresco», es decir, recién hecho. En resumidas cuentas, tu endeudamiento se financiaría mediante una nueva producción de dinero, y se habría borrado el rastro... ¿No te parece genial?

En resumen, tú como Estado te aprovecharías de lo siguiente: la gente establece una conexión entre gastos públicos e impuestos, pero ninguna entre gasto público y producción de masas monetarias y su efecto de rebote: el

encarecimiento. Cuando el monopolio del dinero cubre con ello los costes de las guerras, los Estados del bienestar o proyectos de prestigio como el cambio energético, enmascara los efectos de una política que, de lo contrario, el pueblo no apoyaría. Así pues, el monopolio monetario no es nada democrático, y todo demócrata decente debería combatirlo decididamente.

Pero dejémonos de experimentos mentales y volvamos a la triste realidad, porque... tú no eres el Estado. Por desgracia, estás sentado en la otra punta de la mesa. Eres *tan sólo* un ciudadano y no puedes fabricar el dinero monopolizado, sino que tienes que utilizarlo.

Ahora debería entenderse por qué el Estado tenía tanto interés en desprenderse del oro. Con el sistema de papel moneda, endeudarse es un juego de niños para él. Recordemos que los fondos crediticios proceden de la nada. Y el Estado se halla directamente situado junto a la fuente del dinero, en apariencia inagotable. Éste es uno de los aspectos por los que, por regla general, no le supone ningún problema endeudarse.

El otro aspecto es la aparente seguridad que las deudas del Estado, es decir, los empréstitos estatales, ofrecen a los inversores (es decir, en su mayoría, directa o indirectamente, los ciudadanos). «*Yo n o —quizá pienses ahora—, yo no pienso prestarles dinero a esos granujas, ni hablar.*» Pues sí lo haces. Si tienes un seguro de vida o de renta, o aunque sólo sea un plan de pensiones «Riester», entonces... bienvenido al club. En tal caso, también financia la actividad política, de cuya conducta derrochadora te escandalizas tanto todas las noches al ver las noticias. En tu inversión indirecta en empréstitos estatales a través de seguros de vida y similares reside otra de las ventajas de la financiación estatal por endeudamiento con respecto a la financiación mediante impuestos. Si a la gente se le imponen contribuciones, se siente más pobre. Con el endeudamiento, en cambio, se emiten empréstitos estatales que luego van a parar a los depósitos de alguien que, entonces, se siente incluso más rico. Teniendo en cuenta el conjunto de la economía, sin embargo, eso sólo es una ilusión. En ambos casos (impuestos y endeudamiento), se le quitan recursos al sector productivo privado y se le prestan al derrochador sector estatal. En ambos casos, el sector privado se empobrece y el Estado se enriquece.

Como es natural, nadie puede imaginarse de veras que el Estado quiebre. En la práctica, también resulta difícil de imaginar. Al fin y al cabo, para eso está el banco de emisión, que, en caso de apuro, se haría cargo de las deudas y sacaría del atolladero al gobierno, eso sí, a *tu* costa, por supuesto. Porque si se

imprimiera dinero de manera ilimitada, su valor se destruiría con más rapidez de lo que ya se ha destruido. Por otra parte, al Banco Central Europeo le está de todo punto prohibido comprar empréstitos estatales, pero en la práctica existen bastantes posibilidades de que asuma la financiación estatal con la ayuda del sistema bancario, tan unido al Estado. Como ya se ha insinuado, los bancos, sencillamente, pueden empeñar en el BCE los empréstitos estatales adquiridos y, a cambio, recibir dinero *fresco*, es decir, *nuevo*. Un dinero que no existía antes de empeñarlos.

En la mayor parte de los presupuestos nacionales ocupan la primera posición los gastos de «trabajo y asuntos sociales» o, formulado de una manera más sencilla, «del Estado del bienestar». En el año 2013, en Alemania fueron más de 119.000 millones de euros, es decir, un 38 por ciento largo del gasto público total. Eso explica también por qué se opta por la vía del endeudamiento, en lugar de subir los impuestos. Porque ¿y si primero se le quitara el dinero al ciudadano mediante la recaudación de impuestos para devolvérselo a continuación en forma de prestaciones sociales? Pues no; al Estado se le vería demasiado el plumero. Los contribuyentes reconocerían mucho más fácilmente cuánto dinero gastaría para sí el Moloc del Estado, es decir, cuánto dinero se filtraría en alguna parte, desaparecería como en un agujero negro sin que la economía nacional pudiera beneficiarse de él. La cosa está clara, ¿no?

Es evidente que nuestro actual «Estado del bienestar» —o tal vez, en vista de sus repercusiones sociales reales, deberíamos llamarlo «Estado del malestar»— no se sostendría sólo a base de ingresos tributarios. No en vano, el canceriforme crecimiento del Estado del malestar coincide históricamente con el abandono del patrón oro y la transición al sistema del papel moneda. El moderno Estado del malestar brotó de un gigantesco endeudamiento estatal, que fue el que ha hecho posible el sistema de papel moneda. Si el Estado estuviera financiado nada más que por los impuestos, es probable que los ciudadanos ya se hubiesen rebelado hace tiempo.

Echemos ahora un vistazo al actual endeudamiento general (noviembre de 2013) de los presupuestos públicos en Alemania. Ascende a unos dos billones de euros. Aunque sea lo mismo, no podemos evitar enseñarle la cantidad de ceros que tiene esta cifra: 2.000.000.000.000. Sin embargo, esta cifra casi parece modesta si echamos una ojeada al endeudamiento de Estados Unidos. En la misma fecha, sus habitantes debían la friolera de diecisiete billones de dólares. Sencillamente, los gobiernos de todo el mundo no se las arreglan con los

ingresos que tienen a su disposición. Y lo que es todavía peor: ¡Endeudarse no les da ni pizca de vergüenza! La tentación de ir a la caza de votos con regalos de las campañas electorales financiados con deudas es demasiado grande: así se puede acceder al poder o permanecer en él. Como ocurre con tantas promesas no cumplidas, se debería sentir vergüenza ajena. Inevitablemente, nos viene a la mente el refrán del caricaturista, pintor y poeta satírico alemán Wilhelm Busch: «Fama arruinada, vida regalada».

Una vez que ha vencido el plazo para pagar las deudas estatales contraídas, éstas siempre «se reembolsan» como es debido. Pero no con los ingresos fiscales. Porque el Estado no entiende por «reembolso» lo mismo que tú. Cuando *tú* has pagado tus deudas, tu cuenta de crédito está a cero. Cuando el Estado paga las tuyas, lo hace, por regla general, contrayendo *nuevas* deudas. Y como nuestro dinero cada vez vale menos, le resulta fácil gracias a su propia política de inflación. Los acreedores salen perjudicados, mientras que el máximo deudor, el Estado, se beneficia. ¡Ojalá los ciudadanos pudiéramos aprovecharnos también de un sistema que fuera tan beneficioso para nosotros! Pero en el sistema monetario el Estado no admite que nadie le haga la competencia. No suelta el monopolio del dinero. Y nadie parece atreverse a cuestionar dicho monopolio. Es posible que este libro contribuya a cambiar esa actitud. Apóyanos en esta tarea; habla con la familia, los amigos, en clubes, en reuniones, en las tertulias de sobremesa. Haz propaganda, abre los ojos a la gente. De eso dependen muchísimas cosas. Merece la pena. También por tus hijos y nietos.

Pero retomemos el asunto. Los críticos objetarán que el Estado también paga intereses por sus deudas. Así pues, ¿acaso el Estado, al menos para poder pagar sus intereses, no ha de recaudar impuestos en algún momento? También eso es falso, porque para hacer frente al pago de los intereses, sencillamente, puede volver a emitir empréstitos. Ni las deudas ni los intereses tienen que pagarse nunca con impuestos, sino que pueden costearse contrayendo nuevas deudas, es decir, a fin de cuentas, mediante la producción de dinero.

Para mantener a raya los enormes pagos de intereses, los Estados, normalmente, manipulan las expectativas en lo referente al encarecimiento. Porque en el interés del mercado también hay una prima por la pérdida que se espera del poder adquisitivo. Cuanto mayor sea esa pérdida, más alto será el interés que exige el prestamista.

Si el Estado, como deudor, consigue mantener bajas las expectativas en cuanto a la depreciación monetaria, se ahorra, por lo tanto, una gran cantidad de

dinero o, lo que es lo mismo, no tiene que producir tanto dinero nuevo para saldar sus deudas. Porque entonces, como es natural, el interés del crédito que debe pagar será más bajo.

Pero ¿cómo consigue el Estado mantener bajas las expectativas en lo relativo a la depreciación monetaria? Pues bien, si se dispone de los necesarios recursos pecuniarios, eso es bastante sencillo. Se contrata a un número elevado de colaboradores y se les hace trabajar para el Estado, con arreglo al lema de «no te fíes de ninguna estadística que no hayas falseado tú mismo».

Con este fin, en algún momento, el Estado, por ejemplo, el alemán, se permitió tener una Oficina Federal de Estadística. Y se lo sigue permitiendo. En ella trabajan para él 2.940 empleados (en 2013) que, un mes tras otro, calculan innumerables estadísticas que, bien mirado, no necesita nadie. En cualquier caso, la Oficina Federal de Estadística registra mensualmente la llamada tasa de encarecimiento, también denominada tasa de inflación. Y luego, a partir de ella, se crea el índice de precios al consumo.

La tasa de encarecimiento figura entre los índices más complejos y difíciles de comprender de la economía nacional. Posiblemente, los estadísticos, por encargo de su empleador (el Estado), lo hagan así de complicado para que ningún lego en la materia tenga la más mínima probabilidad de comprobar las cifras. Y si alguna vez los ciudadanos plantean dudas acerca de las cifras oficiales relativas a la subida de precios, se les calma diciendo que sólo son imaginaciones suyas y se trata de la llamada «inflación percibida». ¡Qué tontos somos los ciudadanos! ¡Qué mal «percibimos» el encarecimiento!

Con la tasa oficial de encarecimiento —que también podemos llamar inflación de los precios— de la Oficina Federal de Estadística se persigue un único objetivo: *enmascarar la depreciación monetaria y evitar que se pierda la confianza en el dinero estatal*. Porque ya hemos visto que un sistema que depende del papel moneda se basa en la confianza. Si eso se pierde, los precios se disparan, nadie quiere ya el papel moneda y el sistema se desmorona. Recordemos lo que pasó en la República de Weimar en el año 1923. Eso al Estado no le interesa, desde luego; prefiere seguir beneficiándose del control que ejerce sobre el sistema monetario. De ahí que la manipulación hacia abajo del encarecimiento esperado figure entre sus filigranas más elaboradas.

Para calcular el índice del aumento de los precios, los estadísticos se valen de una especie de cesta de la compra virtual. En ella meten todo lo que, por regla general, necesitas tú y tu familia para vivir: vivienda, alimentos, artículos de

higiene, coche, etcétera. Y ahora tapa un momento con la mano los renglones que siguen y haz una breve prueba contigo mismo: ¿Qué porcentaje de tu sueldo calculas que gastas al mes en alimentación y electricidad? Haz simplemente un cálculo aproximado.

En cualquier caso, en la cesta de la compra elaborada por la Oficina Federal de Estadística constaba, a finales de 2013, un 10,3 por ciento de alimentos y un 2,6 por ciento en gastos de energía. ¿Tu porcentaje es mayor? Pero bueno, ¿qué te has creído? ¿Por qué comes tanto? ¿Y por qué dejas siempre la luz encendida durante tanto tiempo? Haz el favor de pensar en el medio ambiente; acuéstate antes o enciende una vela más a menudo, que es mucho más romántico. En todo caso, más romántico que la fría luz de las bombillas de bajo consumo prescritas por la Unión Europea. Además, puedes ahorrar un montón de dinero y gastarte más en otras cosas... como cera para las velas. Qué cinismo, ¿verdad? Porque seguro que no te comportas como suponen los estadísticos.

Para una familia de cuatro miembros con unos ingresos netos mensuales de, supongamos, tres mil euros, estos valores suponen que para la alimentación y la electricidad juntas sólo se han de gastar 390 euros. Pero precisamente estos dos pilares del presupuesto doméstico se han encarecido de manera considerable en los últimos años. Si ahora comparas este presupuesto con el tuyo y, a continuación, te decides a comentarlo con su media naranja, será mejor que nos retiremos. A qué resultados conduce el mismo cálculo en el caso de una pensionista que viva sola y tenga que apañarse con unos ingresos de ochocientos euros es algo que, de momento, no vamos a comentar.

El hecho es y sigue siendo que la valoración de estos dos pilares —que devoran gran parte de los ingresos medios de una familia— ocupa un lugar indudablemente demasiado bajo. Desde luego, en el caso de ingresos bajos, esta falsa valoración resulta aún más agravante.

¡Ah, sí! Tenemos que explicarte sin falta lo de los *métodos hedonistas en la estadística oficial de los precios* ¿Suenan complicado? Que no cunda el pánico; no lo es. Pues eso significa sólo que, por ejemplo, a tu nuevo ordenador con el doble de potencia que tu viejo aparato de hace cuatro años, aunque te haya costado lo mismo comprarlo, el estadístico puede fijarle un precio *más bajo*. Hace, por lo tanto, como si el precio hubiera bajado. Esto se justifica oficialmente así: *es necesario, al medir los precios, cuantificar las mejoras cualitativas de los productos y descontarlas de la evolución de los precios*. El único problema es que el precio no ha bajado. Y un ordenador con la baja

potencia de tu modelo anterior ya no puedes comprarlo. Aparte de eso, los programas más actualizados tampoco funcionarían en ese ordenador. Las bajadas de los precios, producidas como por arte de magia —en la vida real no existen—, ayudan a compensar las subidas de los precios de otros sectores, como, por ejemplo, la alimentación y la energía.

¿Evaluar muy por debajo los componentes de la cesta de la compra, cuyo precio aumenta de continuo, y compensar la subida con bajadas de precios virtuales, inexistentes en la realidad? Tienes que reconocer que la cosa suena a método...

Si al llegar a este punto quieres hacer una breve pausa en la lectura, métete en la página web de la Oficina Federal de Estadística (www.destatis.de) y pincha en «Precios». Te vas a quedar sin habla. Nosotros calificamos, lisa y llanamente, de desvergonzados los disparatados y complejos métodos de cálculo con los que convierten los *precios* en un misterio incomprensible para el ciudadano.

En cualquier caso, la estadística oficial de los precios desempeña un papel esencial a la hora de engañar a los ciudadanos sobre la depreciación monetaria realmente existente y, por consiguiente, sobre la expropiación a la que estás sometido de manera permanente.

Recuerda, por favor, el capítulo tercero, en el que hemos descrito que con las innovaciones tecnológicas y la división internacional del trabajo, los precios deberían haber caído en los últimos años. ¿Por qué no se debate acerca de la posibilidad de que caigan los precios? ¿No te escama un poco?

¿Tú qué crees? ¿A cuánto ascendería el tipo de interés que el Estado tendría que pagar por sus créditos si la pérdida del poder adquisitivo real, que los compradores de empréstitos estatales han de temer, fuera transparente por completo? No podemos decirte el porcentaje con exactitud; tampoco interesa demasiado. Pero hay una cosa que sí sabemos a ciencia cierta y estamos seguros de que tú, basándote en nuestra argumentación, estarás de acuerdo: si el Estado (el gobierno, la Oficina Federal de Estadística o quien sea) no mantuviera aparentemente bajo el índice de encarecimiento oficial, el tipo de interés que el Estado tendría que pagar por sus créditos para compensar la pérdida del valor monetario, surgida por la ampliación de la masa monetaria, sería más alto que el tipo de interés que paga en la actualidad contándonos la milonga del dinero estable.

Llegados a este punto, también es importante reseñar que los mercados patrimoniales, es decir, sobre todo las acciones y los mercados de bienes

inmuebles, *no* van incluidos en la estadística de los precios. Y es ahí precisamente donde más han subido los precios en los últimos años. Sin embargo, en el índice de encarecimiento oficial pasan del todo inadvertidos. ¿Te sigue extrañando? Los especialistas hablan en este caso también de *inflación en el precio de los activos*, cuando, por ejemplo, la inversión en forma de *acciones* se ve impulsada hacia arriba por la ampliación de la masa monetaria.

Las subidas de precios en los mercados patrimoniales son asimismo un factor importante que explica por qué la división de la sociedad entre pobres y ricos es cada vez más profunda. Si una familia a duras penas puede vivir de sus ingresos, no le queda dinero para invertir en acciones. Por no hablar de la inversión en un bien inmueble propio o alquilado. Y si consigue ahorrar unos pocos euros, una familia normal no se puede permitir correr riesgos de fluctuaciones, con las que hay que contar por fuerza a la hora de invertir en valores efectivos. Quienes ya cuentan con un patrimonio se benefician de las subidas que se producen en los mercados patrimoniales. Se enriquecen cada vez más y pueden utilizar su patrimonio como garantía para contraer más créditos y comprar todavía más acciones o bienes inmuebles.

Ya hemos visto lo mucho que les gusta a los gobiernos financiar el gasto público produciendo dinero, es decir, mediante el llamado impuesto inflacionista, ya que los ciudadanos no lo perciben tan dolorosamente como los impuestos habituales y, sobre todo, en general no pueden advertir quién es su creador... al menos, hasta que hayan leído este libro.

La financiación de los gastos mediante una ampliación de la masa monetaria le resulta atractiva al Estado también en otro sentido, pues los precios ascendentes de bienes y servicios guardan una relación *directa* con los ingresos tributarios. Por otra parte, sobre los impuestos podría escribirse fácilmente un libro entero; no obstante, es indispensable dedicarles aquí unas pocas palabras. Porque cada vez que los ingresos tributarios del Estado han aumentado de manera considerable, el revuelo que se arma en las noticias de la prensa no tiene nada que envidiar a cómo anuncia una empresa su propio récord de beneficios. Pero hay una diferencia muy significativa. A las empresas va la gente *por propia voluntad* para adquirir sus productos y servicios. Sólo presentando un producto atractivo pueden las empresas ganar dinero. Si no lo consiguen, desaparecen del mercado. Un récord de beneficios es, por lo tanto, indicio de un producto sumamente atractivo y también motivo de alegría para todos. En cambio, la gente *no* paga los impuestos por propia voluntad. Cualquiera que insista en

considerar los impuestos, en cierto sentido, «*un pago voluntario, puede ver lo que pasa cuando se decide a no pagar*», escribe Murray N. Rothbard en su libro *Hacia una nueva libertad: el manifiesto libertario*.

Al Estado nadie le hace la competencia desde dentro. En su territorio posee el monopolio del dinero. Eso ya es bastante malo de por sí. Pero sería deseable que sus colaboradores, al menos, no se vanagloriaran de haber obtenido el mejor registro de ingresos tributarios, porque, al fin y al cabo, ellos no han aportado nada. Ni han desarrollado nuevos productos ni han creado valores.

Es como si un carterista se pavoneara de haber robado en un año una cifra récord de carteras. Y, encima, delante de sus víctimas, como esperando de ellas que le aplaudieran sumisamente. Lo simpático del carterista es que suele apresurarse a poner pies en polvorosa. Ya no se le vuelve a ver... si es que se le ha visto antes. Sabe que ha obrado mal. Nadie tiene que soportar que, además, le ofenda y le tome el pelo. Con el Estado, la cosa es distinta. El Estado no desaparece. Siempre está ahí, recaudando impuestos año tras año. Pero lo peor es que no huye avergonzado como un carterista, sino que te da a entender que te ha robado sólo por su bien. Y debes estarle agradecido y celebrar la plusmarca de ingresos fiscales.

Los servidores del Estado sólo innovan en un aspecto: en acceder a *tu* dinero, ganado con sangre, sudor y lágrimas. No tienen medida, y tampoco les asusta —y éste es sólo un ejemplo entre otros muchos— gravar los impuestos del aceite mineral o la electricidad con el impuesto del valor añadido. Un impuesto sobre un impuesto: ¡Es el colmo! Se trata de una descarada felonía que nada tiene que envidiar a los caballeros bandidos de la Edad Media. Es más, los bandoleros medievales se revolverían en la tumba si tuvieran que contemplar con qué ardides se optimizan hoy en día los ingresos fiscales. En aquella época, al menos eran sinceros cuando decían: «¡*La bolsa o la vida!*».

Los trabajadores y los empresarios son los que producen. Son los que compiten con otros trabajadores y otros empresarios y crean valores. Los empresarios, con la ayuda de sus colaboradores, se afanan siempre por satisfacer los deseos de sus clientes. Procuran continuamente ofrecer mejores productos al cliente a precios más asequibles, en competencia con otros empresarios, que tienen la misma intención. Estos empresarios y trabajadores son los que pierden parte de sus ingresos mediante la recaudación de impuestos. ¡Vaya, nos hemos

desviado del asunto! Perdona, pero no hemos podido evitar desfogarnos. Volvamos a la cuestión de por qué la ampliación de la masa monetaria y los impuestos guardan relación entre sí.

Comencemos por un impuesto indirecto, el llamado impuesto sobre el valor añadido. En cada compra que hagas, por cada cuenta que liquides, el IVA está prácticamente incluido en el precio. De modo que es evidente lo que pasa cuando los precios suben por la creación de dinero. Desde luego: los ingresos que el Estado obtiene del impuesto sobre el valor añadido también se incrementan.

Según la Oficina Federal de Estadística, los ingresos obtenidos del impuesto sobre el valor añadido en el año 2012 ascendían a unos 142.000 millones de euros. Diez años antes, los ingresos eran «sólo» de 105.000 millones. ¡Es una subida del 35 por ciento! En el mismo período de tiempo, ¿han aumentado tus ingresos en un 35 por ciento?

Los impuestos no sólo suben de manera automática, sino también desproporcionada. A través de la progresión en el impuesto sobre la renta, el Estado, gracias al encarecimiento, roba disimulada y subrepticamente una parte cada vez mayor del pastel que otros han cocinado. Seguro que has oído hablar de la «progresión fría». Se llama así porque le pilla a uno tan de improviso que se le congela la sonrisa. Porque se trata nada menos que de una sobrecarga fiscal. Como por cada euro que ganas de más has de pagar el llamado tipo impositivo marginal, cada vez que suben los salarios, aumenta también tu carga fiscal. Ahora bien, en realidad, a ti te suben el sueldo todos los años porque todo se ha vuelto más caro, ¿no? A los precios más altos les siguen salarios más altos. De ahí que a los salarios más elevados le sigan, desproporcionadamente, ingresos tributarios más elevados. Entonces, ¿por qué nuestros políticos no suben de forma automática las tarifas de los impuestos sobre sueldos y salarios, de manera análoga al índice oficial de la subida de los precios? Porque son insaciables.

Según un informe del asesor fiscal Hans-Georg Jatzek en *Der Hauptstadtbrief* (núm. 119), en el año 1960 un soltero tenía que ganar sesenta mil euros brutos para tener que pagar el tipo impositivo máximo; hoy, en cambio, tiene que pagarlo ya a partir de los 55.000 euros brutos anuales. Imagínate qué sueldo anual más altísimo eran sesenta mil euros, o sea, casi ciento veinte mil marcos alemanes, hace más de cincuenta años. Si nos atenemos a las ganancias medias, la explotación de que son objeto los ciudadanos se ve con más claridad todavía: si en 1960 un empleado tenía que ganar casi veinte

veces más que el promedio para que le gravaran con el tipo impositivo máximo, hoy es ya contribuyente máximo quien gana apenas el doble del promedio. Eso es increíble. Pregúntale al diputado del Parlamento Federal de tu circunscripción electoral por qué esto es así. Las respuestas nos interesarían; estaríamos encantados de que nos las enviara.

En los últimos treinta años, gracias a estas maquinaciones propias de ladrones, los ingresos tributarios del Estado federal, los estados federados y los ayuntamientos ascendieron de 190.000 millones a 600.000 millones de euros en el año 2012. Así puede leerse en la página que el Ministerio Federal de Finanzas tiene en internet.

Naturalmente, se nos proporcionan montones de argumentos para explicar todo esto: *el Estado tiene obligaciones y tareas sociales que cumplir*. Seguro; igual que el pobre carterista que se escuda en la cantidad de hijos que tiene que alimentar. Son palabras huecas, verborrea sin sustancia. El hecho cierto es que el Estado, gracias a la inflación y el endeudamiento, se apropia cada vez de más recursos y tareas.

Imagínate por un momento que a partir de ahora mismo no se aumentarán las masas monetarias. Aparte de que nuestra economía, enganchada al dinero como un yonqui a la droga, se desmoronaría en el acto, en adelante no cabría esperar que los precios subieran. Al menos, no por la creación de dinero, lo que, de forma automática, daría lugar a ingresos fiscales más elevados. Los intereses actualmente presionados por la continua producción monetaria se dispararían. El Estado ya no podría cubrir sus gastos produciendo dinero y se derrumbaría cargado de deudas. La hidrocefalia política dejaría de ser financiable con efecto inmediato.

Puesto que parece que en lo que se ha descrito hasta ahora se oculta un método, permítasenos preguntar *qué* plan es el que se persigue. ¿Puede ser que la actividad política se invente razones aparentes para justificar su propia existencia? Desde luego, todo el mundo necesita una razón de ser. Cuando alguien cumple a diario con su trabajo aplicadamente y es productivo, y cuando una empresa fabrica productos u ofrece servicios que los clientes compran y aceptan, esa razón de ser salta a la vista. Pero ¿quién necesita a un político y, sobre todo, a tantos? ¿Y quién lo necesitaría si él no tuviera a su disposición dinero que poder derrochar? Quítale mentalmente el dinero. ¿Qué le queda entonces?

Con su sistema monetario, la ampliación de la masa monetaria y el

endeudamiento cada vez mayor, el Estado tiende a empobrecer a los pobres y a enriquecer a los ricos. Pero como casi nadie se da cuenta, el Estado siempre les echa la culpa a otros. Entonces se presenta como un benefactor y empieza a redistribuir los ingresos. Quita el dinero a los ricos y se lo da a los pobres. Qué buena acción, ¿verdad? Ésa es su aparente «razón de ser» que se crea él mismo. Así pues, finge resolver problemas que no existirían sin su monopolio monetario.

Cada vez son más dependientes de las prestaciones públicas no sólo los ciudadanos, sino también las empresas. Los unos, de las prestaciones sociales; los otros, de todo tipo de subvenciones. Alrededor de la mitad del producto interior bruto pasa por manos estatales en la mayor parte de las naciones industrializadas. El Estado se ha convertido en una gigantesca máquina de redistribución y el comitente más significativo, que genera una dependencia cada vez mayor.

De cómo repercute en la libertad del individuo el hecho de tener *cada vez más Estado* nos ocuparemos en el capítulo séptimo. Es obvio que no se trata de repercusiones positivas.

A los ciudadanos la idea de que podría quitársele de nuevo el dinero al Estado debería ponerles la mar de contentos. Sin embargo, ¿a quién llama instintivamente la mayoría cuando se ve en apuros? Exacto. Al Estado. Eso es lo que ha conseguido el Estado con su *dinero malo*. Ha creado dependencia entre las personas y las empresas. Dependencia de prestaciones sociales, encargos públicos, subvenciones y otras prestaciones pecuniarias. El Estado ha corrompido a la humanidad.

El economista Thorsten Polleit, presidente del Instituto Ludwig von Mises de Alemania, ha acuñado en este contexto el concepto de corrupción colectiva. Como consecuencia de la corrupción colectiva, una gran parte de la población defiende cada vez más la actuación del Estado, pese a que muchos perciben instintivamente que la desmesurada multiplicación de dinero y el endeudamiento resultante no pueden conducir a nada bueno. La gente calla y lo acepta. Acepta que se rescate a bancos y Estados que se encuentran en apuros suministrándoles dinero de los bancos emisores. Lo acepta por miedo a perder sus posesiones, pues si los bancos, los seguros y las empresas sobrecargadas de deudas quebraran, muchos ahorradores perderían dinero y la gente se quedaría sin

trabajo. Al menos, a corto plazo. Así que más vale cerrar los ojos y seguir fabricando dinero. Muchos olvidan que con esta actitud, a la larga, están cavando su propia tumba.

Crear dependencia genera poder. Poder sobre los dependientes. Así se cierra el círculo. El miedo de muchos a que el dinero estatal deje de afluir en abundancia coloca al Estado, el gobierno y otros potentados políticos en una posición que no les corresponde. No se han ganado esa posición con honradez, sino que la han obtenido injustificadamente gracias a la instauración del *dinero malo*. Aprovechan el dinero público en su propio beneficio y para afianzar su posición.

Resumen

Con el fin de crear los medios para sufragar el enorme y siempre creciente gasto público, necesario, sobre todo, para financiar el «Estado del bienestar», los gobiernos, en lugar de aumentar los impuestos, optan por la vía del endeudamiento. Así, los ciudadanos no perciben directamente las cargas fiscales. La relación entre el endeudamiento público y sus consecuencias —redistribución de los ingresos y los patrimonios, así como pérdida del poder adquisitivo— se enmascara con habilidad. Así se aclara por qué a los políticos les gusta tanto el papel moneda y quieren y querrán aferrarse a él con todos los medios que tengan a su alcance. Porque un endeudamiento público que presenta las dimensiones actuales sólo es posible en un sistema de papel moneda monopolizado por el Estado.

Con la ayuda del índice de precios al consumo, registrado por la Oficina Federal de Estadística, se le hace creer al ciudadano que hay una estabilidad monetaria que, en realidad, no existe. Esto tiene por objetivo mantener la confianza en el dinero estatal y garantizar el flujo crediticio al Estado en las mejores condiciones posibles. Las potenciales bajadas de precios se evitan deliberadamente ampliando las masas monetarias.

La ampliación de la masa monetaria hace que suban los precios, aumenten los beneficios de las empresas y suban los sueldos de los trabajadores. Automáticamente, esto eleva los ingresos del Estado por encima de todo tipo de impuestos. A través de la progresión impositiva, el Estado dispone de más

medios de los que tendría si el nivel general de los precios no subiera. Al mismo tiempo, el encarecimiento desvaloriza las deudas públicas ya acumuladas a costa de los ahorradores y los usuarios del dinero.

El dinero estatal y la inflación han creado un sistema financiero inestable y corrupto del que cada vez dependen directa o indirectamente más personas, pero al que sólo el Estado puede rescatar en casos de emergencia, cada vez más recurrentes. Cada vez más gasto público tiene por consecuencia una dependencia cada vez mayor de las personas. El poder del Estado aumenta y se afianza cada vez más. La gente, corrompida por el dinero estatal malo, acepta, por miedo a perder sus posesiones, que se siga imprimiendo dinero sin cesar y cierra los ojos ante la inevitable catástrofe.

Lo que hace la inflación con las personas

La persona cargada de deudas adopta en algún momento la costumbre de buscar la ayuda de las demás, en lugar de convertirse en el ancla económica y moral de su familia y su comunidad.

JÖRG GUIDO HÜLSMANN

No sabemos cuántos años tienes, pero si ya no figuras entre los más jóvenes, seguro que estás en la edad en la que te acuerdas de cómo eran las cosas «antes» y se lo recuerdas a los demás una y otra vez. Y si eres un poco mayor, seguro que a veces te abandonas al goce de hablar de «los buenos tiempos pasados». Es posible que hayas contado a tus hijos, o quizá incluso a tus nietos, que antes muchas cosas eran mejores. Pero, en realidad, ¿qué es lo que antes estaba tan «bien» o incluso era «mejor»? Al fin y al cabo, hoy en día, a diferencia de «antes», tenemos de todo en abundancia.

Lo que a simple vista parece ser tan sólo una sensación, si se observa más detenidamente, resulta ser una realidad. La vida entera se ha vuelto más ajetreada, ¿no crees? Entendiendo por la vida *entera* la familia y el trabajo. Y conciliar la familia y la profesión, en cierto modo, cada vez es más difícil. La presión en el trabajo va en continuo aumento, y al final no es raro que la familia se venga abajo. Cada vez se divorcian más matrimonios. Las madres que educan solas a sus hijos son cada vez más frecuentes. Pero ¿por qué pasa eso? ¿Dónde radican las causas de tantas anomalías en la sociedad? Pues en esta sociedad nuestra, a la que muy a menudo se califica de sociedad de consumo cada vez más dispuesta a dilapidar recursos a corto plazo. Se nos acumulan las preguntas.

Ahora nos ocuparemos de ellas. Quizá te muestres escéptico y objetes: *¡No irán éstos a decir ahora que todas las anomalías guardan relación con el sistema monetario! ¡Eso es una exageración!* Espera y verás...

Volvamos a nuestra pequeña ciudad. Allí todo sigue en orden. El sistema monetario es un sistema competitivo y privado. El rey —¡gracias a Dios!— no se inmiscuye en los asuntos relacionados con el dinero. La gente utiliza monedas de oro y plata como medio de pago o bien, en su lugar, usa resguardos de depósito. En cualquier caso, todo sigue funcionando de maravilla.

El rey tampoco se entromete casi nunca en la vida de sus súbditos. Los pocos tributos que les exige sirven para garantizar su seguridad. Con esos ingresos mantiene un pequeño ejército y, así, protege las propiedades de los ciudadanos de intrusiones ajenas. La gente de la ciudad vive segura, piensa mucho en el futuro y es muy ahorrativa. Cuando alguien necesita un préstamo, otro ha tenido que ahorrar antes, es decir, renunciar al consumo. Pero la gente sólo contrae créditos en casos excepcionales o de emergencia. Más bien tiende a ahorrar primero los recursos pecuniarios que necesita para las adquisiciones.

Así obra también nuestro pescador, que, siguiendo el ejemplo de sus antepasados, dirige una empresa familiar muy rentable. Jamás se le ocurriría comprar un televisor o hacer un viaje a crédito. Además, ¿para qué, si, de todos modos, la situación es cada vez más favorable? A largo plazo, los precios caen. El pescador no ha pedido nunca un crédito, ni siquiera para su empresa. Las inversiones siempre las ha hecho con una parte que ha reservado de los beneficios. En una ocasión, cuando quiso comprarse una barca más grande, vendió participaciones de la lancha a inversores que previamente habían ahorrado. ¿Por qué cargar sin necesidad con un crédito cuando los precios aún siguen bajando, lo que dificulta la devolución del dinero?

En la ciudad, la mayoría de la gente se comporta con arreglo al método de primero ahorrar y luego comprar, tanto si las adquisiciones son grandes como si son pequeñas. Hasta llegar a comprar una casa o un piso propios. Esta manera de proceder se comprende con facilidad, ya que los precios de la ciudad, a largo plazo, muestran una tendencia a la baja. Eso significa que, con el tiempo, el poder adquisitivo del dinero aumenta un poco. Porque la producción de bienes aumenta sin cesar, y la masa monetaria sólo se incrementa en la escasa medida en que lo hace la extracción del oro y la plata nuevos. Puesto que los precios de los bienes no suben, no tiene sentido cargarse innecesariamente de préstamos y, en consecuencia, de cuotas crediticias. Todo transcurre de una manera fluida y

distendida. Quien tenga paciencia se verá recompensado con precios más bajos. Ahorrar tampoco es nada complicado. No hace falta ser un genio de la Bolsa para conservar el patrimonio. Sencillamente, se guarda dinero en metálico que, a largo plazo, adquirirá cada vez más valor.

Así, por ejemplo, el pescador ha enterrado en el sótano un saco lleno de monedas de oro... para cuando ya no pueda trabajar o para sus herederos. La moneda de oro con la que hoy puede comprarse un traje también le servirá para el mismo fin dentro de cincuenta años y, posiblemente, le alcance, además, para una bonita chistera.

La estabilidad y la confianza determinan la planificación de la vida y definen el carácter de la gente. Merece la pena hacer planes a largo plazo. Y, sobre todo, también ahorrar. Una sana confianza en Dios y una despreocupación general impregnan las almas.

La mayoría de los empresarios financia sus proyectos principalmente con capital propio. Actúa de manera conservadora y con cautela, evitando las deudas. La escasa carga de las deudas tiene un significado de todo punto decisivo para la vida de la gente, porque así las personas son muy independientes y flexibles. Nuestro pescador no tiene que pagar ninguna hipoteca. Después de estar diez años apartando dinero de sus ingresos, adquiere una vivienda propia para su familia. Tampoco depende de los bancos para su negocio. Obra con autonomía, sin ataduras. Si quiere, incluso puede permitirse un año sabático, como se dice ahora. Ninguna montaña de deudas le obliga a trabajar a destajo. Puede filosofar, reflexionar, emprender largos viajes u ocuparse de su familia, pues pisa terreno firme. Nada ni nadie le fuerza a ganar cada vez más dinero a toda prisa.

Desde luego, los créditos no son completamente desconocidos. Por supuesto, los empresarios de la ciudad piden alguno de vez en cuando. Pero no se exceden. De todos modos, tampoco podrían porque, al fin y al cabo — recordemos el sistema monetario vigente—, no hay dinero creado a partir de la nada a bajos intereses artificiales. Y el dinero disponible para los créditos —no lo olvidemos— antes tiene que haberlo ahorrado alguien. Alguien ha tenido que renunciar al consumo.

Además, los empresarios sólo contraen créditos cuando están muy seguros de que van a poder cumplir con todas sus obligaciones relacionadas con el préstamo. Calculan sus inversiones con sumo cuidado y procuran tener un «colchón» de seguridad, por si las cosas vienen mal dadas. La cuota de capital ajeno de las empresas es, en consecuencia, baja.

Así pues, como la gente apenas tiene deudas y suele consumir menos de lo que produce, la reserva de capital aumenta y, con ella, la prosperidad. Todos disfrutan de un mayor bienestar porque el poder adquisitivo se incrementa de continuo y, al mismo tiempo, los impuestos que recauda el rey son mínimos. Normalmente, a las familias de la ciudad les basta con los ingresos de *uno solo* de sus miembros para alimentarse. Y por regla general, también hay dinero suficiente para mantener a la abuela, que vive con la familia. Así, las mujeres se pueden dedicar a la educación de los hijos.

¡Vaya por Dios! Hemos metido la pata. Esto se contradice por completo con los roles vigentes hoy en día. Pero no nos interpretes mal. Nada más lejos de nuestra intención que aconsejar a las mujeres que, en lugar de trabajar y realizarse, se dediquen a educar a los hijos. Sin embargo, cabe preguntarse si, hoy en día, muchas madres van a trabajar porque quieren de verdad o porque, de lo contrario, a la familia no le alcanzaría el dinero para vivir. Más bien opinamos que a las personas, tras la retención de los impuestos, los gravámenes sociales y la permanente depreciación del dinero, les queda tan poco de sus ingresos que no pueden decidir con libertad si uno de los dos progenitores puede o no puede dedicarse a criar a los hijos. En consecuencia, cada vez hay más niños pequeños y bebés que pasan el día en una guardería pública. Si esto es realmente bueno para los niños es algo que deberían valorar los expertos en educación, además de las consecuencias que puede acarrear a largo plazo el tener un menor vínculo con los padres durante los primeros años de vida. Lo cierto, sin embargo, es que hoy en día apenas se da la opción de que uno de los padres pueda ocuparse de sus hijos el día entero. Por razones biológicas —sí, sí, ya sabemos que eso no se debe decir—, las mujeres, sencillamente, cumplen mejor esa función. Pueden dar el pecho a los bebés y, en general, tienen más capacidad de consolar a los niños. Pero en cualquier caso, de entrada, el continuo encarecimiento de las cosas y la elevada carga fiscal les quitan a casi todos los padres esta opción a priori. Pero ¿por qué son tan elevados los impuestos? En fin, de alguna manera hay que promocionar las guarderías. Curioso, ¿no? Se sangra a los padres para financiar unas guarderías que quizá no necesitarían si no les sangraran. ¿Y a quién le beneficia todo eso? ¿Quién gana influencia y poder? Ya sabe la respuesta...

Pero volvamos a nuestra pequeña ciudad. En ella, la mayoría de los cónyuges puede decidir libremente si uno se queda en casa con los niños o si ambos quieren desarrollar su profesión. No están sometidos a la presión *económica* de tener que trabajar *los dos* por fuerza para que la familia disponga

de ingresos suficientes, pues, como ya hemos dicho, los gravámenes de esta ciudad son bajísimos. Desde luego, también hay familias que están siempre a la cuarta pregunta, en las que deben trabajar los dos progenitores, pero eso suele ser más bien una excepción.

Y si los dos quieren trabajar, contratan a una niñera... pagándole de su propio bolsillo. O también puede atender a los niños la abuela; no olvidemos que vive en la misma casa.

En cualquier caso, en la ciudad casi nadie necesita las prestaciones sociales del rey. Éste tampoco las «ofrece». Son las propias personas las que se prestan ayuda y apoyo si alguien de su entorno está en apuros. Ahora estarás pensando: *estos dos autores no pueden ser de este mundo. ¿Los unos se ayudan a los otros? Qué absurdo y qué poco realista.* En fin, tienes razón; en este mundo dominado por las prisas, en el que todo es cada vez más caro, las cargas fiscales son insoportables y reina una gran incertidumbre con respecto al patrimonio y el trabajo, resulta también más difícil ayudar al prójimo. Pero dinos con el corazón en la mano: ¿No has ayudado nunca a nadie? ¿No has echado nunca una moneda en el sombrero de un músico callejero? ¿No has dado jamás un consejo a los amigos ni has respaldado a un miembro de tu familia? Quien crea que la gente no ayudaría a los demás, sobre todo a la familia y a los amigos, ¡ése sí que vive en otro mundo!

En nuestra ciudad, el altruismo está mucho más arraigado. Aquí, la gente, gracias a las cargas fiscales bajas y el escaso encarecimiento, tiene los medios necesarios para ayudar, y, además, su actitud no es nada materialista. Debido a que el valor de su dinero es estable, no tiene por qué preocuparse de colocar bien su capital. Al no temer al futuro ni a los acreedores, no necesita invertir toda su fortuna de la manera más rentable posible. De ahí que sea bastante frecuente utilizar los ingresos con fines no comerciales. Además, nadie está agobiado por una montaña de deudas que le obligue a trabajar. Tiene tiempo para dedicarse a trabajos no retribuidos y ayudar a los demás. Apenas se conoce la envidia. Y la envidia y la obsesión por la rentabilidad son precisamente los factores que evitan que las personas echen una mano a quien está en apuros. Como el rey tampoco ofrece prestaciones sociales públicas que pudieran servir de pretexto, el nivel de altruismo es muy alto.

Abordemos ahora un punto muy importante. Acabamos de decir que en nuestra ciudad los particulares apenas contraen deudas; si acaso, los empresarios y los comerciantes utilizan créditos para financiarse. Como es lógico, la carga de

intereses de la ciudad no es muy alta. Y cuanto menor sea la carga crediticia que haya que soportar en el conjunto de una economía en relación con la capacidad económica, menor será «la presión de la olla», por expresarlo de manera coloquial. Y precisamente por esa razón, en la ciudad nadie tiene estrés. Desde luego, la gente debe cumplir con su trabajo, pues esta ciudad tampoco es Jauja. Pero la población no anda ajetreada de acá para allá. No se conoce la expresión «esto tiene que estar para ayer». Así que la gente tiene tiempo para disfrutar de las cosas bonitas de la vida. Toma vacaciones con bastante frecuencia, se ocupa ella misma de la infancia de sus hijos, goza abismándose en profundas reflexiones, sosteniendo conversaciones sustanciosas y cultivándose, hace deporte, viaja y da importancia a una buena educación, la cultura y los buenos modales. Y también queda tiempo para experiencias de tipo espiritual. En suma, casi todos están relajados, equilibrados, contentos y satisfechos.

Pero un buen día, un hombre llamado *John Law* le hace una visita al rey. Que este hombre se llame como el que en el siglo XVIII causó una de las mayores burbujas de papel moneda de todos los tiempos... es pura coincidencia. Todos los nombres, personajes y acciones de nuestro libro son imaginarios. Cualquier similitud con personas vivas o fallecidas es puramente casual y de todo punto impremeditada. Sea como fuere, el caso es que la visita de Law le viene muy bien al rey. Hace poco, algunos ciudadanos han sugerido que podrían velar por su seguridad ellos solos y, además, con más calidad y a mejor precio que el monarca. En cierto modo, parece que los ciudadanos se están convirtiendo poco a poco en un peligro. Son tan autónomos e independientes... A decir verdad, a estas alturas, ¿para qué necesitan al soberano?

Como es natural, eso al rey no le hace ni pizca de gracia; al fin y al cabo, obtiene unos ingresos muy respetables al prestar los servicios de seguridad. Al final, la gente acabaría por no requerir sus servicios, y él perdería la mayor parte de sus ingresos. ¿Qué hacer, entonces? Pues bien, para empezar necesitaría una especie de justificación de sí mismo: nuevas tareas. Habría que convencer a los ciudadanos de que *solamente* el rey puede acometer esas tareas o, al menos, hacerlas mejor que ellos. Así podría conseguir que volvieran a depender de él.

Pero ¿cómo podría arreglárselas? Las nuevas tareas cuestan mucho dinero, que él no tiene. Por no hablar de los costes a que ascienden las iniciativas que se van a emprender en los medios de comunicación y las ofensivas que se van a llevar a cabo en el ámbito de la educación que acompañan a esas tareas. Así pues, planea crear una emisora de radio pública que subraye la importancia de

las nuevas tareas y, además, le gustaría convertir en públicas las escuelas de enseñanza elemental con el fin de ganarse a sus súbditos desde una edad temprana. ¿Y qué tal si subiera los impuestos? No, ahora no. El rey no se atreve a provocar una revuelta por culpa de los impuestos.

Pero gracias a Dios ha llegado un nuevo asesor. John Law propone al rey que se asocie con los almacenes del oro y les permita emitir resguardos de depósito sobre la cantidad de oro realmente existente. Emitir nuevos resguardos incrementaría la masa monetaria. Además, a corto plazo, se intentaría desprenderse por completo de la «reliquia bárbara» del oro e introducir el papel moneda, mucho más progresista. Porque éste sería mucho más fácil de multiplicar, lo que proporcionaría grandes ventajas.

Gracias a la creación de créditos a partir de la nada, la gente ya no tendría que ahorrar tanto y podría satisfacer sus deseos *al instante*. Las inversiones adicionales también podrían financiarse mediante el aumento del dinero, lo que crearía puestos de trabajo. Los intereses impulsados hacia abajo relanzarían la economía. Y el propio rey también podría contraer créditos. Con ese dinero se podrían financiar todas las obras benéficas necesarias para los ciudadanos. Todo eso mantendría a la gente distraída y, lo que es más importante para el monarca, la convertiría en dependiente... sobre todo de él, de su rey.

El soberano no acaba de verlo claro, pero ¿qué otra opción le queda? Siguiendo los consejos de John Law, manda retirar todas las monedas de oro y las cambia por billetes de papel moneda recién impresos. Comerciar y poseer oro queda penado. En la prensa de imprimir se trabaja a destajo. La nueva moneda fiduciaria se propaga por doquier.

Gracias a la cobertura parcial, ahora los bancos pueden crear dinero de la nada y concedérselo a las empresas en condiciones favorables. Y pasa lo que tenía que pasar. Es como si estallara un muro. Los intereses caen y los empresarios acometen nuevos proyectos en masa. Con el auge suben luego casi todos los precios: los salarios, las acciones y los bienes inmuebles. Todos están contentos: los trabajadores, los empresarios, los banqueros, los accionistas y el rey. Y todo el mundo cree que se puede volver cada vez más rico sin grandes esfuerzos. Durante el auge artificial, originado por la expansión crediticia y celebrado eufóricamente por los medios de comunicación, los habitantes de nuestra ciudad, hasta entonces tan relajados, llegan al límite de sus posibilidades físicas y mentales.

Muchos de ellos —equipados con dinero ajeno y barato— actúan de

manera irresponsable. Con el nuevo dinero se financian operaciones especulativas a corto plazo y compras de empresas que baten todas las marcas y suministran grandes titulares. Se abre paso un ambiente festivo casi febril y un optimismo exagerado. Parece posible y deseable obtener enormes beneficios en un brevísimo período de tiempo. Ha cambiado la mentalidad: ya no hace falta trabajar con ahínco ni ahorrar para llegar a ser un potentado. No; con la fiebre del crédito, uno se vuelve rico de la noche a la mañana haciendo tan sólo unas cuantas especulaciones bursátiles o inversiones arriesgadas.

Lo peor está por llegar: el inevitable reventón de la burbuja especulativa e inversionista, pues las nuevas inversiones no se han financiado mediante ahorros reales, sino creando dinero nuevo. La quiebra coyuntural desmoraliza a toda una generación. La fortuna desaparece tan aprisa como había llegado. Al verse de repente en la pobreza, muchos de los más gravemente afectados incluso arrojan por la borda sus principios morales. Los auges y las recesiones que han vuelto hace poco a nuestra ciudad tienen, pues, unos efectos devastadores. Asombroso, ¿verdad? ¿Te lo habrías imaginado? ¡Lo que puede provocar un nuevo sistema monetario!

Los ciclos coyunturales suponen para el rey un regalo caído del cielo. Más de uno ha oído cómo él y John Law se ríen por lo bajini, pues la nueva inestabilidad financiera amenaza muchas vidas y favorece nuevas regulaciones e intervenciones. El rey ya tiene otro campo de acción. Regula los bancos y los seguros, crea sistemas de captación estatal como las prestaciones por desempleo y rescata a grandes empresas que están en la cuerda floja y tienen muchos puestos de trabajo.

Pero aparte de los asoladores ciclos que ahora se dan cita en nuestra pequeña ciudad, el papel moneda estatal repercute como un choque cultural. Aunque las empresas se ponen manos a la obra relativamente pronto, la gente tarda un buen rato en atreverse a pedir préstamos privados. Pero como los precios de bienes y servicios no paran de subir y los intereses caen debido a los recursos pecuniarios adicionales (surgidos de la nada), la gente empieza a pensar de otro modo. Aquellos que siguen ahorrando para hacer sus adquisiciones comprueban cada vez más a menudo que los precios suben más aprisa de lo que ellos tardan en reunir el capital necesario para poder comprar. Y aquellos que no titubean y se endeudan parecen ser los ganadores. Ya viven en sus casas y poseen bienes cuyo valor aumenta sin cesar mientras los «precavidos» siguen ahorrando.

Nuestro pescador figura entre estos ciudadanos más torpes y cautelosos. Aún atesora sus ahorros en metálico, tal y como hicieron su padre, su abuelo y su bisabuelo. Como ciudadano ejemplar que es, ha entregado su oro y ha recibido a cambio el nuevo papel moneda. Ahora el rey no cesa de imprimir dinero nuevo, y el sistema bancario concede créditos de la nada, de modo que los precios ya no bajan continuamente como antes, sino que suben.

Cuando el pescador quiere jubilarse, comprueba que, aunque está sentado sobre una montaña de papel moneda, con ello no le alcanza para vivir: traumática experiencia para él y para otros muchos de su generación. Los valores sobre los que hasta ahora se apoyaba la sociedad urbana con tanto éxito, de repente, se ven sacudidos en sus cimientos y cuestionados. El ahorro, la cautela, el pensamiento a largo plazo y la planificación ya no rinden como antes. En lugar de ser un orgulloso e independiente propietario de su capital, como su padre y su abuelo, ahora el pescador es prácticamente un don nadie. Por suerte, el rey ha introducido un sistema de pensiones que funciona con arreglo al principio de reparto. La población activa cede aportaciones al rey y éste las deriva hacia los pensionistas.

A los hijos del pescador les encanta este sistema, pues ya no tienen que mantener a su empobrecido padre. Lo hace la sociedad en general. De ahí que uno de los hijos del pescador decida no tener hijos. ¿Para qué tanto estrés? Al fin y al cabo, la educación de los hijos corre por cuenta de los padres, pero los «réditos» están socializados y repartidos entre todos los pensionistas, incluso entre los que no tienen hijos. ¿Te extraña que los índices de natalidad hayan descendido tanto en nuestra ciudad?

Si esperaba que el nuevo orden monetario dejara intacta la estructura social de la ciudad, se equivocaba. La riqueza en forma de dinero se vuelve cada vez menos atractiva. Los bienes inmuebles, las acciones u otros valores patrimoniales ahora ya no se adquieren después de haber ahorrado, sino a crédito. Luego, el continuo encarecimiento desvaloriza las deudas. Los valores patrimoniales también se pueden ofrecer perfectamente como garantía para pedir más créditos y comprar aún más bienes antes de que suban de precio. Eso convierte los valores patrimoniales en mucho más atractivos de lo que eran en tiempos de la moneda de oro. De este modo, los precios de los valores patrimoniales suben con respecto a los precios de otros bienes y servicios, sobre

todo del trabajo. En lugar de ahorrar durante diez años para comprarse una casa como su padre, ahora el hijo del pescador tendría que trabajar veinte años antes de poder adquirir uno de los bienes inmuebles que tanto han subido de precio.

Como cada vez cuesta más tiempo ahorrar una fortuna, el ascenso social también se ve obstaculizado. Quien posea bienes inmuebles u otros valores patrimoniales como acciones tiene ventaja, ya que los precios patrimoniales se disparan. Y quien ya disponga de una fortuna, podrá prestarla y comprar todavía más acciones y bienes inmuebles antes de que suban aún más de precio y sean inasequibles para las clases media y baja. El nuevo orden monetario desgarró la sociedad. La brecha que hay entre los riquísimos acaudalados y los pobres que no poseen nada se ensancha cada vez más.

¿Le sigue extrañando que el papel moneda trastorne la cultura? Quien puede, compra a crédito antes de que suban los precios. Se trata de una carrera despiadada. Porque cuanto antes se compre, mejor. O dicho de otra manera: cuanto antes se endeude uno, mejor. La presión es grande: uno se endeuda para adquirir bienes y luego pedalear como un hámster en la rueda de las deudas. Es todo lo contrario de lo que sucedía en el pasado, que cada vez cae más en el olvido. El natural rechazo de las deudas, que antes era tan propio de la gente, se va perdiendo a ojos vistas. La dulce tentación del dinero barato atrae a muchos a la sociedad de consumo a crédito. Como casi todo el mundo tiene deudas, uno se encuentra a gusto entre sus iguales.

¿Y no sale perjudicada la cultura empresarial? Ya hemos visto que los recurrentes ciclos coyunturales afectan a la moral de los ciudadanos. En la economía del papel dinero, la conducta empresarial también cambia *radicalmente*. Los empresarios son cada vez menos cautelosos a la hora de hacer inversiones. Al fin y al cabo, hay recursos pecuniarios o crediticios para dar y tomar. Sus deudas aumentan y, con ellas, se incrementa también la carga total de intereses, que ha de satisfacerse pese a que los intereses bajen cada vez más. En definitiva, aumenta «la presión de la olla».

Pero ahora no se te ocurra pensar que el problema son los intereses y, si se suprimieran, la gente se liberaría de la servidumbre de los intereses, como la llaman quienes los critican. Perdona, pero eso es un completo disparate. Los intereses son la expresión del ser humano. Los intereses existen porque somos como somos. De una manera muy humana, preferimos alcanzar nuestros objetivos cuanto antes. Las personas prefieren bienes actuales, como, por ejemplo, dinero disponible hoy, antes que bienes futuros, como, por ejemplo,

dinero disponible dentro de diez años. Quien ofrezca bienes futuros (dinero dentro de diez años) a cambio de los codiciados bienes actuales (dinero hoy), debe aceptar una rebaja (por ejemplo, pagar diez mil euros dentro de diez años a cambio de recibir ocho mil hoy). Así pues, el interés es algo inherente a la conducta humana, por expresarlo de una manera muy técnica. En el interés se manifiesta la llamada preferencia temporal. Cuando la gente opta por una orientación a largo plazo, es decir, practica la renuncia en el presente para, a cambio, tener *más* en el futuro, se habla de una preferencia temporal baja. Si, por el contrario, la gente está más orientada a consumir, es decir, no está dispuesta a renunciar, se habla de una preferencia temporal alta. Cuanto más alta sea la preferencia temporal, mayor será la rebaja. Tras esta «rebaja» se oculta el interés natural. Y ese interés no se puede eliminar del mundo, habitado por seres humanos. Prohibir el interés tendría unas repercusiones funestas, pues los créditos desempeñan una importante función de encauzamiento en una economía de mercado. Llevan los recursos de los ahorradores a inversores y trabajadores, posibilitando así un enorme aumento del bienestar.

Volvamos a la ciudad. La financiación a base de capital propio o reservas es retrógrada; la nueva palabra mágica es *crédito*.

El hijo del pescador también lo ha entendido enseguida. Ha llegado a tiempo de impedir la quiebra de la empresa familiar, tirando por la borda los viejos principios de su padre y pidiendo créditos en el mismo banco que le proporcionó el crédito para comprarse la casa. De este modo, el hijo del pescador y su familia se vuelven cada vez más dependientes de los bancos y la industria financiera, que ahora meten baza en todos los asuntos. Estas entidades son las que dirigen verdaderamente la economía gracias al privilegio de poder crear dinero a partir de la nada. Este privilegio atrae al poder como un imán.

Y los empresarios estiran la cabeza en dirección a ese imán. Cada vez es más importante acceder con rapidez a la fuente del dinero nuevo: el contacto con la industria financiera es esencial para triunfar en los negocios. La solidez, el pensamiento a largo plazo y la destreza para crear productos cada vez mejores y más económicos destinados a los consumidores pasan a un segundo plano.

Del mismo modo que el nuevo sistema monetario beneficia a los ya acaudalados, también favorece a las grandes empresas ya consolidadas en detrimento de las pequeñas o las que todavía no se han creado, que pueden ofrecer pocas garantías por los créditos. Porque ahora hacen falta créditos. Sólo con los ahorros mal se puede constituir una empresa. Especialmente cerca de la

nueva fuente de dinero se hallan los amigos del rey, que fundan con diligencia nuevos bancos y conglomerados industriales. Obran con gran temeridad porque cuentan con que, si surgen problemas, se les rescatará con dinero nuevo.

En general, se propaga una conducta a corto plazo orientada a obtener beneficios con rapidez. Porque ha dejado de existir la estabilidad de unos precios que bajan sin cesar. Esto dificulta la planificación a largo plazo, entre otras cosas, porque cada vez se alternan con mayor frecuencia los períodos de prosperidad con los de crisis. Aumenta la incertidumbre. En lugar de crear valores a largo plazo, ahora los gerentes intentan aprovechar las etapas buenas y ganar tanto dinero como sea posible y tan aprisa como puedan. Porque ¿quién sabe lo que pasará de aquí a cinco o diez años! Aparte de eso, los precios patrimoniales suben continuamente. Para no ir a la zaga de éstos, muchos se imponen como prioridad ganar mucho dinero con rapidez. En la ciudad cada vez se encuentra uno con más empresarios sin escrúpulos, egoístas y que piensan a corto plazo. Antes, los directivos se identificaban con la empresa y su personal. La lealtad y la buena relación con los propietarios, que a veces llevaban varias generaciones vinculados a la empresa, eran más importantes que el dinero rápido. Hoy en día, la compra de empresas financiadas con deudas —también llamada *leveraged buy-out*— es continua. Algunos gerentes ni siquiera saben quién es el propietario. ¿Te extraña que tener un vínculo a largo plazo con la empresa sea cada vez menos frecuente? Su propia carga particular de deudas también hace que los gerentes sean más materialistas y cortos de vista: cambian mucho más a menudo de empresa en busca de un puesto superior. Valores empresariales como la integridad, la solidez, la preocupación por los colaboradores y la amplitud de miras pasan a un segundo plano; antes está el afán de lucro materialista y a corto plazo. Quien pueda hacerse con una suculenta gratificación, arrambla con ella, aunque para ello tenga que hacer cosas que, a largo plazo, perjudiquen a la empresa.

¿Y qué pasa con el rey? Casi lo habíamos olvidado. ¿Qué consecuencias tiene para él el nuevo orden monetario? El rey también empieza a tener deudas. Siguiendo el consejo de Law, ha ideado diversos programas sociales para los ciudadanos. Introduce un seguro por si alguien se queda sin trabajo o se pone enfermo. Las madres, después de dar a luz, reciben dinero para educar a sus hijos. Todo eso se financia con los impuestos (hasta ahora todavía bajos) que pagan los ciudadanos y... con deudas. Con dinero recién creado.

Ahora al monarca se le ocurren ideas todos los días. Para ello cuenta con un

grupo de expertos que cobra un sueldo formidable. Pero éstos se lo merecen, porque le proporcionan más propuestas sobre cosas que podría introducir y cómo podría organizarlas. Un sueño de muchos intelectuales: poder formar el mundo a su antojo. Porque creen saber qué es lo mejor para todos. Además, el sistema de papel moneda estatal les suministra unos recursos asombrosos. ¿A quién le extraña que periodistas, comentaristas, profesores y catedráticos no pongan en tela de juicio el sistema monetario?

El rey se beneficia de la inestabilidad e incertidumbre generalizadas, que se han propagado mediante el orden monetario que él mismo ha introducido. Como los hombres de negocios y los empresarios están cada vez más endeudados, sufren apuros económicos cada vez con mayor frecuencia, en especial cuando suben los intereses. Una de las primeras medidas que toman es, la mayoría de las veces, despedir trabajadores, sobre todo en períodos de recesión. Eso ahora es mucho más problemático que antes, cuando la gente tenía menos deudas o no tenía ninguna. Debido a las cuotas crediticias, el margen de maniobra financiero se ha reducido mucho, y el desempleo, aunque sea provisional, hace que especialmente las familias pasen grandes penurias enseguida. Casi nadie puede ya recurrir a las reservas; al fin y al cabo, la gente ya no tiene costumbre de ahorrar. Como se puede imaginar, los problemas económicos no contribuyen precisamente a la felicidad familiar. Sobre todo cuando uno antes se lo podía permitir todo —de prestado, claro— y ahora, de repente, ocurre justo lo contrario.

Menos mal que últimamente el rey se preocupa más por los intereses y las necesidades de sus súbditos. Pueden confiar en él. Siempre está ahí para ayudarlos; es un monarca generoso de verdad. *Sin duda, has notado que otra vez nos estamos poniendo sarcásticos. Pero eso era precisamente lo que pretendía el soberano: quería que la gente dependiera de él y sus buenos servicios sociales.* Y el plan ha funcionado. En lugar de velar por su propia seguridad y prescindir por completo del rey, como se proponían en un principio, los ciudadanos tienen ahora preocupaciones muy distintas.

El caso es que en la ciudad cada vez se piensa y se planea más a corto plazo: aumenta la preferencia temporal. Se ahorra menos. Se reduce el crecimiento económico, en otro tiempo imponente. Las repercusiones de los programas sociales estatales, hoy en día de uso corriente, las describe el economista Hans-Hermann Hoppe en su libro *Demokratie. Der Gott, der keiner ist*:

Toda forma de previsión social del gobierno [...] reduce el valor de la afiliación de una persona a un sistema familiar extenso entendido como un sistema social de cooperación mutua, ayuda y apoyo. El matrimonio pierde valor. Para los padres disminuye el valor y la importancia de una «buena» educación (formación) de sus hijos. En consecuencia, los hijos también conceden menos valor a sus padres y les tienen menos respeto.

¿A que suena tremendamente conservador? Pero llegados a este punto, quizá convenga volver a dejar el libro un momento y reflexionar. Una familia también está sometida a las presiones que ejerce la ley natural de los recursos escasos. Eso tampoco lo puede cambiar el Estado. Con sus buenas acciones sociales, el Estado únicamente quiere hacernos creer que sí podría. Y los ciudadanos se dejan engatusar. El Estado no puede crear recursos por arte de magia, sino sólo gastar lo que antes le ha quitado a la sociedad civil, ya sea por medio de los impuestos o —ya lo sabes— la producción de dinero.

¿Por qué será que cada vez hay más divorcios? Parece que casi nadie está dispuesto a renunciar a nada ni tampoco a conformarse. El egoísmo campa a sus anchas. Queremos de todo cada vez más, y enseguida. Todo debe ser inmediato, instantáneo. Y en ese esquema, la familia encaja cada vez menos. Si antes, por ejemplo, una familia numerosa era un «grato» seguro para la vejez, hoy en día significa más bien un riesgo de pobreza. Y si se tienen hijos, se arrinconan en la guardería. En una entrevista con el Instituto Ludwig von Mises de Alemania, Birgit Kelle, periodista y madre de varios hijos, dijo: «El Estado nos quita nuestro dinero, nuestro tiempo y, últimamente, también a nuestros hijos, y luego nos viene con sus más de ciento cincuenta distintos instrumentos de política familiar, con los que, sin embargo, sólo nos devuelve lo que antes nos había quitado».

En efecto, un sistema de papel moneda estatal es un verdadero choque cultural para una sociedad acostumbrada al dinero bueno... como nuestra bonita y vieja ciudad. En lugar de esperar con tranquilidad, la gente se ve empujada desde muy pronto a aceptar la servidumbre de las deudas. Cuanto antes, mejor. Y cada vez más. La gente está todo el día pendiente de los precios y, al pedir más créditos, hace que suban aún más. La sociedad se vuelve más materialista. Las inversiones y la toma de préstamos son aspectos cada vez más centrales en la vida. Antes, sencillamente, se ahoraban unas monedas de oro en metálico. Hoy en día, hay que endeudarse e invertir mucho tiempo en colocar capital para salir a flote. Cada vez queda menos tiempo para las cosas bonitas de la vida, como la

cultura, el deporte o la familia. Porque en la economía de las deudas, el tiempo es dinero. Antaño se valoraba la estabilidad. El esfuerzo, el ahorro y la amplitud de miras traían cuenta. En la actualidad, el patrimonio y el trabajo son inciertos; se trata de ganar cuanto antes el máximo dinero posible para no quedarse descolgado o irse a pique. A no ser que uno quiera ponerse bajo la tutela del «papaíto Estado». ¿Le extraña que de un tiempo a esta parte proliferen tantas dolencias mentales entre la acosada población urbana?

Resumen

Lo que en nuestra ciudad tiene lugar aceleradamente en una generación, en el mundo real ha durado como mínimo los cien últimos años. Y aún no ha tocado a su fin. La destrucción del patrón oro y la transición a un dinero estatal inmaterial y cubierto en parte han transformado de manera radical la conducta de las personas. El inflacionista papel moneda ha traído consigo una economía del endeudamiento. Ha convertido a la gente en más dependiente de la industria financiera y el Estado, que han adquirido unas dimensiones inquietantes. La servidumbre de las deudas junto con el Estado del bienestar, asimismo patrocinado por el papel moneda, ha desarraigado a la gente. Y en la medida en que dependemos del Estado de previsión, necesitamos menos la ayuda del prójimo, en especial, de la familia. Se rompen los vínculos sociales. La argamasa moral que mantiene unida a la sociedad se resquebraja. Porque los valores y las normas se transmiten en la familia. La decadencia de la familia como consecuencia del dinero malo y el Estado del bienestar acarrea una grave crisis moral y de valores. En suma, el dinero malo hace que la gente esté cada vez más aislada socialmente, más desarraigada y estresada y sea cada vez más dependiente, inmadura, sumisa, imprudente, desconsiderada, egoísta, materialista, superficial y depresiva.

¿A qué conduce que el Estado se inmiscuya en todas partes?

Se equivocan, sin embargo, lamentablemente quienes consideran el intervencionismo una tercera solución posible al problema del orden económico de la sociedad humana, a saber, un orden económico que, como dicen ellos, está tan alejado del socialismo como del capitalismo y reúne «lo bueno» de ambos sistemas, pero evita «lo malo» que hay en ellos.

LUDWIG VON MISES

¿Qué tienen en común el sistema monetario, el sistema sanitario, el sistema educativo y el suministro de energía? Exacto: todo está en manos del Estado. Sólo que la mayor parte de la gente no se lo plantea. Ahora vamos a ocuparnos de por qué no es bueno que el Estado se inmiscuya en todas partes. Lo mejor sería que el Estado no se inmiscuyera en ninguna parte. ¿Le asusta esto? Sin embargo, no debemos de andar tan desencaminados. Eso se reconoce ya por el hecho de que los políticos, en cuanto entra en vigor una ley o una normativa, enseguida empiezan a hacer propuestas de mejora. Si las decisiones y las leyes políticas realmente sirvieran para algo, no haría falta revisarlas en cuanto se aprueban. Dicho sea de paso, «inmiscuirse» es quizá un eufemismo, pues la intervención estatal significa que el Estado no deja que las personas persigan sus propios fines, sino que les obliga a perseguir los de él. Y, además, mediante la violencia física o, en cualquier caso, la amenaza de violencia física.

En una ocasión, Roland Baader, con su inimitable estilo, describió así la actividad política: «La casta política ha de justificar su existencia haciendo algo. Pero como todo lo que hace, lo empeora siempre todo, tiene que hacer reformas continuamente; es decir, tiene que hacer algo porque ha hecho algo. No debería

hacer nada si no hubiera hecho nada. Ojalá supiéramos qué se puede hacer para que la casta política no haga nada más». Más acertadamente no se puede describir la actividad política.

¿Viste en tu niñez la serie *Pipi Calzaslargas* en la televisión? ¡Sí, aquella de la niña que tenía un mono y un caballo! El lema de Pipi, tal y como lo canta en una canción, viene a ser algo así en su versión alemana: «Mucho ojo, que yo el mundo me lo monto a mi antojo.»

También nuestros políticos parecen creer que pueden construirse un «mundo social y económico» a su antojo. Y por su permanente actividad y su continua intervención en la economía, sin duda, dan la impresión de que, en efecto, pueden hacerlo. Eso también puede calificarse como delirios de grandeza. Y hay mucha gente que todavía se cree las declaraciones de estos megalómanos. Y con esa creencia, con esa falsa creencia, nos disponemos a acabar ahora de una vez por todas.

En *Der Hauptstadtbrief* (octubre de 2013), Torstein Polleit puso en claro la intención de la política:

Lo que estimula a los partidarios del intervencionismo es la opinión de que, mediante las intervenciones, se pueden conseguir resultados (mercantiles) mejores que con el mercado libre. Sostienen que, mediante el intervencionismo, se puede conseguir un término medio entre el sistema del mercado libre (capitalismo) y el socialismo (nacionalización de la propiedad). Así pues, los intervencionistas opinan que el intervencionismo puede aprovechar «los aspectos positivos» del capitalismo y el socialismo y, al mismo tiempo, suprimir sus aspectos negativos.

Dicho llanamente, eso significa: *algo de capitalismo sí queremos, porque es verdad que somos un pelín codiciosos. Pero como en el fondo somos unos miedicas, que no sea demasiado, por favor. Ahora en serio, ¿cree que eso puede funcionar? Es como pedir estar «un poco embarazada»; tampoco se puede. En cualquier caso, a partir de ahí la política ha pergeñado un plan que es una locura: primero dejamos que la economía de mercado siga su curso, pero si pasa algo que no nos conviene, intervenimos.*

Para comprender las consecuencias del intervencionismo, síguenos, por favor. ¿Adónde? Seguro que ya lo sabe... Además, ya va siendo hora de que nos pronunciemos.

Por desgracia, en nuestra ciudad ha ocurrido algo en extremo desagradable. Aproximadamente la mitad de las vacas lecheras de los campesinos que viven en los alrededores han resultado víctimas de un virus muy agresivo. En consecuencia, la leche es muy escasa y ha subido mucho de precio. La gente se

enfada por ello y se queja al rey pidiéndole por favor que intervenga y haga algo. Como es natural, el rey no quiere volverse impopular entre sus súbditos y dicta una disposición según la cual un litro de leche no debe costar más que una décima parte de un euro de oro (así se llama allí mientras tanto la moneda). De este modo, fija un precio tope que está por debajo del precio del mercado.

Todos los súbditos se muestran satisfechos con esta medida... menos los campesinos. Para muchos de ellos, la producción de leche al precio fijado por el rey no es rentable. Aunque la mayoría ha perdido aproximadamente la mitad de su ganado, y, desde luego, la mitad de las vacas sólo come la mitad, los gastos fijos, por desgracia, no se han reducido a la mitad. ¡Por algo se llaman gastos fijos! De ahí que algunos ganaderos decidan de forma espontánea apearse del negocio. Ya sólo producen leche para consumo propio y sacrifican sus animales. Por consiguiente, la oferta de leche sigue descendiendo. Ya sólo quedan en el negocio unos pocos campesinos que producen leche de una manera muy eficiente. Pero, como se comprenderá, la leche no alcanza ni de lejos para abastecer a todos los ciudadanos. Por eso, la próxima resolución que anuncia el rey es la siguiente: *a partir de ahora mismo, para cada ciudadano sólo habrá un cuarto de litro de leche al día.*

A esa resolución le siguen marchas de protesta en dirección a la casa del rey. La gente está furiosa y exige a su monarca que actúe. Y éste actúa dando otra vuelta de tuerca en la espiral intervencionista.

Ni corto ni perezoso, el rey prohíbe todo sacrificio de reses, así como el uso de las vacas para consumo propio. Quien posea una vaca, tiene que utilizarla para producir leche y debe vender toda la producción al precio tope o por debajo de él. Esa jugada da alivio a corto plazo. A las tiendas llega más leche.

Para los campesinos, sin embargo, la situación se vuelve cada vez más insoportable, pues prácticamente se ven obligados a generar pérdidas. Sus costes de producción en forma de salarios, electricidad, aperos de labranza, arrendamiento, etc., superan el precio de venta. En consecuencia, las vacas que mueren por viejas ya no se reemplazan. Los criadores de ganado vacuno abandonan el oficio por completo. Incluso se rumorea que algunos campesinos envenenan a sus animales a escondidas para evitar más pérdidas.

Por lo tanto, la producción láctea sigue disminuyendo. Ha sucedido lo contrario de lo que se proponía el rey con su intervención. Pero éste no se da por vencido tan pronto. A partir de ahora, regula también los precios de los insumos

que necesitan los campesinos y fija precios tope para los salarios, los aperos, la electricidad y los arrendamientos.

Con estos costes reducidos por decreto, de nuevo les trae cuenta producir leche a los campesinos. Otra vez se llenan los anaqueles de las tiendas. El rey está orgullósísimo de que su intervencionismo, por fin, lo haya regulado todo, cuando, de pronto, llega otra mala noticia. Los campesinos ya no encuentran jornaleros. Éstos se pasan en masa a otros sectores en los que no se reducen los salarios artificialmente. Ya no se producen aperos de labranza. Los campos quedan en barbecho. Enfurecido, el rey emprende una huida hacia delante. Regula también los salarios en otros sectores, así como los precios de los insumos que necesita la industria del utillaje agrícola, y ordena cultivar los campos. Poco a poco, va poniendo precio fijo a todo. La espiral intervencionista ha llegado a su punto culminante. ¡Bienvenido al socialismo!

Desde luego, el rey también podría haber convertido la organización de la producción láctea en tarea de su gobierno desde el principio y dejar que sus funcionarios decidieran acerca de la producción, la distribución y los precios de la leche. O, expresado con mayor sencillez: podría haber nacionalizado la producción láctea.

De cómo funciona el suministro de bienes en el socialismo podrán informarte quienes hayan vivido en la República Democrática Alemana o la Unión Soviética. Si deseas experimentar el socialismo, puedes pasar tus próximas vacaciones en Corea del Norte. Allí todavía se puede observar cómo funciona o, más bien, *no* funciona, el socialismo.

Ahora bien, ¿por qué no funciona? La respuesta es bien sencilla: porque en un sistema socialista no existe la propiedad privada. Toda propiedad pertenece al Estado. O al pueblo, como se suele expresar. La verdad es que suena mejor. En cualquier caso, la oferta de mercancías no viene determinada por la demanda de los consumidores, no; el personal al servicio del Estado es quien dispone lo que se debe producir. Ellos deciden qué mercancías deben fabricarse y en qué cantidades y a quién están destinadas.

Ya en 1922, en su obra *Die Gemeinwirtschaft*, Ludwig von Mises comprobó que el socialismo no puede funcionar. Demostró la imposibilidad de llevar en él una contabilidad económica. La contabilidad económica o de costes permite saber a la empresa si ha generado pérdidas o ha obtenido beneficios. Esto resulta importantísimo en una economía de mercado. Los beneficios indican que los factores de producción se han combinado de modo que aumente su valor. El

precio de venta del bien producido supera a los costes de los factores productivos necesarios para fabricarlo. Y a la inversa: las pérdidas indican que los recursos se han despilfarrado. Más valdría haber producido con ellos algo que la gente deseara más perentoriamente.

En el socialismo, los factores productivos son de propiedad común. La materia prima, las máquinas y las fábricas se encuentran en manos del Estado. De ahí que no exista el trueque ni tampoco haya precios de mercado de la materia prima, las máquinas y las fábricas. Y sin precios de mercado no hay contabilidad de costes. No se sabe si ha habido pérdidas o beneficios. Ni siquiera se puede calcular el tipo de producción más favorable. En los chips electrónicos, ¿qué se debe usar como conductor: hierro, acero, cobre, plata, oro o silicio? El chip es igual de rápido. El planificador socialista lo ignora. Sin precios del mercado, la decisión se vuelve arbitraria.

Volvamos a nuestra ciudad. Rebobinemos hasta el momento en que la gente se queja al rey por los elevados precios de la leche. Esta vez, sin embargo, el monarca reacciona de otra manera. Hace que le envíen un asesor. Uno que sabe un rato largo de economía política y, además, tiene preparados consejos incómodos para su empleador. El asesor le aconseja con urgencia que no se inmiscuya ni fije un tope para el precio de la leche. Al principio, el rey se muestra escéptico y se pregunta: *¿Para qué necesito un asesor si éste me recomienda que no haga nada?* Pero el asesor le explica con detalle sus consideraciones, y, finalmente, el rey se declara conforme. Y no hace... *nada*.

Tampoco necesita hacer nada, pues que el precio de la leche suba mucho porque hayan muerto numerosas vacas, es de todo punto normal. A fin de cuentas, su elevado precio muestra a los mercaderes que, actualmente, la leche es muy escasa y codiciada. Los beneficios de los campesinos productores de leche aumentan. Para la gente envidiosa, eso puede ser muy doloroso en un primer momento. *Tenemos que comprar vuestra leche tan cara y vosotros os llenáis los bolsillos*, quizá digan muchos. Pero ¿durará mucho esta situación? Claro que no. ¿Y qué pasará?

Ahora algunos de los productores de leche querrán ganar *aún más* dinero, para lo cual se comprarán más vacas. Otros campesinos, que antes ni siquiera participaban en la producción láctea, han observado los elevados precios de la leche, ven en ello una buena oportunidad de negocio, compran vacas y se pasan también a la producción láctea. Con tantos encargos, los criadores no dan abasto y se inventan nuevos métodos de cría más eficaces.

En un santiamén, las vacas destinadas al matadero se «reciclan» para producir leche. Estimulados por los elevados beneficios, unos inventores ocurrentes construyen una máquina novedosa y consiguen reducir considerablemente la pérdida de leche que tiene lugar al ordeñar las vacas.

Los consumidores también afrontan la situación y piensan sin cesar en cómo podrían plantar cara a la escasez de leche. Reducen su consumo y buscan un sucedáneo. Ahora el gatito de la vecina ya no toma por las mañanas leche de vaca, que está tan cara, sino agua o, si acaso, leche de cabra.

Seguro que sabes cómo termina la historia. Una vez que en los establos de los campesinos hay más vacas y se han sumado al mercado nuevos productores, la cantidad de leche producida aumenta de nuevo. Al mismo tiempo, los consumidores se han vuelto más moderados en el consumo y utilizan sucedáneos. En consecuencia, los precios de la leche bajan.

Como has visto, la gente, en un mercado *libre*, ha resuelto el problema por sí sola. Con sentido empresarial y creatividad. Sin la menor presión y sin la injerencia de la policía, el ejército, los tribunales o las cárceles. No ha hecho falta *ningún tipo* de intervención estatal. Al contrario; la anterior intervención del rey —como hemos visto— incluso era contraproducente.

En la carrera del mercado libre, los empresarios compiten por derivar el capital y los recursos hacia donde más se necesiten. Si aciertan, obtienen beneficios. Si no, generan pérdidas. Si aciertan de lleno, ganan muchísimo. Si cometen un error garrafal, las pérdidas son enormes. En caso de pérdidas, se derrochan el capital y los recursos. Y, al final, eso no sólo empobrece a los empresarios, sino a toda la sociedad, perjudicándonos a todos.

De ahí que sea absurdo que los empresarios se vean criticados por los políticos y los apóstoles de la moral en los medios de comunicación no por generar pérdidas, sino por obtener beneficios (demasiado altos). Desde el punto de vista de los consumidores, lo contrario sería lo correcto. Cuanto mayores sean los beneficios, mejor. Mejor se habrán empleado los escasos recursos para satisfacer las necesidades de las personas. Y eso es lo que nos importa, ¿no? Porque en la economía de mercado, el empresario sólo es el timonel, el que recibe las órdenes. El timonel procura adivinar las futuras órdenes del capitán. Y el capitán es el consumidor. El consumidor —es decir, todos nosotros— determina cómo y qué se ha de fabricar comprando o (ya) no comprando en el mercado.

Sólo en Alemania, millones y millones de mercaderes toman día tras día

innumerables decisiones económicas relevantes: así es el tan censurado *mercado*. Y ese mercado es el que quieren regular nuestros políticos con sus intrusiones. Eso es una *usurpación de conocimiento*, como lo calificó en una ocasión Friedrich August von Hayek. *Nosotros* lo calificaríamos incluso de delirios de grandeza.

Si un gobierno o autoridad interviene en el mercado, en un primer momento tal vez pueda resolverse un problema existente. Pero a cambio se creará otro, como en el ejemplo de la leche. Por culpa del precio tope, algunos productores dejaban el negocio y la oferta de leche se volvía aún más escasa. Seguro que el rey no pretendía tal cosa. Así pues, una intervención o intromisión acarrea forzosamente la siguiente, hasta que al final todo está regulado. Así, cada vez se le ponen más trabas a la economía de mercado y se le resta fuerza.

¿Por qué cayó el Imperio romano? Es probable que le hayan explicado en el colegio que una Roma cada vez más decadente fue arrasada por los bárbaros. Pero ésa no fue la verdadera causa, como demuestra Ludwig von Mises en su obra *Nationalökonomie*. El intervencionismo fue lo que provocó la caída de Roma. O, dicho con más exactitud, el Estado del bienestar, que fue el que desencadenó la espiral intervencionista. A ello contribuyó también el dinero malo de manera deshonrosa.

¿No lo había oído nunca? Pues es así. Los bárbaros llevaban siglos asediando las fronteras del imperio. Al poderoso y floreciente Imperio romano le resultó fácil rechazarlos... hasta que el Estado del bienestar destruyó la sociedad romana. Entonces, los bárbaros se limitaron a ocupar las ruinas.

La desgracia empezó con la estrategia del «*panem et circenses*» de los emperadores, que intentaron ganarse con «pan y juegos» el favor de las masas, en las que, al fin y al cabo, se apoyaba su dominio. Organizaron luchas de gladiadores y nacionalizaron el comercio del trigo, la llamada *annona*.

Los emperadores distribuían trigo en Roma a unos precios muy subvencionados o incluso gratuitamente. Cada vez más personas, las llamadas *proles* (de ahí viene la palabra proletariado), vivían a costa del Estado. Se volvieron dependientes de la *annona*. Hoy en día se diría que vivían de la asistencia social. Para mantener tranquilas a esas masas se organizaban los combates de gladiadores. En suma, los emperadores crearon un Estado del bienestar. Con unos gastos enormes y siempre crecientes.

Pero ¿cómo soportar esos costes sin subir demasiado los tributos y los impuestos? A los emperadores se les ocurrió una idea genial. ¿Lo adivinas?

Efectivamente: manipularon el sistema monetario. O dicho con mayor exactitud, empeoraron la calidad de las monedas, añadiendo a las antiguas monedas de metales preciosos otros metales de menos valor como el cobre y acuñando de nuevo las monedas. Así pudieron hacer más monedas con menos piezas y pagar sus gastos. De este modo, se produjo una redistribución en beneficio del Estado como primer usuario del nuevo (y menos valioso) dinero a costa de los últimos perceptores.

Como consecuencia de esta política inflacionista empezaron a subir los precios. El proletariado se inquietó. Entonces, los emperadores reaccionaron poniendo precios tope a los comestibles... y apretaron sin piedad el tornillo intervencionista. El precio tope provocó que a muchos campesinos ya no les mereciera la pena producir. Los agricultores italianos, que antes habían producido para el mercado y, sobre todo, para la población urbana, se retiraron del comercio de trueque. Unos se limitaron a producir para consumo propio. Otros se marcharon a Roma. ¿Por qué producir con pérdidas cuando en Roma el trigo era prácticamente gratuito?

El proletariado y la ciudad de Roma crecieron y crecieron. Y con ellos, también los gastos del Estado del bienestar. La división del trabajo, antes muy extendida, y el activo comercio de trueque entre la población rural y las ciudades a través de todo el Mediterráneo, se vinieron abajo. A la especialización productiva y al comercio de trueque les volvía a seguir el afanoso autoabastecimiento.

El Estado del bienestar, la inflación y el intervencionismo acabaron con la economía de mercado romana. Pronto, las legiones ya no pudieron financiarse de manera suficiente. Los bárbaros irrumpieron y ocuparon los restos del otrora floreciente imperio, que se hundió definitivamente en el siglo V después de Jesucristo. En vez de la división del trabajo y la economía de mercado llegó el feudalismo. Empezó una larga y dolorosa decadencia económica.

Y es que no existe ninguna ley natural que haga avanzar siempre a la civilización y mejore continuamente el nivel de vida. Craso error. Sin las condiciones generales apropiadas, como la propiedad privada, la libertad individual y el dinero bueno, lo mismo se puede avanzar que retroceder.

En su obra *The Roman Market Economy*, Peter Temin calcula que el promedio de la renta per cápita descendió significativamente con la caída del Imperio romano y se mantuvo bajo durante mucho tiempo. Según Temin, el nivel de vida de la Antigüedad romana no se volvió a alcanzar hasta los inicios

de la Edad Moderna, en torno a 1700. ¡Más de mil años había durado el retroceso! Durante mil años, la gente fue más pobre de lo que habían sido los romanos de la Antigüedad. Y eso gracias al Estado del bienestar financiado con la inflación asociada al intervencionismo.

Deja el libro un momento. ¿Dónde estaríamos ahora si no se hubiera producido esa interrupción de mil años, si en la Antigüedad la gente hubiera continuado acumulando capital y con la división del trabajo y el progreso? Desde principios de la revolución industrial en el siglo XVIII hasta el primer viaje a la Luna han pasado unos doscientos años. Reflexiona con total imparcialidad. Sin esa ruptura causada por el intervencionismo en la civilización, sin esos más de mil años perdidos, probablemente ya habríamos pisado la Luna en el año 700 después de Jesucristo. O en el año 1000. ¿Y dónde estaríamos ahora? Desde luego, esto es pura ciencia ficción. Sólo podemos imaginarlo en sueños.

También tenemos que soñar si queremos imaginar un mundo con dinero bueno. No tenemos ninguna comparación sólida con nuestra situación actual. Tan sólo podemos intuir lo próspera, dinámica y opulenta que sería nuestra civilización contemporánea si los Estados no hubieran destruido el patrón oro y lo hubieran reemplazado por un sistema de papel moneda que les permitiera financiar abrumadores Estados del malestar. Sólo podemos conjeturar lo interesante que sería nuestra civilización sin la tupida red de normativas e impuestos que nos envuelve hoy en día. Falta un término de comparación.

Los habitantes de la República Democrática Alemana sí tenían un término de comparación. Con tan sólo asomarse a través del muro, ya veían la superabundancia. Comparaban, se aterrorizaban y se indignaban. Protestaban contra su sistema. El muro cayó. Hoy ya no protesta casi nadie. Porque hoy no existe una sociedad paralela a la que pudiéramos mirar y nos demostrara lo bien que podría irnos sin el papel moneda, sin el Estado del malestar y sin regulaciones.

Nuestro actual empobrecimiento no es (todavía) absoluto —el nivel de vida no retrocede—; sólo es relativo en comparación con un mundo que tenga dinero bueno y en el que el Estado no se entrometa. Si hubiera un término de comparación con este mundo ficticio, como el que tenían los ciudadanos de la RDA justo delante de las narices, la gente ya estaría en la barricadas, se habría asaltado el BCE y demolido el Parlamento Federal.

Aunque el nivel de vida aún no haya caído en términos absolutos, los paralelismos de la situación actual con la caída del Imperio romano son

asombrosos y aterradores. El sistema de «pan y juegos» (por ejemplo, las luchas electorales) es carísimo también hoy, a duras penas financiable. El dinero malo y la inflación están destruyendo paulatinamente nuestros cimientos vitales. Y también hoy, el intervencionismo campa a sus anchas. Apenas hay un asunto en el que no se inmiscuyan el Estado y el gobierno. Por culpa de las intromisiones, las ordenanzas, las leyes y las prohibiciones, la gente se retrae cada vez más de comportarse como lo haría si no hubiera *ninguna* injerencia. Por ejemplo, un empresario renunciará a una inversión, mediante la cual surgirían puestos de trabajo, si esa inversión no trae cuenta porque la ley exige el pago del salario mínimo. Entonces, esos puestos de trabajo *dejan de* crearse. Pero de esos puestos de trabajo no habla nadie porque no se han creado y, por lo tanto, no se ven.

Por esa razón, vamos a atrevernos a abordar un tema peliagudo, a saber, el del salario mínimo legal. El ejemplo muestra lo imbricadas que están las distintas intervenciones estatales. Lo están tanto que el profano es incapaz de ver, y no digamos ya entender, las relaciones que hay entre ellas.

Recuerda, por favor, los capítulos tercero y quinto. En ellos hemos descrito detalladamente cómo, mediante la ampliación de la masa monetaria, la renta y el patrimonio tienen tendencia a redistribuirse desde los estratos sociales inferiores hasta los superiores. La ampliación de la masa monetaria y la manipulación hacia abajo de los intereses no son otra cosa que *intromisiones* en el sistema monetario, no son sino *intervenciones* (la propia nacionalización del sistema pecuniario ya supone por sí misma una intervención). Mediante estas intervenciones, algunos son cada vez más pobres; otros, cada vez más ricos. Las clases bajas y medias tienen tendencia a ser más pobres a causa del encarecimiento; los multimillonarios, a ser cada vez más ricos echando mano, sencillamente, del dinero nuevo.

Con el paso del tiempo, los estratos sociales que tienen ingresos inferiores se pueden permitir cada vez menos cosas, ya que el poder adquisitivo de su renta decrece por la inflación más aprisa de lo que aumenta por las subidas salariales nominales, si es que éstas se dan en realidad.

Éste es el momento en que salen a escena los políticos, los sindicatos y otras buenas personas y, en nombre de quienes no pueden vivir de su sueldo, exigen un salario mínimo legal. Fíjate bien, por favor, en lo que hace y dice esa gente en los medios de comunicación, con qué seguridad habla ante los micrófonos sabiendo siempre *exactamente* lo que hay que hacer. Una de cada dos frases empieza por «tenemos que...». Suena tan inofensivo ese «tenemos

que...». Sin embargo, significa que para resolver un problema se ha de emplear la coacción estatal, es decir, la violencia física o la amenaza de utilizarla. «Tenemos que...» significa, al fin y al cabo, policía y cárcel en caso de incumplimiento. ¿Por qué no probar, sencillamente, con acuerdos voluntarios o cooperaciones contractuales? ¿Por qué valerse siempre de la coacción?

Aparte de eso, ¿es posible que ninguno de estos que siempre se presentan como expertos sepa que la intervención «inflación» es la causante del mal que dicen combatir? Nos preguntamos con toda sinceridad: *¿Es eso posible?* ¿No te escama que asuntos como «la creación del dinero a partir de la nada» o «los intereses artificialmente bajos» no aparezcan en *ninguna* discusión sobre las causas? En cualquier caso, todos los «expertos» se muestran de acuerdo en lo siguiente: *tenemos que hacer algo, y el Estado debe ocuparse de que la gente pueda volver a vivir de su trabajo.*

Así pues, a las intromisiones en forma de *ampliación de la masa monetaria* y *política de intereses bajos* les sigue otra injerencia en forma de *salario mínimo legal*. Pero esta intervención también tendrá consecuencias que nadie desea, a saber, el desempleo. ¿Lo dudas? Presta atención: si un salario mínimo es más alto que el salario del mercado, *automáticamente* disminuirá la demanda de mano de obra. Desde el punto de vista económico, un salario mínimo también se llama precio mínimo: lo contrario del precio máximo que tenía la leche en nuestra ciudad. Supone un tope mínimo del precio. Si a los campesinos se les garantiza por parte del Estado un precio mínimo de dos euros de oro por litro, surgirán enormes excedentes invendibles: ríos de leche. Los campesinos producen como locos, y, al mismo tiempo, se reduce la demanda de leche. Lo mismo cabe decir de los salarios mínimos. Cada vez se ofrecen más personas para trabajar más horas, durante las cuales, de lo contrario, tal vez se hubieran dedicado a cuidar a sus hijos o a actividades culturales, educativas o de otro tipo. Al mismo tiempo, disminuye la demanda. En consecuencia, nos encontramos con un ejército de parados.

Y si un salario mínimo de diez euros es adecuado, ¿por qué no cien o mil euros? ¿Qué pasaría si se fijara un salario mínimo de diez mil euros por hora? Exacto: habría un desempleo masivo, y Cristiano Ronaldo chutaría el balón a solas con Messi.

Ahora bien, por lo común, los salarios mínimos son mucho más moderados. Y como sólo quedan excluidos del mercado de trabajo aquéllos cuya productividad está por debajo del salario mínimo, afecta sólo a unos pocos. Sin

embargo, estas personas —poco cualificadas y con unos ingresos ya de por sí bajos— son precisamente las que deberían recibir la ayuda de un salario mínimo.

Si al salario mínimo legal, de todos modos, le sigue el desempleo, puede estar seguro de que la política no tardará mucho en planear nuevas intervenciones. Porque ahora hay que inventarse reciclajes o readaptaciones y otras medidas de cualificación para los desempleados. Todos los portavoces políticos corearán: *hay que restablecer la igualdad de oportunidades. Debe mejorarse la educación, para lo cual debemos empezar por una buena formación desde muy niños. Necesitamos más guarderías y colegios (subvencionados por el Estado). Los padres ya no se pueden encargar de la educación; unos porque su propio nivel cultural deja mucho que desear (como es natural, no lo expresan tan a las claras), y otros porque, sencillamente, no tienen tiempo.* De este modo, la vida familiar también queda supeditada a la influencia estatal. Pero este aspecto ya lo hemos tratado con detalle en el capítulo anterior.

Continuemos con una intervención estatal que, sin duda, nos afectará durante años. El cambio de energía dispuesto por el Estado en Alemania es un ejemplo por excelencia del intervencionismo estatal. Se trata asimismo de un asunto peliagudo. Hable alguna vez en público en contra de la energía ecológica y verá como levanta un vendaval de indignación. Más vale, por lo tanto, que formule su crítica en una etapa de calma chicha, sin viento. Aunque pensándolo bien, así, al menos, se beneficiarán de ese viento las aspas de los numerosos molinos que en ese momento, de lo contrario, estarían quietas. Pero tenga cuidado: si el viento es fuerte, las aspas deben desconectarse.

En su recibo de la luz puede ver hasta dónde han llegado las intromisiones estatales en el suministro energético. Eso ya no tiene nada que ver con la economía de mercado. Quizá aún puedas permitirse subvencionar ese disparate con tus ingresos. La pensionista que vive sola y otros que cobren sueldos bajos seguro que no se lo pueden permitir.

En Austria se ríen de los alemanes a mandíbula batiente cuando, pese a que luzca un sol radiante, un viento constante recorre toda Alemania y la electricidad, prácticamente, no cotiza nada en la Bolsa. Entonces, los austríacos compran a precios irrisorios la electricidad que a los alemanes les cuesta tanto producir y bombean agua en sus embalses artificiales para generar su propia, y barata, energía eléctrica. Y lo hacen en el preciso momento en que la necesitan.

«Tras una intervención viene otra intervención.» Así titulaba Thorsten

Polleit su mencionado artículo sobre el intervencionismo. Una y otra vez se intenta paliar las consecuencias de una injerencia estatal con otra. La consecuencia es que, por ejemplo, la pensionista que vive sola en Wanne-Eickel ya casi no puede pagar la electricidad porque, además del precio de la luz, tiene que cofinanciar la enorme instalación solar que tiene en el campo un campesino acomodado de Baviera. Pero gracias a Dios, para eso está la acción de ahorro energético de Caritas y las agencias de energía. Como es natural, nuestra abuelita se alegra de que exista algo tan estupendo; de lo contrario, tendría que vivir a oscuras. La pega es que la acción está subvencionada por el Ministerio Federal de Medio Ambiente.

En la página de internet que presenta la iniciativa para el ahorro energético puede leerse lo que, de lo contrario, supondría una amenaza para muchas personas en Alemania: «La acción “control del ahorro energético” se entiende como ayuda a la auto ayuda y quiere prevenir que la gente no tenga acceso a la electricidad y se quede a oscuras. Los hogares que lo deseen reciben la visita de los auxiliares del ahorro energético, los cuales, en primer lugar, comprueban el consumo de energía y agua. Luego, adaptándose a las necesidades individuales de cada hogar, instalan de manera gratuita artículos de ahorro energético y dan consejos que ayudan a usarlos y a tener una conducta energéticamente eficiente [...] Los auxiliares del ahorro energético instalan sin coste alguno bombillas de bajo consumo, perlizadores del agua, dispositivos para desconectar el televisor o regletas de clavijas conmutables. ¿A que parece Navidad?

No nos malinterpretes. No tenemos nada que objetar a los auxiliares del ahorro energético. Seguro que hacen una muy buena labor. Y nada que reprochar tampoco al campesino acomodado bávaro ni a su gigantesca instalación fotovoltaica. Todos ellos se limitan a obrar con sensatez. Pero aquí intervienen las subvenciones estatales. Y ahí entra también en juego tu dinero. Un dinero que te quitan *a la fuerza*. Un dinero que podrías haber utilizado para tus propios fines. Y a la larga resulta un buen pellizco; de eso puedes estar seguro. Con ese dinero podrías hacerle un regalo a tu pareja de vez en cuando o guardarlo para la educación de tus hijos.

De un modo u otro, el intervencionismo hace que el capital y los recursos no se utilicen donde más falta hacen. Para que esto suceda, es necesario que *no* se intervenga en el mercado libre.

Cuando se habla y se escribe como lo hacemos nosotros, hay que tener un poco de cuidado para no acabar en la picota. Porque hoy en día rigen unos

objetivos más elevados, y esos objetivos los determinan nuestros omniscientes políticos, y con ellos una gran multitud representada por los sindicatos y numerosos grupos de intereses.

Esto ya lo vio en su momento Ludwig von Mises, que en el año 1944 escribió en *Burocracia: gestión empresarial frente a gestión burocrática*:

Sin embargo, vivimos en una época en que todo el mundo ataca el afán de lucro. La opinión pública lo maldice como algo sumamente inmoral y muy perjudicial para la comunidad. Los partidos políticos y los gobiernos se afanan por eliminarlo y sustituirlo por el —como lo llaman ellos— «criterio de servicio», lo que, en realidad, significa administración burocrática.

De este modo, a través de las intromisiones estatales, cada vez mayores, en la vida económica, se debilita el importante afán de lucro de los mercaderes. La gente se comporta de otra manera, no como se comportaría de no haber injerencias estatales. Al final, todo está intervenido por el Estado, formando una densa maraña. Tan densa que ya casi no se advierten las relaciones que hay entre cada una de las intervenciones. El ciudadano, que ya no es capaz de distinguirlas, está irremediablemente a merced de los llamados expertos, que hacen y deshacen a su antojo. Y la economía libre se ve sepultada por completo por el alud intervencionista. En su mayoría, estos expertos son economistas. De hecho, en la licenciatura en Economía, las universidades estatales crían expertos en intervenciones. Los alumnos aprenden por qué el mercado (es decir, todos nosotros en cooperación mutua y libre) no hace lo que debería hacer y que la mejor manera de ayudarle es ejerciendo la violencia estatal. Estos «expertos» encuentran luego empleo entre las autoridades reguladoras o también en empresas que deben afrontar las regulaciones por fuerza. Los estudiantes que, por ejemplo, se especialicen en teoría del dinero tienen buenas perspectivas de encontrar trabajo en el Banco Central. Para eso han estudiado que un sistema de papel moneda es ventajoso y que la mejor manera de encauzar la economía es mediante la masa monetaria y la política de intereses. Digámoslo claramente de una vez: ¡Sin dinero estatal ni otras intromisiones no haría falta la mayoría de los economistas! Así pues, no es extraño que la mayor parte de los economistas, al menos en determinados casos, se declare partidaria de que intervenga el Estado y acepte como un don divino tanto el Banco Central como el dinero estatal. Al fin y al cabo, su empleo depende de eso. «A aquel alabar debemos de cuyo pan comemos.» (Evidentemente, hay excepciones, como, sin duda, ya habrá comprobado.)

Pero volvamos al alud de intervenciones. En el inicio de muchas intervenciones se halla la penetrante intromisión del Estado en el sistema monetario. El político ruso —soviético— y revolucionario Lenin (1870-1924), al parecer, dijo en una ocasión que para destruir la sociedad burguesa había que destruir su sistema monetario.

Así pues, Lenin estaría muy satisfecho con la evolución actual. René Scheu, editor de la revista liberal *Schweizer Monat*, calificaba de *semisocialismo* la forma económica que tenemos hoy en día. Si no se encuentra el camino de vuelta hacia una economía de libre mercado, sino que se sigue la senda intervencionista, al final las crecientes intromisiones y el mayor dirigismo estatal acabarán llevándonos a un socialismo completo.

Tú mismo has comprobado que nuestro rey no se daba por satisfecho controlando el precio de la leche. La alternativa habría sido volver a prescindir de todos los controles del precio y dejar la solución del problema al mercado. Como no lo hizo, lógicamente tuvo que tomar otras medidas. Al final, el monarca incluso tendrá que vigilar que los campesinos no eludan los controles de los precios. Quizá los ciudadanos también intenten acceder a la leche, que con tanta urgencia necesitan, pagando precios más altos. Así surgirá un mercado negro. ¿Y cómo va a impedir el soberano que se forme ese mercado negro? Amenazará con penas y las impondrá cuando atrape a alguien. Tal vez incluso mande espiar a la población para desenmascarar a los estraperlistas y declararlos culpables. ¿Te resulta familiar todo esto? Hasta 1989, en la RDA había un sistema de estas características.

Una vez más, la culpa del dilema la tiene otro; en este caso, los campesinos avariciosos que utilizan el mercado negro. A todo esto, en la RDA el mercado negro sí ayudaba a paliar los problemas de escasez y era una posibilidad de eludir las empobrecedoras regulaciones. ¡Un mercado negro no es ningún problema, sino la solución de los problemas! Sin los mercados negros que funcionaban en la Europa del Este, el socialismo y el comunismo se habrían desmoronado mucho antes.

Ahora traslade eso a la crisis económica del euro. Según declaraciones de nuestros políticos, ¿quién tiene la culpa? Exacto: los codiciosos especuladores y banqueros. El expresidente alemán Horst Köhler dijo en el año 2008 en una entrevista para la revista *Stern*: «Los mercados financieros se han convertido en un monstruo». Esta declaración da que pensar, sobre todo, teniendo en cuenta que Horst Köhler, antes de ser elegido presidente de Alemania en el año 2004,

había sido director gerente del Fondo Monetario Internacional. Debería, pues, conocer las causas reales de la crisis: el sistema de papel moneda, los bancos centrales y la banca de reserva fraccional. Pero la culpa se les echa a otros. Así se pueden justificar de maravilla más intervenciones y desviar la atención del propio fracaso. O bien se aprovecha la ocasión para introducir nuevos impuestos como, por ejemplo, un impuesto de transacciones financieras: *hay que hacer partícipes de sus costes a los causantes de la crisis*, se dice. La política se vale para ello fríamente de la envidia de los seres humanos, dirigiendo su ira y su rabia hacia los empresarios y los ricos.

Piensa en la gran cantidad de ámbitos en los que ya no se permite hoy en día la libertad de precios. Los intereses están manipulados por los bancos de emisión, en los salarios se fija un nivel mínimo y los precios de la electricidad, por ejemplo en Alemania, suben debido al cambio energético promovido por el Estado. Y otro sector importante, el del sistema sanitario, está asimismo saturado de ordenanzas estatales y precios fijados por el Estado. En Alemania, todos los seguros médicos legales están obligados a exigir la misma cuota. Ni rastro de competencia.

Aunque los gobiernos nacionales ya hacen suficiente daño, ahora, para colmo, se les suman los funcionarios de la Unión Europea, que acribillan a los ciudadanos todavía con más preceptos, medidas y regulaciones, de los cuales la prohibición de la bombilla es la más inofensiva. Cada vez se ejerce más presión sobre quienes critican la creciente influencia estatal. En especial, a los que critican a Bruselas se les difama y ridiculiza como «antieuropeos». Sin embargo, lo que ha engrandecido a Europa es la competencia y la libertad, no el centralismo ni el dirigismo. El auténtico europeo combate al Moloc de la UE. Los «antieuropeos» viven en Bruselas.

Resumen

Las intromisiones del Estado en la vida económica no sólo desfiguran la libre interacción de los mercaderes, sino también dan lugar a más intervenciones consecutivas y, con ello, a un aumento del poder del Estado. O bien hay que deshacer antiguas actuaciones o bien combatir con más injerencias los nuevos problemas que surgen. Así se pone en marcha una espiral intervencionista que restringe cada vez más las libertades de las personas. Al final de ese camino está

el socialismo. Pero éste no puede funcionar porque, al no haber precios de mercado, no es posible llevar una contabilidad de costes. El capital y los recursos se despilfarran. La sociedad se empobrece. Un sistema socialista sólo se puede mantener aplicando un grado cada vez mayor de vigilancia y violencia estatales.

La peor de todas las intromisiones es la nacionalización del sistema monetario y la creación de dinero que conlleva. Esta intervención genera otras muchas. Y hasta dónde pueden conducir las injerencias en el sistema pecuniario, asociado a una espiral intervencionista, nos lo muestra la caída del Imperio romano.

Cómo acabará todo

Lo que los pueblos se han zampado durante décadas. Ahora lo pagarán pasando hambre durante décadas.

ROLAND BAADER

Como ya te habrá quedado claro, estamos metidos en un buen embrollo. Imposible salir de él indemnes. El tumor cancerígeno del dinero estatal ya ha causado estragos en el cuerpo de la economía y la sociedad. Desde hace bastante tiempo, vivimos en una etapa de creciente empobrecimiento. Sin embargo, la mayor parte de la población aún no lo ha notado. Tú, en cambio, ahora ya lo sabes. Disculpa si te hemos quitado la venda de los ojos. A veces se vive mejor en la ignorancia. Pero ya es demasiado tarde para eso. Y mira también el aspecto positivo: aún puedes reaccionar y, además, ya estás al corriente de lo que pasa.

El papel moneda ha corrompido mucho a la humanidad. Ha posibilitado la financiación de poderosos Estados del bienestar y contribuido a perjudicar gravemente a instituciones tradicionales como la familia. La sociedad se ha vuelto mucho más materialista. Todo se planifica a corto plazo y cada vez se depende más de las deudas. La «desocialización» —provocada por Estados cada vez más opresores, estimulados con la droga del papel moneda— está adquiriendo unas dimensiones estremecedoras. Al final, la libertad individual de todos nosotros quedará aplastada por la prensa de imprimir. El efecto asocial de la redistribución que favorece el sistema de papel moneda enriquece al Estado, a los bancos, a los grandes consorcios y a los multimillonarios y empobrece de manera progresiva a las clases medias y bajas. La sociedad está cada vez más desgarrada por el sistema monetario. Los conflictos se agudizan, y la economía real se tambalea bajo el peso del conglomerado financiero y estatal.

Una cosa debes tener clara: las inversiones improductivas promovidas por la producción de dinero ya han destruido en gran medida el bienestar real. ¡Sólo que todavía no lo vemos! Por desgracia, no tenemos un término de comparación con un mundo en el que *no* haya habido despilfarro.

El gasto público destinado a programas de bienestar y las intervenciones militares han causado un creciente endeudamiento del Estado y déficits presupuestarios en el mundo occidental. Estas deudas, probablemente, nunca se puedan saldar. Por otra parte, el Estado del bienestar es *la* inversión improductiva por antonomasia. No satisface las necesidades de personas que cooperan por propia voluntad y hallaría su fin de inmediato si no se subvencionara de continuo gracias al dinero arrebatado por la fuerza a los contribuyentes y el monopolio pecuniario.

Los ciclos —provocados por el privilegiado sistema bancario— de auge artificial y recesión hacen muchísimo daño a los pueblos. La crisis financiera indica que han desaparecido numerosos recursos en el abismo del sistema monetario. Para siempre.

Pero tampoco ha sido para tanto, ¿no? Al final, se ha rescatado a todos, dirás. La orgía rescatadora que se viene produciendo desde 2008, en efecto, no tiene parangón. Se han rescatado bancos, empresas e incluso Estados. Y como si tal cosa, ¿verdad? ¿Has notado algo digno de mención? ¿Has perdido tu puesto de trabajo o tus ahorros? ¿Te han subido los impuestos a lo bestia en los últimos años? ¿Se ha duplicado tu carga fiscal? Es probable que no. ¿Y cómo diantre se financiarán estos rescates eternos? Ya te lo puedes imaginar. Con más deudas, con dinero nuevo. Eso es precisamente lo péfido del sistema del dinero estatal: permite enmascarar los verdaderos costes y las pérdidas que ha generado el propio sistema. Se alimenta de una falsa seguridad. Sentimos haberte quitado esa falsa seguridad. Pero ya te advertimos en el prólogo que ibas a encontrarte con verdades desagradables.

El gran colapso cesó en 2008. Tras la quiebra de Lehman Brothers y la consiguiente crisis financiera, únicamente se liquidó una parte de las inversiones improductivas. Los inversores —como, por ejemplo, afamados productores automovilísticos o bancos hipotecarios— que se habían hundido fueron rescatados por el Estado, o bien directamente mediante inyecciones de capital o bien indirectamente mediante subvenciones y la adjudicación de contratos públicos. Las malas inversiones privadas pasaron a ser una mala deuda pública: el proceso se arregló con sigilo mediante dinero nuevo. Porque las deudas

públicas se financiaron de manera indirecta produciendo dinero nuevo. Los bancos emisores crearon dinero nuevo con el cual, luego, los bancos de negocios u otros actores compraron las deudas públicas.

Sin embargo, no sólo entró en barrena la economía real. El reventón de la burbuja inmobiliaria también ocasionó enormes pérdidas a los bancos. Pero incluso estas pérdidas sólo se reconocieron en parte, ya que el Estado acudió al rescate de los bancos en todo el mundo. En consecuencia, las deudas malas de los bancos fueron a parar a los Estados, pero no por ello desaparecieron. ¿O acaso crees que una patata caliente desaparece al pasársela a otro? Alguien la tiene. Y como veremos enseguida, en realidad la tenemos todos. Entretanto, se han añadido más deudas estatales malas: por ejemplo, mediante el incremento de los gastos sociales en forma de apoyo a los desempleados o debido a una serie de programas coyunturales. Así, desde 2008, las deudas públicas se han disparado de verdad... y aún se ciernen sobre nosotros como una espada de Damocles.

Dicho de otro modo: una parte considerable de las pérdidas que se produjeron a raíz de las inversiones improductivas del último ciclo se desplazó a los Estados y los balances de los bancos emisores. Ni los inversores originales ni los accionistas bancarios ni los acreedores de los bancos ni tampoco los tenedores de empréstitos estatales han amortizado hasta ahora las pérdidas. Las deudas malas se siguen acumulando en forma de deudas estatales. Sin embargo, el desplazamiento de las deudas malas no hace que se recupere el bienestar perdido. Las deudas siguen existiendo. ¿Cuándo y cómo crees que nos darán alcance?

Para contestar a esta pregunta, vamos a volver a nuestra ciudad por última vez. Para simplificar, supongamos que hay dos generaciones. Una está representada por el pescador. Lleva décadas trabajando duro y ahorrando para jubilarse. Trabaja con su vieja barca. Al ser tan quebradiza, la guardará en el trastero en cuanto se jubile. El pescador invierte sus ahorros en empréstitos que emite un joven capitán, que representa a la generación más joven. El capitán invierte el dinero del pescador en un proyecto con grandes perspectivas. Empieza a construir un moderno barco que será más grande y eficiente que el viejo y frágil bote. Con el barco nuevo llegará un momento en que el capitán pescará suficientes peces para que los dos puedan alimentarse cuando el pescador se jubile. Entonces, el capitán podrá reembolsar tranquilamente el empréstito, y el pescador podrá disfrutar de su jubilación.

Una vez jubilado, el pescador quiere empezar a consumir su capital.

Desearía vender sus empréstitos para adquirir las mercancías (peces) del capitán. Pero su plan no funcionará si el capital se ha despilfarrado en inversiones improductivas. En tal caso, el empréstito será una deuda mala del capitán. Le resultará imposible devolver el capital en equivalentes reales.

A fin de cuentas, da igual por qué no puede pagar el capitán. A lo mejor es un estafador y ni siquiera ha construido el barco, sino que ha utilizado los ahorros del pescador, lisa y llanamente, para consumo propio. Del mismo modo que hoy el Estado deriva el dinero de los impuestos que recauda hacia los perceptores de prestaciones sociales, que luego se lo gastan. O del mismo modo que hoy el Estado no invierte las contribuciones de la renta, sino que las reparte entre los pensionistas, que luego se las gastan en su mayor parte.

El régimen de pensiones es tan peligroso porque simula un sucedáneo del ahorro. «Yo no tengo que ahorrar; ya pago mis contribuciones de la renta», podrían pensar muchos. Pero, en realidad no se ahorra nada, sino que, simplemente, se deriva en otra dirección y, en su mayoría, se consume. La renta de los pensionistas (réditos) se financia con las contribuciones de los asalariados. Se trata de un gigantesco «sistema de la bola de nieve»... idéntico al del estafador Bernie Madoff. Con unos réditos enormes atraía siempre a nuevos inversores. Con el dinero de los nuevos inversores pagaba a los antiguos unos réditos elevados... hasta que se destapó la estafa. Y aquello terminó como termina todo sistema de esta naturaleza.

El dinero del pescador, sin embargo, también se ha podido derrochar de otro modo. El capitán puede ser un hombre honrado, cuyos proyectos, financiados con el capital del pescador, sencillamente, hayan fracasado; estamos pensando en las inversiones improductivas de la crisis económica hechas en el sector inmobiliario.

Imaginemos por un momento que el barco estaba mal construido y se ha hundido (una inversión improductiva como la burbuja inmobiliaria) o que el capitán nunca construyó el barco porque prefirió celebrar fiestas (una inversión improductiva como el Estado del bienestar). Entonces, la fortuna que cree poseer el pescador, simplemente, (ya) no existe. Éste, por supuesto, ha vivido todo el tiempo con la ilusión de que era rico. Al fin y al cabo, aún sigue poseyendo los empréstitos.

Imaginemos también que el rey ha introducido el papel moneda y creado un banco de emisión. Para «rescatar» la situación, el monarca compra la empresa, que está en quiebra, del capitán (con el barco hundido) y se hace cargo de ella.

Así se evita una bancarrota que habría puesto de manifiesto las pérdidas. Ocurre exactamente lo mismo cuando el Estado rescata las empresas durante una crisis financiera.

Desde luego, el rey también podría rescatar al capitán si, en lugar de comprarle la empresa, pusiera dinero a su disposición, de manera que el capitán pudiera seguir trajinando. El rey consigue el dinero, sencillamente, contrayendo deudas, es decir, emitiendo empréstitos y haciendo que dichos empréstitos los compre el banco de emisión (del mismo modo que los bancos centrales adquieren empréstitos estatales hoy en día). Porque tonto no es nuestro rey.

Gracias a la intervención del soberano, el capitán podría pagarle al pescador con dinero recién impreso. Una alternativa podría ser que el banco de emisión imprimiera dinero y le comprara directamente al pescador sus empréstitos. De este modo, las inversiones malas (en forma de empréstitos) irían a parar al balance del banco emisor o al rey.

Así, el pescador podría seguir viviendo con la ilusión de que es rico, pues posee empréstitos estatales, papel moneda o empréstitos de una empresa nacionalizada o subvencionada por el Estado. La situación del pescador es perfectamente comparable con la actual: muchas personas se sienten ricas y seguras porque sobre el papel disponen de ahorros, porque poseen empréstitos estatales, depósitos bancarios o fondos de empréstitos. O porque han contratado un seguro de vida o renta (los bancos, las sociedades de fondos públicos y las compañías que ofrecen seguros de vida invierten mucho en empréstitos estatales).

En cualquier caso, la destrucción patrimonial (el hundimiento del barco o el despilfarro del dinero en una vida colmada de fiestas), es decir, la inversión improductiva, no tiene marcha atrás. Y al final, el pescador no podrá comerse sus empréstitos ni el papel moneda ni otros créditos que posea. Sencillamente, no existe nada que los cubra. En la actualidad, en nuestro ejemplo, nadie pesca peces, de modo que los peces tampoco bastarán para alimentar tanto al pescador como al capitán. ¿Y ahora qué hace el pescador?

Algo parecido ocurre también hoy en día. Mucha gente cree poseer una fortuna que, en realidad, no existe. La fortuna se ha dilapidado directa o indirectamente debido a las inversiones improductivas que han hecho los gobiernos. Éstos han despilfarrado el dinero en programas de bienestar y han hecho promesas que no pueden cumplir mediante el régimen de pensiones

estatal; han rescatado empresas arruinadas creando mercados artificiales, garantizando subvenciones e inyectando capital. Las deudas del Estado han estallado.

Mucha gente cree que la fortuna de papel que posee en forma de empréstitos estatales, fondos de obligaciones, pólizas de seguros, haberes bancarios y otros créditos le va a asegurar un agradable retiro. Sin embargo, a la edad de la jubilación sólo se podrá consumir lo que se haya ahorrado en forma de bienes reales o —de manera mucho más decisiva— lo que de verdad se haya producido. Pero las capacidades reales de la economía nacional se han visto gravemente perjudicadas y reducidas por las intromisiones gubernamentales. La actual fortuna de papel está cubierta por una capa de aire viciado. El continuo desplazamiento de las deudas malas hacia los gobiernos y los bancos emisores no puede reparar la destrucción del bienestar. Tarde o temprano llegará la declaración jurada de insolvencia. En algún momento, los ahorradores y los pensionistas notarán que el valor real de su patrimonio es mucho más bajo de lo que creían. Queda por ver cómo se hará tal declaración. Confiemos en que el crecimiento causado por el progreso tecnológico, la acumulación de capital y la creciente división del trabajo amortigüe en cierto modo la caída tanto aquí como en otras partes del mundo.

Llegados a este punto, ya no podemos dar marcha atrás. Pero ¿se podía evitar esta situación? ¿Tenía que ocurrir así? Si ha leído con atención hasta ahora, tendrá claro que quien mal anda, mal acaba: la catástrofe era inevitable.

La razón estriba en el propio sistema. El sistema de papel moneda, en el que llevamos viviendo desde hace más de cuarenta años, incita al endeudamiento excesivo y, por lo tanto, lleva la semilla de su propia destrucción.

En un sistema de papel moneda o coacción pecuniaria, el dinero se puede crear en el ordenador a partir de la nada. La tentación de valerse de este privilegio es casi irresistible. Para no caer en ella, nuestros políticos tendrían que ser auténticos ángeles. Relajémonos un poco: ¿Se los imagina con alitas angelicales?

En un sistema de papel moneda, la masa monetaria y los precios tienden a subir continuamente. El ahorro de efectivo para adquirir activos es poco aconsejable en un sistema de estas características. Antes bien, resulta más sensato endeudarse para adquirir valores como bienes inmuebles y pagar más tarde las deudas con unidades monetarias depreciadas.

Una tendencia particularmente alta a endeudarse en exceso la tienen

aquellos que, en caso de necesidad, pueden confiar en que se les rescate produciendo dinero nuevo. Entre ellos figuran las grandes empresas, pero, sobre todo, los bancos y los Estados.

Por si fuera poco, el sistema bancario parcialmente cubierto origina auges y crisis una y otra vez. En la crisis no tiene lugar una depuración completa, sino que se produce dinero nuevo para ralentizar o incluso evitar los procesos de adaptación. Así, poco a poco, van aumentando los desequilibrios. Y partimos de niveles de deudas malas cada vez mayores que nos conducen a un nuevo ciclo. Desde hace cuarenta años, el cuadro sigue siendo el mismo; en las crisis bajan los intereses, y a los que se han endeudado en exceso se les rescata con dinero nuevo.

De ahí que un sistema de papel moneda se asemeje a una bola de nieve que, al caer de la cima de una montaña, rueda cuesta abajo y va creciendo mientras pone en movimiento otras masas de nieve. La tentación de utilizar el monopolio del dinero para enriquecerse es enorme. Esto, a su vez, incita a endeudarse. En las crisis, se rescata a los deudores produciendo más dinero y bajando los intereses. El aliciente que ofrece una economía basada en las deudas es cada vez mayor. El alud de deudas crece y crece y se precipita cada vez más aprisa contra su objetivo. Pero, poco a poco, parece que alcanza un tope. Los intereses están casi a cero. Mucho más no pueden bajar. El endeudamiento estatal que muestra la mayor parte de las naciones industrializadas se halla a un nivel jamás alcanzado en épocas de paz. ¿Es ésa la tan reclamada sostenibilidad?

Y los déficits estatales siguen altos. La presión de la población contra un recorte radical de los Estados del bienestar es, sencillamente, demasiado fuerte. Ya nos hemos vuelto adictos a la droga del dinero barato. Los bancos y otras instituciones financieras están sentados sobre una montaña enorme de deuda pública. Al mismo tiempo, tampoco se ve que haya auténtico crecimiento... pese a que eso sea la última brizna de esperanza que albergan nuestros políticos.

Las élites formadas por la política y la economía bancaria han caído en una trampa que se han tendido ellas mismas. Los bancos de emisión no pueden permitir que quiebren los grandes deudores, ya que éstos podrían arrastrar consigo al sistema bancario. Pero, sobre todo, una quiebra estatal es la que podría desencadenar la inmediata bancarrota del sistema bancario. Elevar los intereses a un nivel realista o volver a vender los activos comprados por los bancos emisores pondría en grave peligro la solvencia del sector bancario, de las empresas muy endeudadas y de Estados enteros. Por no hablar de los

consumidores muy endeudados... Así pues, para evitar estas quiebras, a los bancos de emisión sólo les queda una cosa: la huida hacia delante. Pisar bien el acelerador. Seguir produciendo dinero para rescatar a los deudores. Pero eso es como echar leña al fuego. Porque entonces las montañas de deudas y los problemas siguen aumentando. Incluso parece que basta con que se imprima *menos* dinero adicional —es decir, con que la impresión de dinero se limite a ser más lenta (a lo que recientemente se le llama *tapering*)—, para que los mercaderes que se hayan endeudado en exceso tengan problemas sustanciales y se desencadene una espiral de quiebras.

Ahora bien, ¿podría tener lugar una reducción de las deudas dentro del sistema de papel moneda? En principio sí. Pero una disminución masiva del gasto público con el fin de amortizar las deudas es más bien improbable, en vista de los alicientes que tienen los políticos en una democracia. Para que los Estados, los bancos y otros mercaderes muy endeudados no pasen apuros, seguramente haría falta imprimir cada vez más dinero. Eso da lugar a que la conducta siga siendo negligente y a otra crisis aún mayor. Este camino conduce, al final, a la hiperinflación, que cancela todas las deudas. Es *una* forma de la ya mencionada, e inevitable, declaración jurada de insolvencia. Ganan los deudores y pierden los ahorradores. El «bienestar sobre el papel», para el que muchos han ahorrado toda una vida, no alcanzará para hacer posible el nivel de vida que habían imaginado.

Así pues, ¿se seguirá imprimiendo dinero y bajando los intereses a cero hasta que las personas pierdan definitivamente la confianza en el papel moneda? ¿Se producirá por fuerza el desplome monetario o existe alguna alternativa a la hiperinflación? ¿Y cómo repercutirán en la gente las pérdidas ya registradas?

Reflexionemos juntos. Hoy en día, los bancos emisores sienten una enorme presión para seguir inflacionando cada vez más la masa monetaria. ¿Por qué? Porque diferentes tenedores, muy importantes para ellos, como los bancos o el Estado, al que los banqueros de emisión deben, al fin y al cabo, su posición, se han endeudado en demasía. Sin embargo, si se reduce el endeudamiento excesivo, desaparece la presión sobre los bancos emisores para que mantengan los intereses tan bajos y creen dinero nuevo con el fin de cancelar las deudas mediante el encarecimiento.

Para reducir las deudas existen distintas posibilidades. Cada una de ellas pone de manifiesto las pérdidas ya sufridas —acuérdate del pescador— de una manera un poco diferente y las distribuye de distinto modo.

Por una parte, los Estados podrían mejorar su posición económica, sencillamente, sin cumplir las promesas hechas. Podrían, por ejemplo, recortar en masa las pensiones estatales, las prestaciones sociales y la prestación por desempleo con el fin de compensar sus déficits o pagar las deudas. Muchos derechos en los que había confiado la gente resultarían carentes de valor.

Además, los Estados podrían, simplemente, suspender el pago de sus deudas. Bancarrota nacional. Esto traería consigo pérdidas en los bancos y las compañías de seguros que hubieran invertido los ahorros de sus clientes en empréstitos estatales. Cuando, de esta manera, salieran a la luz las pérdidas ya registradas, la gente vería cómo caerían en picado sus fondos de obligaciones. Una bancarrota nacional, dependiendo de sus dimensiones, podría también provocar el derrumbamiento del sistema bancario. Una espiral de quiebras de mercaderes muy endeudados se asemejaría a una hecatombe financiera. Por eso, la política ha hecho hasta ahora todo lo posible por evitar este escenario.

Otra vía para salir de la trampa de las deudas es la llamada «represión financiera». La represión financiera significa canalizar los ahorros de la gente cada vez más en dirección al Estado y, así, posibilitar la amortización de las deudas. Por una parte, la represión financiera hace que las inversiones alternativas sean poco atractivas debido a intervenciones estatales como, por ejemplo, los intereses bajos sobre los depósitos de ahorro. Por otra parte, estimula directamente la compra de empréstitos del Estado. Así, para las compañías que ofrecen seguros de vida es muy interesante invertir en empréstitos del Estado... debido a la regulación estatal, que premia esta conducta.

Unida a un auténtico crecimiento y a la reducción de los gastos, la represión financiera podría lograr que descendiera el endeudamiento estatal. De hecho, después de la segunda guerra mundial, el gobierno de Estados Unidos consiguió reducir el endeudamiento del 130 por ciento del producto interior bruto (PIB) en el año 1946 a un 80 por ciento del PIB en el año 1952. No obstante, es bastante improbable que una jugada tan buena triunfara de nuevo. Por aquel entonces, Estados Unidos se hallaba al final de una guerra ganada. El gasto público pasó de 118.000 millones de dólares en el año 1945 a 58.000 millones de dólares en tan sólo dos años, debido, en su mayor parte, a la disminución de los gastos armamentísticos. Imagínate lo que pasaría hoy si el gasto público se redujera a la mitad. Todos los que dependen de él irían a las barricadas. La gente excesivamente endeudada, sin el flujo del dinero estatal, quebraría en masa. De

ahí que en la actualidad no parezca muy probable que se recorte el gasto como ocurrió en Estados Unidos tras la segunda guerra mundial. Porque hoy en día, una gran parte del gasto público no está destinada al ejército, sino al Estado del bienestar.

Por esa razón, podría ser más interesante para la política resolver el problema del endeudamiento excesivo mediante medidas político-fiscales. La idea es bien sencilla. Reducimos la deuda pública y recapitalizamos los bancos quitándoles a los ciudadanos su patrimonio... no de manera indirecta, mediante la inflación, sino directa, mediante los impuestos. El Estado podría expropiar fortunas en masa y, así, pagar la deuda pública. ¿Qué tal un único impuesto sobre el patrimonio? Eso tampoco asustaría a los inversores. Al fin y al cabo, sólo se pagaría una vez. Luego, el Estado utilizaría los ingresos recaudados para reducir la deuda pública y recapitalizar los bancos. De hecho, el Fondo Monetario Internacional, en el otoño de 2013, recomendó a los gobiernos de la UE exactamente eso: un único impuesto forzoso de un 10 por ciento sobre todos los activos monetarios, con el objetivo de reducir el elevado endeudamiento del Estado.

Pero existe un método aún más radical para estabilizar un sistema monetario inestable: una verdadera reforma monetaria que incluya la anulación de la deuda pública. Esta opción es asimismo muy atractiva para reducir el endeudamiento excesivo sin provocar una inflación masiva. Es como pulsar el botón de reinicio del ordenador. Si todo marcha bien, a continuación se producirá un reinicio en el sistema de papel moneda. Tal reforma funcionó en Alemania después de la segunda guerra mundial (tras perder la guerra, la represión financiera no era una alternativa para Alemania), cuando la moneda fiduciaria del imperio fue sustituida por el nuevo marco.

No vamos a entretenernos dando detalles minuciosos sobre la reforma de 1948. Digamos tan sólo brevemente que los ciudadanos podían cambiar sesenta marcos imperiales por marcos nuevos a razón de uno por uno. Todos los haberes superiores a sesenta marcos imperiales, sencillamente, se dividieron entre diez y se cambiaron por marcos nuevos. Asimismo, todas las deudas se dividieron entre diez. Aparte de eso, las deudas públicas se declararon nulas, pero no todas. ¿Adivinas quién quedó descartado de la bancarrota nacional? ¡Exacto! Los empréstitos estatales contratados por bancos. Los bancos recibieron las indemnizaciones reclamadas. Aparte de eso, hubo un único impuesto sobre el patrimonio que ascendía al... ¡50 por ciento! Estas medidas combinadas dieron

lugar al siguiente resultado deseado: se redujo el endeudamiento excesivo, el Estado quedó prácticamente sin deudas, los bancos se recapitalizaron —a base de dividir entre diez sus obligaciones, pero no sus inversiones totales de capital (empréstitos estatales)— y a los ahorradores se les expropió en gran medida. Así pues, la reforma monetaria sacó a la luz la destrucción patrimonial que la guerra había provocado.

Como alternativa, también se puede hacer «media» reforma monetaria para mitigar la presión inflacionista; a eso se le llama *bail-in* y ya se probó en Chipre una vez, cuando los acreedores bancarios (ahorradores) se convirtieron en accionistas bancarios. Así se reducen las obligaciones bancarias y, al mismo tiempo, se eleva el capital propio. La masa monetaria disminuye porque los depósitos bancarios se convierten en acciones del banco. Un *bail-in* recapitaliza el sistema bancario y, al mismo tiempo, hace que desaparezcan las deudas malas. El capital propio puede incluso subir tanto que los bancos pueden asimilar una merma parcial de la deuda pública. Así pues, el *bail-in* también se puede combinar perfectamente con una merma parcial de la deuda pública. Con un *bail-in*, por ejemplo, los ciudadanos que hubieran invertido en seguros de vida, obligaciones bancarias y deuda pública, se verían afectados por las pérdidas. El resultado sería que el endeudamiento excesivo de bancos y Estados se reduciría a costa de los ahorradores y los que poseyeran dinero.

No sabemos qué opción se elegirá al final. Lo más probable es que se trate de algún tipo de combinación. Pero sea como fuere, no se puede seguir eternamente así, con más dinero nuevo y más deudas. En algún momento, esto tiene que acabar. Tarde o temprano se descubrirán las pérdidas ya registradas y la ilusión del bienestar. En lo esencial, serán los contribuyentes, los ahorradores y los que posean dinero quienes tendrán que pasar por caja para liquidar las deudas y estabilizar la moneda.

Un único impuesto sobre el patrimonio, una reforma monetaria o un *bail-in* no son medidas precisamente populares porque a través de ellas, de repente, las pérdidas se ponen de manifiesto de manera brutal. De ahí que lo normal es que la inflación sea la opción favorita de la política, pues posibilita a los gobiernos ocultar lo que cuesta rescatar a quienes se han endeudado en exceso. Sin embargo, existe el riesgo de que se desboque. A ese momento es al que nos vamos acercando ineludiblemente. El final del callejón sin salida ya está al alcance de la vista.

El monopolio monetario es para el Estado como la piedra filosofal para los

sabios, pues le permite extender su poder a lo grande. Una vez que se pierde el control de la inflación y se desmorona el sistema monetario, se acabó ese poder. Eso sin contar con que las pérdidas reales del bienestar y, por lo tanto, de los impuestos también serían enormes. Por eso es muy posible que la política acabe echándose atrás ante la variante de la inflación. Antes de que se produzca una inflación galopante, la política recordará las otras opciones e intentará valerse del botón de reinicio que le ofrece el sistema. Y luego, a empezar de nuevo...

¿Estamos, por lo tanto, atrapados en el sistema? ¿Es posible reiniciarlo una y otra vez? ¿No está entonces condenado a morir?

Tenemos dos noticias para ti, una buena y otra mala. Primero, la mala: mientras tengamos el dinero del Estado, dinero malo, nos veremos obligados a lidiar una y otra vez con escenarios de endeudamiento excesivo. Es cierto que una reforma monetaria o un *bail-in* pueden aminorar a corto plazo el endeudamiento excesivo, pero eso no evita que sigan existiendo los estímulos para que el sistema se autodestruya. Entonces, dentro de veinte o diez o sólo cinco años, nos encontraremos de nuevo ante el mismo embrollo y la siguiente reforma. Y mientras tanto, continuarán la «desocialización», la redistribución y el sufrimiento.

Ahora, la buena: a fin de cuentas, la perspectiva de futuro del papel moneda depende de cuánto y con qué frecuencia se deje engañar la gente. Así pues, hay una salida. Al parecer, Abraham Lincoln dijo en una ocasión: «Puedes engañar a todo el mundo por poco tiempo, y puedes engañar a unos pocos para siempre, pero no puedes engañar a todo el mundo para siempre».

¿Cuánto tardará la gente en entender lo diabólico que es nuestro actual sistema monetario? ¿Cuánto tiempo necesitará para comprender que permite a unos pocos privilegiados crear dinero de la nada... en perjuicio de todos los demás? ¿Cuándo entenderá que el sistema del dinero estatal es inestable por sí mismo y da lugar a graves crisis económicas, a una redistribución injusta y asocial, al embrutecimiento de las costumbres, a la descomposición de la familia, a una mayor ostentación del aparato del Estado, a la pobreza y a la falta de libertad?

Pero hay motivos de esperanza: cuantas más personas adquieran conciencia de las consecuencias que provoca el dinero estatal, más difícil será limitarse a apretar el botón de reinicio. Porque, al fin y al cabo, el papel moneda depende únicamente de la confianza. Si eso se pierde, de nada servirá que se aporree a la

desesperada ese botón. Y luego, de repente, puede surgir la posibilidad de hacer una verdadera reforma... y haya *dinero bueno*. Pero sólo si hay suficientes personas que apuesten con energía por esta alternativa.

Hemos escrito este libro para aportar la necesaria aclaración. Ayúdanos en esta tarea. Habla con tus amigos y conocidos. Discute en la asociación musical y el club deportivo, en las reuniones escolares de padres de familia y las fiestas con los vecinos. Cuanta más gente sepa lo que realmente se cuece tras el tema «dinero», mejor... para ti y para todos nosotros. Porque de esta situación sólo se puede salir si un sector lo bastante amplio de la población se opone a que continúe el juego del monopolio pecuniario. Tú puede contribuir en persona a que mejore el mundo. Aquí y hora. Merece la pena el esfuerzo; hay mucho en juego. ¡Ojalá lo consigamos!

Por qué nunca habías oído hablar de todo esto

Guste o no guste, es un hecho que las principales cuestiones litigiosas de la política actual son puramente económicas y no pueden comprenderse sin entender la economía política.

LUDWIG VON MISES

Imagínate por un momento que eres empresario y quieres vender un producto de escaso valor a un precio desorbitado. Uno de esos que normalmente adquiere la gente mayor en uno de sus viajes para jubilados. Una manta sintética barata, por ejemplo. ¿Qué tendrías que hacer? Reflexiona, por favor... ¡Exacto! Tendrías que utilizar todos los recursos publicitarios imaginables. Deberías contratar a los mejores vendedores profesionales que supieran encasquetar tu producto basura y desplumar a los clientes. Y deberías poseer una cualidad malísima: la falta de escrúpulos. Estafar a tus clientes no debería afectarte emocionalmente. De alguna manera, tendrías que engañarte a ti mismo diciéndote que todo está bien. En cualquier caso, deberías anunciar tu producto a bombo y platillo hasta el punto de que ahogaras la publicidad de tu competencia más seria. Y tendrías que procurar por todos los medios que no corriera la voz de que tu mercancía es una birria.

Y ahora imagínate que fabricas un producto de alto valor cualitativo y lo ofreces al mercado a un precio justo; por ejemplo, una manta de fibra de mohair muy suavecita. Nada más lejos de tu intención que engañar a sus clientes. Tampoco debes temer que alguien te reproche que le hayas tomado el pelo con falsas promesas.

Mientras que tú, como honrado comerciante, puedes mirarte todas las noches en el espejo con la conciencia tranquila, el vendedor sin escrúpulos, en realidad, debería cubrir el espejo con una cortinilla. Decimos *en realidad y debería* porque a quienes no tienen escrúpulos no les molesta su propia conducta.

¿Qué queremos decirte con esta comparación? Pues muy sencillo. Las teorías de economía política y política social que se han ido imponiendo en los últimos decenios son como productos *malos*; son teorías *malas*. Las ideas que se propagan son malas. Para que funcionen, es necesario hacer una publicidad continua y agresiva a su favor, utilizando métodos propagandísticos ilícitos. Y debe hacerse de forma regular, hasta que todo el mundo crea realmente que las teorías difundidas son *las únicas teorías acertadas*.

Parte de la base de que al Estado no le interesa demasiado que salga a la luz la verdad sobre nuestro sistema monetario. Porque si la gente supiera la verdad sobre nuestro dinero malo y sus consecuencias, se defendería. El monopolio pecuniario se desmoronaría. Y sin este monopolio, las cosas se pondrían feas para el Estado y la industria financiera. La venta de teorías malas es, pues, de una enorme importancia para determinados círculos. En ellas se apela, sobre todo, a los sentimientos de las personas; por esa razón, la palabra «social» es el adjetivo más utilizado por los políticos hoy en día.

¿Qué te han parecido las teorías y las ideas que te hemos presentado hasta ahora? Todas ellas bien lógicas, ¿no? Tan lógicas que todavía nadie ha conseguido rebatirlas.

Ha llegado el momento de confesarte que nosotros también te hemos contado alguna mentirijilla. Pero no para venderte algo *malo*. Al contrario; te hemos suministrado un *buen* producto. A saber, ideas *mejores*. Así pues, no tenemos mala conciencia. Lo que hemos hecho ha sido, sencillamente, embellecer el envoltorio poniéndole a nuestro libro un título bonito. Suponiendo que lo hubiéramos titulado *Introducción a la teoría del dinero de la Escuela Austríaca* o *Los austríacos lo sabían desde siempre*, ¿te habrías interesado por él, lo habrías comprado? Seamos sinceros: ¿a que no? Tal vez hubieras pensado: «*Mis hijos van al colegio en Alemania; ¿qué me importa a mí el sistema escolar austríaco?*», o bien: «*¿Qué van a saber los austríacos que yo no sepa?*».

Para ser exactos, tendríamos que haber titulado nuestro libro *Introducción a la teoría del dinero de la Escuela Austríaca de economía*, pues de eso trata. Pero no lo hemos hecho. Porque de haberlo titulado así, con una probabilidad rayana

en la certeza, no lo habrías comprado. ¿Quién va a querer ocuparse de economía en su tiempo libre? Son muy pocos los que lo harían voluntariamente. Así que más vale que nos estés agradecido por este pequeño engaño. Aunque todavía no te hayas dado cuenta, con la información que te proporciona este libro te hemos capacitado para interpretar y entender los problemas de nuestra época —en especial, las repercusiones del dinero malo— mejor que la mayoría de los economistas convencionales.

Por otra parte, sabíamos que nuestra estrategia funciona. Porque nadie que sea imparcial puede sustraerse a la lógica de la Escuela Austríaca de economía. Ya has hecho casi un cursillo elemental sobre la teoría del dinero y la coyuntura que defiende esta escuela. Nuestra más cordial enhorabuena. ¡Ya sabes de la materia más que el 99,9 por ciento de la población!

¿Y por qué no te has aburrido en ningún momento? (Al menos, partimos de esa base.) Porque la teoría de la Escuela Austríaca es también una teoría sobre la *acción humana*. Y como *todos* actuamos, *todos* nos reflejamos también en ese ideario. Porque lo que diferencia principalmente a la Escuela Austríaca de los economistas convencionales es —y esto hay que entenderlo en sentido literal— la *orientación del pensamiento*. En sus reflexiones, los economistas de la Escuela Austríaca parten del ser humano como individuo. La actual economía política, por el contrario, matematiza la economía. Sin embargo, sólo se puede matematizar el modelo del equilibrio, en el que no tienen cabida las personas que obran y crean. La actual teoría de la economía política ve la sociedad y la economía como algo estático. Ante todo, se ocupa de las cifras y las estadísticas. Eso te lo hemos demostrado, por ejemplo, al hablar del cálculo de la tasa de encarecimiento. La persona como ser *que actúa* desaparece por completo. Y eso no tiene sentido. Nunca hay equilibrio. A diario, miles de millones de personas tienen nuevas experiencias con las que van acumulando conocimientos. A continuación, obran de manera distinta a como lo hubieran hecho el día anterior o una hora antes o incluso un minuto antes. Después de leer este libro también tú obrarás de otra manera. Verás y entenderás el mundo con otros ojos.

Mises escribe en sus *Erinnerungen*:

Lo que caracteriza a la Escuela Austríaca y le dará fama imperecedera es precisamente que desarrolla una teoría de la acción económica y no una teoría del equilibrio económico, de la «no acción». La Escuela Austríaca también utiliza las metáforas del estado de reposo y el equilibrio, de las que no puede prescindir el pensamiento de la economía política. Sin embargo, siempre es consciente del carácter meramente instrumental de estas metáforas —y de todas las demás—. Quiere explicar los

precios que de verdad se pagan en los mercados, y no simplemente los precios que se pagarían en determinadas condiciones que nunca se dan. Rechaza el método matemático, no por desconocimiento de las matemáticas ni aversión a la exactitud matemática, sino porque no concede ninguna importancia a la descripción detallada de un hipotético equilibrio estático. Nunca se ha abandonado a la funesta ilusión de que los valores se podrían medir. Jamás ha ignorado que todos los datos estadísticos pertenecen nada más que a la historia de la economía y no tienen nada que ver con la teoría económica.

En la economía política moderna, los contenidos más simples se complican de manera deliberada para que todo parezca importantísimo. Eso asusta a la gente y surte el efecto deseado. Así nadie hace muchas preguntas, sino que se limita a decir: «*Eso me resulta demasiado complicado*».

Y a todo esto, la economía es sencillísima. En la actualidad sigue funcionando con arreglo al mismo patrón que hace miles de años. Las personas se reúnen para comerciar con libertad y beneficiarse mutuamente. Se especializan y se dividen el trabajo para mejorar su posición. ¿Venderías algo a alguien o le ofrecerías un servicio para empeorar su situación? ¿Verdad que no? Ésa es la base de todo comercio y no tiene nada que ver con el egoísmo que, hoy en día, se les atribuye a tantos mercaderes.

Por desgracia, en este último capítulo no podemos volver a nuestra pequeña ciudad. No obstante, queremos que nos acompañes a otra ciudad, Viena. Pero no a la Viena actual, sino a la Viena de finales del siglo XIX y principios del XX. El economista Carl Menger (1840-1921) fue el fundador de la *Escuela Austríaca de economía*. En su obra *Principios de economía política* puede leerse ya en 1871:

El dinero no es un invento estatal, no es el producto de un acto legislativo, y, por lo tanto, la sanción del mismo por parte de la autoridad estatal es completamente ajena al concepto de dinero. La existencia de determinadas mercancías a modo de dinero también se ha desarrollado de manera natural a partir de la situación económica, sin que para ello haya sido necesaria la influencia estatal.

En su próxima visita al banco, léele esto a tu asesor en voz alta. Se reirá de ti o te mirará con los ojos como platos. Esto último es lo más probable, ya que ni siquiera sabrá de qué le estás hablando.

Carl Menger fue quien inspiró decisivamente al mayor economista del siglo XX, Ludwig von Mises. En sus *Erinnerungen*, Mises escribe:

Cuando llegué a la universidad, Carl Menger estaba a punto de concluir su actividad docente. De la Escuela Austríaca de economía no se hablaba demasiado. Por aquel entonces, yo tampoco me interesaba por ella. En torno a la Navidad de 1903, leí por primera vez los *Principios de economía política* de Menger. Gracias a ese libro me convertí en economista.

Uno de los requisitos esenciales de Ludwig von Mises era que el Estado debía retirarse del sistema monetario. El Banco Central y el monopolio monetario estatal debían eliminarse. Nunca se dejó doblegar ni corromper en sus convicciones. Siempre defendió sin claudicar el liberalismo y el mercado libre. El primer centro profesional de Mises fue la Cámara de Comercio, Artes Aplicadas e Industria de Viena, a la que perteneció desde 1909. Durante toda su vida, se le negó una cátedra en una universidad pública. No es extraño; sencillamente, resultaba molesto. En varias ocasiones, rechazó buenas ofertas de trabajo de la industria bancaria. En sus *Erinnerungen*, Mises escribe:

Después de la guerra, mi prestigio como especialista en la banca y el dinero era tal que algunos de los principales bancos quisieron reservarme un puesto directivo. Antes de 1921, los rechacé siempre porque no me garantizaban que fueran a seguir mis consejos. Más tarde, consideré a todos los bancos como insolventes e irremediabilmente perdidos; los acontecimientos me dieron la razón.

No obstante, Mises no quiso renunciar a la enseñanza. Especial celebridad alcanzó el seminario privado que, con carácter quincenal, dirigió desde 1920 hasta 1934 y que contaba entre veinte y veinticinco alumnos. El alumno más conocido de este seminario fue, sin duda, Friedrich August von Hayek, galardonado más tarde con el premio Nobel.

Probablemente, a estas alturas ya te habrás dado cuenta de por qué hoy en día tampoco se oye hablar mucho de la Escuela Austríaca de economía en las universidades. Más adelante retomaremos la cuestión.

De momento, volvamos a Ludwig von Mises. En su revolucionaria obra *La teoría del dinero y del crédito* —¡publicada hace más de cien años!— mostró que ampliar la masa monetaria no tiene ningún tipo de beneficio social. Demostró que eso, por el contrario, conduce por fuerza a una redistribución y a un poder adquisitivo del dinero más bajo de lo que hubiera sido sin tal ampliación. Y si la ampliación de la masa monetaria tiene lugar mediante una expansión crediticia del sistema bancario, se producen inversiones improductivas y una prosperidad aparente: ésta es la innovadora y, hasta hoy, plenamente actual teoría de la coyuntura que propugnaba Mises. En sus *Erinnerungen*, Mises escribe lo siguiente acerca de la teoría del dinero:

Mi libro, como no podía ser de otra manera, fue rudamente rechazado por las revistas de los científicos estatales alemanes. No me preocupó demasiado. Sabía que pronto se impondrían mis interpretaciones. Y veía con horror como se avecinaba la catástrofe que yo había anunciado. Los libros nuevos que se ven «aniquilados» por los críticos suelen ser valiosos y duraderos. A quien no tiene nada más que decir que lo que quiere oír todo el mundo, más le valdría guardar silencio.

Los conocimientos de Mises eran revolucionarios.

En el año 1922 se publicó su obra *Die Gemeinwirtschaft*, en la que demostró que el socialismo no puede funcionar. Tampoco la socialdemocracia. Este libro le hizo famoso de golpe y también impopular entre los socialistas de todo el mundo. Puede parecer arrogante lo que Mises escribió sobre sus teorías del socialismo:

Creo que las teorías que he desarrollado en estos trabajos son incontrovertibles. Fue precisamente esta incontestabilidad la que desató en seguida la enemistad del bando socialista. Y también del nacionalsocialismo, que se propagó por Alemania en los años treinta. Dicho sea de paso, el nacionalsocialismo y el comunismo no se contraponen, sino que están hermanados en espíritu. Son meros competidores. Los dos tienen en común el totalitarismo y el rechazo de un sistema económico libre.

Pronto tuvo claro Mises que la inminente victoria de los nacionalsocialistas en Alemania también amenazaría a Austria. Tras la publicación de *Die Gemeinwirtschaft*, como liberal clásico y como judío, podía estar seguro de que la Gestapo le perseguiría una vez que los nacionalsocialistas tomaran Austria. De ahí que en el año 1934 emigrara a Suiza, en concreto a Ginebra. Durante su estancia en dicha ciudad se publicó su obra indudablemente más significativa: *Nationalökonomie, Theorie des Handelns und Wirtschaftens*. En ella desarrolló su teoría de la acción humana, a la que calificaba de praxeología; a través de ella, con un pensamiento sin contradicciones y errores, se pueden obtener principios o axiomas que son tan indiscutibles como las fórmulas matemáticas.

Ese mismo año, el ambiente en Suiza era cada vez más tenso debido a la guerra, por lo que Mises emigró a Estados Unidos. Entretanto, los nacionalsocialistas habían hecho su entrada triunfal en Viena en el año 1938 y se habían llevado en cajas toda la biblioteca de Mises, todos sus escritos y documentos. Tuvieron que pasar casi sesenta años hasta que estos documentos volvieran a aparecer. En la década de 1990 se descubrieron en un archivo de Moscú. El ejército soviético los había confiscado en 1945, al final de la guerra, y se los había llevado a Moscú.

¿Por qué describimos esto con tanto detalle? Para dejar claro que a Mises se le trató casi como a un enemigo público. ¿Por qué se temía tanto a un científico como él, a alguien que puso su vida al servicio de la verdad? ¿Por qué habría de ser peligroso alguien que sólo defendía la *protección de la propiedad privada, la igualdad de todos ante la ley y el mercado libre*? ¿Peligroso para quién, si se puede saber? ¿Hay en esta enumeración algo que *tú mismo* no apoyes? Hoy en

día, los políticos de todo el mundo siguen teniendo miedo al legado de Mises. ¿Y por qué? Pues porque temen hundirse en la miseria si los ciudadanos adquieren conciencia de que las intrusiones estatales en la economía y la industria están, *según consta*, condenadas al fracaso y provocan más daños que beneficios.

Probablemente te hayas preguntado más de una vez: «¿Por qué el “modo de pensar austríaco” no se impone por sí mismo, si todo está tan claro y es tan lógico? ¿Por qué no había oído hablar de eso hasta hoy? Seguro que tiene alguna pega... Y luego vienen los autores diciendo que “en el mercado libre se imponen los mejores productos”. ¿No debería funcionar eso también con su propia teoría? ¿Por qué no se ha impuesto esa teoría?»

Pues bien, hay varios argumentos —muy concluyentes y comprensibles— sobre por qué una amplia mayoría de la opinión pública nunca ha oído hablar de la teoría de los austríacos.

En primer lugar, las teorías y doctrinas de los austríacos son *incomodísimas* para el Estado y la política. Y como nunca se ha conseguido rebatirlas, simplemente se silencian y no se enseñan ni se propagan en ninguna parte. Ni en las universidades ni en cualesquiera otras escuelas (públicas). Y los profesores universitarios, parte de los cuales saben con una certeza absoluta que las teorías que deben difundir son las *peores*, guardan asimismo silencio. Cualquier otra cosa que hicieran podría convertirse en seguida en un peligro para su trabajo. Imagínate que fueras catedrático de una universidad y te plantearas poner en entredicho el monopolio monetario del Estado. ¿Cortaría la rama en la que estás sentado con tanta comodidad? Estos temas son tabú, son vacas sagradas; no es tan fácil cuestionarlos. Algo más impensable todavía: en una conferencia, un catedrático defiende la opinión del economista libertario Hans-Hermann Hoppe de que el Estado es «un protector de la propiedad expropiador y un guardián del derecho quebrantador de la ley». ¿No crees que también tendría problemas con su empleador? Al economista que hoy en día defiende las teorías de la Escuela Austríaca no se le abren las puertas en el sistema educativo controlado por el Estado. Al contrario; tiene dificultades para obtener una cátedra y ha de aceptar una disminución de sus ingresos y su prestigio académico. Eso fue exactamente lo que le pasó a Mises.

Lo que más incómodo les resulta al Estado y la política es la exigencia que hacen los austríacos de que el orden monetario se ajuste a la economía de mercado. Ahora ya sabes que, en tal caso, la casta de los políticos sólo tendría a

su disposición una parte de los recursos pecuniarios, a diferencia del actual sistema monetario monopolizado por el Estado. Entonces, la política se quedaría seca, como un pez fuera del agua.

Naturalmente, a los directores de los bancos centrales y a los propios banqueros también les resultaría muy molesto que existiera un orden pecuniario privado, se prohibiera crear dinero a partir de la nada y se cerraran los bancos centrales. ¿Y quién iba a financiar entonces a los numerosos teóricos del dinero que publican libros y artículos sobre cómo mejorar la política monetaria estatal y, en parte, ocupan lucrativos cargos de asesores? Es normal que los economistas convencionales defiendan el dinero estatal a capa y espada. No en vano han desarrollado su carrera intelectual sobre la base de este error y, además, en muchos casos, tienen una familia que alimentar.

En cambio, la mayor parte de los economistas de la Escuela Austríaca defienden, *por regla general*, el mercado libre y una economía sin intervenciones estatales en todos los ámbitos, no sólo en el sistema monetario. Pero como la ocupación favorita de nuestros políticos es regular y legislar, seguramente al final no sabrían qué hacer con su tiempo libre. Los ciudadanos no tardarían mucho en concebir la idea de eliminar la profesión del político. Una buena idea, por cierto. Aunque a decir verdad, ¿es realmente una profesión la de político? ¿La de alguien cuya tarea consiste en tutelar y torturar a sus conciudadanos con leyes y ordenanzas? Decida usted mismo.

Al Estado y la política les resulta importante encontrar un culpable de todos los problemas que se dan en la economía y la sociedad. Eso ya lo vio Mises cuando escribió *Burocracia: gestión empresarial frente a gestión burocrática*:

La principal artimaña propagandística de quienes apoyan la política supuestamente «progresista» de la intervención estatal consiste en censurar el capitalismo por todo lo que es insatisfactorio en las condiciones actuales y elogiar los beneficios que el socialismo proporciona a las personas. Jamás han intentado demostrar sus engañosos axiomas, y menos aún refutar las objeciones de los que se oponen a ellos. Lo único que han hecho ha sido ofender a sus adversarios y procurar que los motivos de éstos parezcan sospechosos. Y, por desgracia, el ciudadano medio no es capaz de reconocer este ardid.

Y para que el ciudadano medio no reconozca el ardid, hay que poner trabas a las *buenas teorías* y a las *ideas mejores*. Porque ellos sólo tienen *teorías malas* e *ideas malas* que repiten como una letanía.

De este modo, los problemas de la época actual se achacan al capitalismo. Pero ¿existe (todavía) ese capitalismo? ¿Acaso la cuota estatal de la mayor parte de las naciones industrializadas no está ya en torno al 50 por ciento? ¿No está ya

todo regulado en la mayoría de los ámbitos? De eso hemos hablado con detalle en el capítulo séptimo. La mayoría de la gente asocia el concepto de capitalismo a algo negativo. Quien hoy en día se declara partidario del capitalismo, queda casi automáticamente calificado de «asocial». Declararse a favor de la economía de libre mercado ya está mejor visto. Y, además, suena mejor, ¿verdad? Pues es exactamente lo mismo. Sin embargo, ¿quién se declararía en contra del mercado libre? Estar contra él sería, invirtiendo la conclusión, apoyar las regulaciones estatales. Eso daría una mala imagen. Y como la política nada teme más que una mala imagen y no quiere aparecer como reguladora, sino como alguien que, por el bien de los *ciudadanos y las ciudadanas*, corrige las malas situaciones, necesita alguien a quien poder achacar esas malas situaciones. Y eso, desde luego, no es nada difícil de hacer cuando se dispone de un concepto como «capitalismo», que tiene una carga tan negativa. A veces también se habla de «fracaso mercantil». ¿Pueden fracasar los mercados libres? ¿Te das cuenta de la jugada?

Para perseguir este objetivo, a nuestros previsores representantes del Estado no les importa utilizar métodos similares a los de la propaganda. Sin embargo, «la propaganda es uno de los peores males de la burocracia y el socialismo. La propaganda es siempre propaganda de mentiras, errores y supersticiones», como dice Mises en *Burocracia: gestión empresarial frente a gestión burocrática*.

Pero demos un paso más. En nuestra opinión, el concepto de propaganda es demasiado débil como para describir lo que la política nos está ofreciendo día tras día. «Demagogia» sería un término más apropiado. En otro lugar, Mises también utilizaba esta palabra. ¿Te parece exagerado? Lee cómo define el concepto de demagogia el autor Martin Morlock en su libro *Hohe Schule der Verführung*:

La demagogia la practica quien, cuando surge la ocasión propicia, hace publicidad de un objetivo político o ideológico halagando a la multitud y apelando a sus sentimientos, instintos y prejuicios; también, quien se vale de una campaña difamatoria y de la mentira, describe la verdad de manera exagerada o toscamente simplificada, da por hecho que la causa que quiere imponer es la causa de todas las personas de buena voluntad y presenta el modo en que la impone o sugiere para imponerlo como el único posible.

Nos ahorramos todo comentario al respecto.

Pero ¿por qué no replican los representantes de la Escuela Austríaca? La pregunta está justificada. Sin embargo, intenta competir con alguien que haya logrado hacerse con el poder del sistema monetario. Tu competidor contará con

unos medios prácticamente ilimitados para corromper a las personas y, sobre todo, a los que forman la opinión de una sociedad. Intenta competir con quien ha monopolizado el sistema educativo y determina cómo han de ser los planes de estudio en los colegios y las universidades. Intenta competir con quien hace las leyes y decide prácticamente en todos los ámbitos. ¿Alguna pregunta más?

Además, no nos hacemos muchas ilusiones: las teorías de la Escuela Austríaca no son precisamente cómodas. Insisten en que antes de invertir hay que *ahorrar*, y antes de consumir hay que producir. Pero al haber siempre dinero barato en forma de crédito como ocurre hoy en día, ¿por qué no recurrir a él? Y, por desgracia, a la gente le encanta abandonarse a las tentaciones y promesas de la política. De eso también tiene parte de culpa la democracia, pues hace que la mayoría esté en condiciones de echar mano a la cartera de una minoría. ¿Qué otra cosa significa que una mayoría se declare a favor de la recaudación de impuestos, pero éstos sólo afecten a un pequeño sector de la población, como, por ejemplo, el impuesto sobre el patrimonio? Observa esto desde la perspectiva de un político: si su campaña electoral va acompañada de una hábil demagogia, pronto tendrá a la mayoría de su parte.

Ludwig von Mises siempre estuvo convencido de que, a la larga, las mejores ideas se imponen. Sin embargo, no quería cambiar el modo de lucha político, cómo él lo llamaba, porque no quiso rebajarse al nivel de sus adversarios, que utilizaban tácticas y estrategias infames. En *Die Gemeinwirtschaft* escribió lo siguiente:

Quando los pueblos se dirigen ciegos hacia su fin, hay que intentar aclararles las ideas. Pero si no oyen, ya sea porque están sordos o porque la voz de quien advierte es demasiado débil, tampoco se les puede obligar a tomar el buen camino mediante ardidés tácticos y demagógicos. Con demagogia quizá se pueda destruir la sociedad, pero, desde luego, no construirla.

Desde hace algunos años, la Escuela Austríaca de economía está experimentando un renacimiento. Entretanto, también en Alemania existe un Instituto Ludwig von Mises, cuya tarea es —como la de los numerosos institutos Mises de todo el mundo— difundir las ideas *mejores*.

Nuestro *principal deseo* es *arrebatarle* al Estado el monopolio del dinero. Sí, arrebatárselo. Porque voluntariamente no nos lo va a ceder; sólo lo hará si entre todos juntos ejercemos la máxima presión. Si lo consiguiéramos, habríamos dado un paso enorme. Un gran paso encaminando a restarle peso al Estado, al que se le quitaría así su ilimitada posibilidad de financiarse. Y, al

mismo tiempo, sería un gran paso hacia una mayor libertad. Muchos de los problemas y las situaciones precarias que hoy en día se discuten a todas horas en los medios de comunicación y que comentan tanto las izquierdas como las derechas, desaparecerían de un plumazo. Los programas nocturnos de noticias, que con tanta información sobre la política y los partidos políticos se han convertido en algo pensado exclusivamente para masoquistas, se reducirían de este modo a cinco minutos. En ese tiempo se diría todo lo importante. Calcula la cantidad de cosas sensatas que podrías hacer en ese tiempo recuperado.

Ahora queremos hacerte un *llamamiento*. Sí, has leído bien. *Llamamiento*, no *petición*. Te exhortamos a que colabores en la difusión de las teorías de la *Escuela Austríaca de economía*, es decir, *las mejores ideas*. Se trata nada menos que de la libertad y el bienestar de todos nosotros, incluido tú. En primer lugar, concéntrate en explicar a tu familia y a tu círculo de amistades y conocidos que el dinero *estatal* es dinero *malo*. Utiliza las redes sociales. Discute. Ahora tienes los mejores argumentos, que son irrefutables. Cualquier persona a la que ganes para tu causa es un potencial compañero de lucha. Y mantente al corriente de los más recientes comentarios y análisis de los problemas actuales desde una perspectiva austríaca, consultando, por ejemplo, las páginas que ha creado en internet el Instituto Ludwig von Mises de Alemania. En internet encontrarás también en seguida a personas que piensan como tú. Son más de los que te imaginas, pero siguen siendo demasiado pocos. Cuantas más personas contemplen el Estado con recelo, más difícil le resultará a éste seguir martirizándonos, estafándonos y robándonos. Únete a nosotros. Haz tuyo el lema de Mises: «*Tu ne cede malis sed contra audentior ito*» (*Jamás cedas ante el mal, sino combátelo con mayor audacia*).

Nadie ha formulado la importancia de todo esto con más acierto que Ludwig von Mises en su obra *Burocracia: gestión empresarial frente a gestión burocrática*. De ahí que le concedamos la última palabra:

La finalidad que se persigue al difundir los estudios económicos en círculos más amplios de la población no es la de convertir a todas las personas en economistas. La idea es armarlas para que desempeñen sus funciones como ciudadanos del Estado en la vida en común. El conflicto entre capitalismo y totalitarismo, de cuyo desenlace depende el destino de la civilización, no lo decidirán ni las guerras civiles ni las revoluciones. Es una guerra de ideas. La opinión pública será la que decidirá sobre la victoria o la derrota.

Bibliografía

- BAADER, ROLAND, *Fauler Zauber*. Resch, 1998.
- , *Freiheitsfunken II*. Lichtschlag, 2013.
- , *Geldsozialismus*. Resch, 2010.
- HOPPE, HANS-HERMANN, *Demokratie. Der Gott, der keiner ist*. Manuscriptum, 2003. —, *Der Wettbewerb der Gauner*. Holzinger, 2012.
- HUERTA DE SOTO, JESÚS, *Dinero, crédito bancario y ciclos coyunturales*, Unión, Madrid, 2011. 5.a ed.
- HÜLSMANN, JÖRG GUIDO, *Die Ethik der Geldproduktion*. Manuscriptum, 2007.
- , *Krise der Inflationkultur*. FinanzBuchVerlag, 2013.
- VON MISES, LUDWIG, *Die Bürokratie*, Academia, 2004. Versión castellana de Dalmacio Negro Pavón, *Burocracia: gestión empresarial frente a gestión burocrática*, Unión, Madrid, 2005. 2.a ed.
- , *Die Gemeinwirtschaft*. Lucius & Lucius, 2007 (reimpresión inalterada de la segunda edición revisada, Jena, 1932).
- , *Erinnerungen*. Gustav Fischer, 1978.
- , *Kritik des Interventionismus*. Akston, 2013. Versión castellana, ampliada, de Jesús Gómez Ruiz, *Crítica del intervencionismo: el mito de la tercera vía*, Unión, Madrid, 2001. (El original alemán es de 1929.)
- , *Theorie des Geldes und der Umlaufmittel*. Duncker & Humblot, 2005 (reimpresión inalterada de la segunda edición revisada de 1924). Versión castellana de Juan Marcos de la Fuente, *La teoría del dinero y del crédito*, Unión, Madrid, 2012. 2.a ed.
- , *Nationalökonomie, Theorie des Handelns und Wirtschaftens*. buchausgabe.de, 2010 (reimpresión inalterada de la primera edición, Ginebra 1940).
- VON MISES, MARGIT, *Ludwig von Mises, Der Mensch und sein Werk*. Philosophia, 1981.
- POLLEIT, THORSTEN (editor), *Ludwig von Mises. Leben und Werk für Einsteiger*. FinanzBuchVerlag, 2013.
- POLLEIT, THORSTEN, y VON PROLLIUS, MICHAEL, *Geldreform*. Lichtschlag, 2010.
- ROTHBARD, MURRAY NEWTON, *Die Ethik der Freiheit*. Academia, 2006. Versión castellana de J. Marciano Villanueva Salas, *La ética de la libertad*, Unión, Madrid, 2009. 2.a ed.
- , *Das Schein-Geld-System*. Resch, 2005.
- SCHLICHTER, DETLEV S., *Das Ende des Scheins*. Wiley, 2013.

Fuentes de internet

- www.bundesbank.de – Deutsche Bundesbank (Banco Federal Alemán)
- www.bundesfinanzministerium.de – Bundesministerium für Finanzen (Ministerio Federal de Economía)
- www.destatis.de – Statistisches Bundesamt (Oficina Federal de Estadística)
- www.ecb.europa.eu/home / —Europäische Zentralbank/Eurosystem (Banco Central Europeo / Sistema Europeo)

Muchas gracias a nuestras mujeres Eva y Petra, que nos han apoyado con su cariño durante los meses en los que surgió este libro.

PHILIPP BAGUS y ANDREAS MARQUART